BIBLIOTECA ARGENTINA DE HISTORIA Y POLITICA

Rodolfo Puiggrós

HISTORIA CRITICA DE LOS PARTIDOS POLITICOS ARGENTINOS (II)



HYSPAMERICA







COMPARTIR Y EMANCIPAR EL SABER

La edición y reedición digital de estas obras es una apuesta por enriquecer el acervo cultural de la Nación y un paso fundamental en la lucha por garantizar el consumo igualitario de los bienes culturales.

Esta biblioteca reúne los objetivos de la Dirección Nacional de Acción Federal que, a través de diferentes programas, alienta y promueve la inclusión, la revisión histórica y la reflexión crítica para todas las provincias, en pie de igualdad. Asimismo, la iniciativa se enmarca entre los propósitos del Instituto de Cultura Pública que lleva adelante la mencionada dirección.

La Biblioteca Federal representa, para la Secretaría de Cultura de la Nación, el fortalecimiento de uno de sus principales núcleos de acción: la federalización y democratización del saber.

Con más fuerza que nunca, en acciones de esta magnitud, se persigue la descentralización de los contenidos de carácter histórico y artístico que definen una identidad y constituyen un patrimonio público inalienable.

Dentro de esta biblioteca habita un ideal, la tentativa de construir un relato escrito en representación de aquellos que quedaron relegados en los escombros de la historia. Porque cuando el mercado deje de ser el terreno en que se libra la batalla por el derecho a la cultura, el saber popular tendrá el poder emancipador para defender la soberanía y la pluralidad.

Dra. María Elena Troncoso
Directora Nacional de Acción Federal
Directora de Asuntos Jurídicos (A/C)
Secretaría de Cultura de la Presidencia de la Nación

Hyspamérica Ediciones Argentina, S.A., 1986
Corrientes 1437 - 5º piso - (1042) Buenos Aires,
TE: 46-6249/5197/4591

ISBN 950-614-383-8 (obra completa)
ISBN 950-614-385-4 (tomo II)

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723

Distribución interior: HYSPA Distribuidora S.A.
Corrientes 1437 • 5º piso - (1042) Bs. As., TE: 46-4404/5704
Distribución capital: Distribuidora RUBBO S.R.L.
Garay 4224/26, Bs. As., TE: 923-4725/1709

Printed in Argentina Impreso en Argentina

TERCERA PARTE

LAS IZQUIERDAS Y EL PROBLEMA NACIONAL

CAPITULO 19

LA GRAN ILUSION

El *plafond* institucional construido por los doctrinarios del 53, con el fin de organizar a la Argentina bajo las formas juridicopolíticas de la democracia liberal, funcionó desde 1862 hasta 1930 con bastante eficacia. No hubo en ese lapso ninguna alteración o interrupción en el renovamiento regular de los poderes públicos. Los presidentes cumplieron sus mandatos sexenales o fueron sustituidos por los vicepresidentes en los casos de muerte o renuncia. El *status* legal no se modificó con los estallidos de violencia de 1874, 1880, 1890, 1893 y 1905. Y al movimiento popular opositor acaudillado por Hipólito Yrigoyen, los gobernantes conservadores le abrieron las puertas del poder, al sancionar el voto secreto con la ley Sáenz Peña.

Ante la opinión pública mundial, la Argentina configuraba el ejemplo de una nación organizada, respetuosa de la ley, en constante progreso, que inspiraba confianza a los inversores y atraía a los inmigrantes. Vista con las lentes de la concepción liberal-positivista de la historia, era indiscutible que había superado definitivamente los cuartelazos y tiranías de estilo latinoamericano. Escribía con optimismo Carlos Pellegrini en 1906:

"Una gran nación surge, pues, en los umbrales del siglo XX. Es dueña de una gran herencia, la inmigración y el considerable aumento de los nacimientos le proporcionarán los brazos necesarios: sólo le faltan reservas de capital que, como todo pueblo nuevo, no ha podido aún crearse.

"En ningún país el capital europeo puede encontrar campo más fácil y más fértil para sus operaciones y esto ya lo sabe el capital inglés".[1]

Los distintos matices del pensamiento liberal, al que se plegaron con el tiempo socialistas y comunistas, hicieron de la Constitución de 1853 un fetiche inconmovible y eterno. Tanto en la universidad y en la gran prensa, como en la Suprema Corte de Justicia, tenía sus exégetas ortodoxos, los cuales no admitían contradicciones entre los textos constitucionales y la sociedad civil, pues adaptaban la ley fundamental a los objetivos de la colonización capitalista. Concebían dentro de la Constitución al progreso y fuera de ella la, vuelta a la barbarie. Ya no era el programa alberdiano de organización de la República; era la República misma. Tal idealización daba por incontrovertible que la Argentina había encontrado su destino histórico en el formalismo legalista de una democracia liberal no asimilada por el pueblo. Es cierto que radicales y conservadores se inculpaban mutuamente desde el llano de violar la Constitución desde el gobierno, pero así demostraban que la fidelidad a la Constitución era el diploma que los habilitaba para administrar el país. Yrigoyen no se atrevió a apartarse de las normas constitucionales, a pesar de haber anunciado que su gobierno no sería de orden común, y si en alguna ocasión, bajo el apremio de las

circunstancias, violó alguna de esas formas, lo hizo de manera tímida y vacilante, sin crear precedentes.

El fetichismo constitucional derivaba del convencimiento de que la Argentina sería una réplica de las naciones más adelantadas de Occidente. Los fundamentos liberales de esa creencia se indujeron de la triunfante experiencia norteamericana, tan encomiada por el escritor francés Alexis de Tocqueville. Su libro *La democracia en América*, publicado por primera vez en 1835 en París y al año siguiente en la misma ciudad en castellano,[2] circuló en Iberoamérica de mano en mano y fue muy leído, citado y comentado, siendo algo así como la Biblia de nuestros constitucionalistas y sociólogos. Sarmiento se inspiró en él al escribir *Facundo*. Decía en un diario chileno:

"Ha echado [Tocqueville] un torrente de luz sobre la condición de las sociedades",[3]

y en carta a Valentín Alsina Confesaba que, después de su bautismo con el positivista Comte, la obra de Tocqueville había sido su guía, concibiendo gran parte de *Conflicto y armonías de las razas en América* de acuerdo al modelo tocquevilleano. Alberdi declaraba en su periódico *La Moda* (1837):

"Hace mucho tiempo que no viene a las repúblicas de Sud América un libro de política más adecuado y bello".

Y Bartolomé Mitre informaba más tarde en *La Nación* (17 de noviembre de 1880):

"Fue el libro de cabecera de la generación de aquella época".

Croce, Dilthey y, en general, los ideólogos liberales coinciden en proclamar a Tocqueville el más grande pensador político de Occidente después de Aristóteles y Maquiavelo.

Tocqueville despertaba tanto entusiasmo en Iberoamérica porque su análisis de la sociedad de los Estados Unidos ofrecía el modelo del futuro de la humanidad, según le esperaban las minorías cultas de la extensión de las libertades y de la democracia representativa del liberalismo burgués, a medida que el aburguesamiento de los individuos progresara horizontal y verticalmente. Medía la libertad con el metro del liberalismo, es decir en función de la independencia del individuo, lo que en una sociedad dividida en clases equivalía a dar por existentes la libertad y la democracia en tanto gozan de ellas los dueños de los instrumentos de producción. Veía con terror que Europa, y su Francia ante todo, avanzaba desde setecientos años atrás hacia la igualdad social que ahogaría la libertad del individuo, entendiendo por individuo al burgués abstracto. Le sobrecogía "un terror religioso" al comprobar "esa revolución irresistible". Su esperanza era América y la tabla de salvación la Constitución de los Estados Unidos. En América, el continente del futuro, el burgués se bañaría en aguas de Juvencia y resistiría a la muerte. Escribía:

"No se podría dudar de que los americanos del Norte están llamados a proveer un día a las necesidades de los americanos del Sur. La naturaleza los ha colocado cerca de ellos. Les ha proporcionado así grandes facilidades para conocer y apreciar las necesidades de los primeros, para trabar con esos pueblos relaciones permanentes y apoderarse gradualmente de su mercado. El comerciante de los Estados Unidos no podría perder estas ventajas naturales sino siendo muy inferior al comerciante europeo y es, al contrario, superior en varios puntos. Los estadounidenses ejercen ya una gran influencia moral sobre todos los pueblos del Nuevo Mundo. De ellos es de quienes salen las luces. Todas las naciones que habitan en el mismo continente están ya habituadas a considerarlos como los descendientes más ilustrados, más poderosos y ricos de la gran familia americana. Vuelven pues, sin cesar, sus miradas hacia la Unión, y se asimilan, en tanto que eso está en su poder, a los pueblos que la componen. Cada día van a beber a los Estados Unidos ideas políticas y a imitar sus leyes.

"Los norteamericanos de los Estados Unidos se encuentran frente a los pueblos de la América del Sur, precisamente en la misma situación que sus padres los ingleses tuvieron frente a los italianos, a los españoles, a los portugueses y a todos los pueblos de Europa que, siendo menos adelantados en civilización e industria, reciben de sus manos la mayor parte de los objetos de consumo.

"Inglaterra es actualmente el hogar natural del comercio de casi todas las naciones circunvecinas; la Unión norteamericana está llamada a llenar el mismo papel en el otro hemisferio. Cada pueblo que nace o crece en el Nuevo Mundo, nace y crece pues, en cierto modo, en provecho de los anglonorteamericanos".[4]

Las Américas, aburguesadas "en provecho" de los Estados Unidos, serían el hogar de la democracia de propietarios y empresarios corrida de Europa por el rasero de las revoluciones proletarias. No rechazaba Tocqueville la idea de la igualdad, pero la quería, como la había descubierto en los Estados Unidos, en lo exterior de los hombres, en la "igualdad de condiciones" que colocara a cada individuo en el mismo punto de partida que sus semejantes y frente al mundo. Pensaba que esa igualdad exterior era la garantía de la verdadera libertad del hombre. Escribía:

"No difiriendo entonces ninguno de sus semejantes, nadie podrá ejercer un poder tiránico, pues, en este caso, los hombres serán perfectamente iguales, porque serán del todo libres, y siendo éste el objeto ideal hacia el cual propenden siempre los pueblos democráticos".[5]

Esta fórmula de la igualdad en la libertad y de la libertad en la igualdad, sintéticamente expuesta por Tocqueville, se aplicó al derecho argentino del período de la colonización capitalista (1862-1930). La influencia sobre nuestros legisladores de *La democracia en América, El federalista* o la doctrina de Thomas Jefferson se explica por corresponder la concepción de una democracia de elegidos y de la libertad y la igualdad en un medio social escindido por la antinomia entre poseedores y desposeídos a las tendencias de la época hacia el aburguesamiento universal. Nuestros legisladores daban por axiomático que la igualdad jurídica aseguraba por sí misma la "igualdad de condiciones", sin tener en cuenta que en una sociedad en la cual el monopolio de la tierra precedía a la incorporación a ella de la fuerza de trabajo existía dé hecho una "desigualdad de condiciones", a la que por necesidad se subordinaba el derecho pretendidamente igualitario.

Con prescindencia de las desigualdades internas de "la democracia en América", nuestros legisladores y políticos descubrieron en el extraordinario progreso de los Estados Unidos la prueba concluyente de que era el modelo único de la futura sociedad argentina. Pronto, el rápido desarrollo de nuestro país, durante el medio siglo anterior a 1930, pareció justificar sus previsiones. Sin embargo, en el orden ideológico fuimos tributarios de Europa, y si no caímos en las estrecheces mentales del pragmatismo norteamericano, dejamos que el positivismo franco-inglés entrara con bombos y platillos en el foro de nuestra intelectualidad. Sería la cartilla de la "generación del ochenta". Ya en nuestro siglo se convertiría en el pandemónium de los liberales de diverso pelaje que se dan cita para defenderse de la irrupción de las masas en la política, la economía y la cultura.

¿Qué es el positivismo? Auguste Comte, creador de la palabra, lo presentaba como la "Religión de la Ciencia" o la "Nueva Religión de la Humanidad".[6] Negaba la filosofía, despreciaba por vanas e inútiles las milenarias controversias entre materialismo e idealismo, se burlaba de las preocupaciones por los problemas del ser, del pensar y del devenir. No le interesaba establecer si las cosas poseían o no existencia real, material. Sólo le interesaba reunir los conocimientos adquiridos por medio de la experiencia y que la ciencia los clasificara, encasillara y rotulara. Inventó una nueva ciencia, la sociología, que sometía a la sociedad a leyes rígidas (estática social) y leyes, del movimiento (dinámica social), y enseñaba que la humanidad, después de pasar por la era teológica y la era metafísica, entraba en la era científica. Descartaba la casualidad y reducía la naturaleza y la historia a un encadenamiento mecánico de causas y efectos. Mezclaba sin superarlos al racionalismo y al

empirismo, y al declarar semejante la sociología a las matemáticas incurría en un subjetivismo que lo volcaba a posiciones agnósticas.

El positivismo no podía dejar de ejercer singular atractivo en los científicos, en los técnicos y en los políticos estigmatizadores de la "barbarie argentina" y de la "política criolla", que se ubicaban en el universo de la civilización científica y técnica del capitalismo y desdeñaban complicarse en el atraso de la tierra natal. Coincidían con la ideología de la burguesía imperialista, que en nombre de la revolución industrial extendía su dominio sobre el mundo y alineaba a las colonias y zonas de influencia bajo el cetro del capital financiero.

El inglés Herbert Spencer definió con mayor claridad que el francés Auguste Comte el carácter conservador e imperialista del positivismo. Concebía a la sociedad humana como un organismo biológico, integrado por clases o fuerzas en permanente equilibrio entre sí. La lucha de clases, que Spencer copiaba de la teoría darwinista de la lucha de las especies, se resolvería siempre con el triunfo del más fuerte, lo que equivalía a conceder un salvoconducto científico a las depredaciones de la burguesía imperialista.[7]

Alejandro Korn opina que

"la orientación positivista, que tantos años ha dominado entre nosotros, es de o rigen argentino; las influencias extranjeras que después llegaron no han sido el Factor decisivo en la actitud que tomó la juventud de aquella época".[8]

Esta apreciación, compartida por Alfredo L. Palacios, [9] exagera el grado de independencia y madurez de la intelectualidad argentina del siglo XIX. El positivismo nació en Francia e Inglaterra de una serie de causas internas que en la Argentina no existían o si existían eran causas externas: las revoluciones burguesas, la industrialización, la tradición racionalista y empirista. Comte inició en París su *Curso de filosofía positiva* en 1830, pero desde 1818, el año del encuentro con su maestro, el conde de Saint-Simon, venía elaborando la filosofía positiva. La idea fundamental de *L'Industrie*, el periódico de Saint-Simon donde colaboraba Comte, era el positivismo,[10] de manera que no es extraño que una doctrina que flotaba en los medios intelectuales franceses desde principios de siglo cautivara a Alberdi, Echeverría y Sarmiento.

El positivismo fue importado a nuestro país de Francia e Inglaterra, como se importaron también de allí el liberalismo y el utilitarismo. Primero llegó tibiamente y después desembarcó en nuestras playas con el ímpetu de los ferrocarriles y los empréstitos, de los colonos y los frigoríficos.

Alberdi era positivista hasta los tuétanos, sin desmedro de su antigua devoción por el utilitarista Bentham. Sarmiento exclamó con orgullo mesiánico al leer a Spencer: "Estas son cosas viejas; yo nunca he pensado en otra cosa". La fórmula liberal del positivismo estaba presente en las conciencias de los hombres de la organización nacional. La masonería se convirtió al positivismo. La Iglesia positivista, con sus dogmas, su culto y su calendario, se mezcló con los dogmas, el culto y el calendario masónicos. La ola inmigratoria nos trajo, junto a millares de brazos que crearon nuestra agricultura y nuestra industria capitalistas, a educadores, como Alejo Peyret y Amadeo Jacques, que profesaban la religión positivista. Y si el colegio de Concepción del Uruguay nos dio estadistas formados en las ideas del liberalismo de principios de siglo, la escuela normal de Paraná nos consagró gobernadores, legisladores y políticos imbuidos de las ideas del positivismo.[11] Con la "generación del ochenta" el positivismo cobró plena jerarquía en el gobierno y en la cultura, como sinónimo de una actitud antifilosófica ante la vida, mezcla de oportunismo, individualismo y pragmatismo. La refinada y decadente oligarquía llamaba a la filosofía, por boca de Eduardo Wilde, admirador de Spencer, "esa pobre diabla". "Ser positivista" equivalía, en el lenguaje corriente, a enriquecerse o ascender a los puestos públicos, haciendo gala de habilidades y

vivezas. La nomenclatura iconoclasta de fin de siglo dividió a los argentinos en "vivos" y "zonzos", y los pobres que se morían de hambre aplastados por el avance del latifundio y de los monopolios extranjeros no eran, por cierto, positivistas. Martín Fierro fue el más antipositivista de los argentinos. Y si el positivismo dominante, vulgarmente entendido, sedujo a muchos inmigrantes urgidos por la ambición de "hacer la América", mereció de los sectores criollos populares, vinculados a las tradiciones y reconcentrados como reserva moral de la República, igual repudio que el liberalismo de tiempos de Rivadavia.

La oligarquía gobernante no se conformó con abrazar ella misma el credo positivista. Fue más allá: difundió su doctrina por medio del periodismo y de la cátedra, fundó la universidad positivista de La Plata y declaró al positivismo algo así como la antifilosofía oficial de la República. Cuando los profesores y doctores de la antifilosofía -que alternaban los ritos de la logia masónica con las sesiones de la Sociedad Positivista Argentina y la atención de los estudios mejor cotizados por el capital extranjero- se sintieron sin fuerzas para resistir el embate de la conciencia nacional despierta en las grandes masas, recurrieron al irracionalismo, al misticismo, al intuicionismo, a la fenomenología y a cuantas ideologías de la decadencia arrojaba a nuestras playas la crisis del capitalismo. Los economistas de la oligarquía proinglesa que durante años repitieron de memoria, más que las doctas enseñanzas de Adam Smith y David Ricardo, las ñoñeces de Bentham, Stuart Mili y demás teóricos vulgares del capitalismo, se embanderaron en el subjetivismo, en el psicologismo, en el purismo, en el marginalismo y en otras formas de mistificación de la realidad socioeconómica. Por último, ya en la década del treinta del presente siglo, los becados argentinos en la universidad de Harvard se enteraron de la existencia de una nueva escuela, recién nacida en el firmamento del pensamiento económico inglés, escuela neoliberal y neopositivista que venía gestándose desde años antes e inspiraría la política británica en el Plata traducida en la estatización de sectores decisivos de nuestra economía bajo el control remoto de Londres, como el Banco Central, el transporte, el comercio exterior. John Maynard Keynes predicaba una especie de medicina del capitalismo, al que trataba como a un enfermo. Sin salir de los marcos de las ideas e instituciones liberales, Keynes enseñaba que, considerado el problema a corto plazo, podían curarse los males del capitalismo mediante la planificación conservadora de la economía y la socialización de las inversiones.[12] La rápida difusión que tuvieron entre nuestros economistas oficiales las ideas del lord inglés —a pesar de su estilo abstruso o precisamente porque la oscuridad conceptual las salvaba del conocimiento popular y de una discusión de fondo- se debe no solamente a que procedían de Gran Bretaña, nuestra secular proveedora de doctrinas, sino también a que prometían remedios a la desocupación y a la crisis del capitalismo sin afectar los intereses del capital financiero y de los monopolios, ni dar la espalda al liberalismo económico y político.[13]

Con Keynes termina la serie de maestros ingleses de nuestra dependencia colonial que comenzó con Bentham. No tiene sustituto, pues la Argentina deja de ser país vasallo y asistimos a los funerales del Imperio británico.

En realidad, el liberalismo y el neoliberalismo, el positivismo y el neopositivismo, el recetario keynesiano y la concepción individualista de la libertad y de la democracia, encarrilaban hacia la perspectiva histórica señalada por Alexis de Tocqueville: el progreso incesante a través del aburguesamiento de la humanidad. Tocqueville estaba convencido de que ese "movimiento irresistible" conducía a la igualdad social y a la democracia completa.[14] El burgués vendría a ser así el hombre emancipado, el hombre verdaderamente libre y, por lo tanto, verdaderamente hombre. A la burguesía, no al proletariado, pertenecería el porvenir. Y Marx se habría equivocado al decir que "el obrero lo crea todo [...], el obrero crea incluso *al hombre*".[15]

Dejamos para capítulos posteriores la demostración de que el liberalismo y el positivismo, no el marxismo, orientan a los partidos y a muchos intelectuales sedicentemente

marxistas de nuestro país.[16] Por ahora nos limitamos a comprobar que la gestación de la sociedad industrial en la Argentina puso al descubierto la inautenticidad del *plafond* institucional construido por los doctrinarios del 53, trajo la bancarrota de la democracia liberal y reveló que los positivistas, en especial los sociólogos, se ocupan de disecar a la sociedad argentina como si fuera un cadáver.

El desarrollo de la industria durante los tres lustros anteriores a 1930, esto es, desde el estallido de la Primera Guerra Mundial, tuvo dos consecuencias notables:

a) *El planteamiento del nacionalismo económico en oposición al liberalismo económico*. Ni el librecambio, ni el régimen liberal, ni el Estado liberal de los estancieros e importadores convenían a los industriales. Si bien durante la guerra mundial se había demostrado que la Argentina podía tener una industria propia, la postguerra probó que esta industria necesitaba una enérgica protección del Estado para ganar la batalla a las importaciones europeas y norteamericanas. Alejandro E. Bunge y Luis Colombo reclamaron en resonantes campañas esa protección, y aunque los estancieros e importadores nunca vacilaron en sacrificar la industria nacional en provecho de los monopolios extranjeros, la industria nacional sobrevivió a la conspiración de intereses confabulados para destruirla. Los industriales querían un Estado que, por una parte, les asegurara una serie de privilegios (tarifas aduaneras prohibitivas a la importación de artículos de competencia nacional, exención de derechos o bajas tarifas aduaneras a la importación de bienes de capital que no se producían en el país, créditos, ayuda técnica, mercados) y, por otra parte, impidiera la elevación de los costos (bajos salarios, bajos impuestos, anulación o reducción al mínimo de las cargas sociales). Un Estado industrial de ese tipo no podría haber sido ni el viejo Estado liberal de los estancieros e importadores, ni un nuevo Estado popular con participación de la clase obrera en el gobierno. Sólo era concebible teóricamente como la dictadura de los industriales. En la práctica coincidían, como veremos más adelante, el nacionalismo de los industriales con el nacionalismo de los militares.

b) *El crecimiento cuantitativo y cualitativo de la clase obrera*. La población ocupada en la industria subió de 1296000 en 1914 a 2156000 en 1933 (el 66 por ciento).[17] Las luchas obreras apuntaban a obtener de los empresarios, según lo hemos historiado en el segundo volumen de esta obra, aumentos de salarios, jornada legal de trabajo, descanso dominical, jubilaciones, seguro social, etcétera y a exigir del Estado el respeto del derecho de autodeterminación y de las libertades democráticas.

Pero las luchas puramente económicas, por reivindicaciones inmediatas, aislaban a la clase obrera de los destinos del país, porque no se conectaban con los grandes problemas nacionales. Esta desconexión obedecía a tres causas principales:

— el origen inmigratorio de la mayor parte de la mano de obra industrial y, en particular, de los dirigentes sindicales;

— la actitud antiobrera de los patrones, que provocaba aversión hacia el nacionalismo económico; y

— el internacionalismo abstracto, o cosmopolitismo, de las sectas anarquistas, sindicalistas, socialistas y comunistas.

Grave responsabilidad tuvieron los socialistas en esa desconexión, pues al defender sistemáticamente, como uno de los puntos clave de su programa, los intereses inmediatos de los consumidores y el librecambio, favorecían a las importaciones competitivas y destruían a la industria nacional. Estancieros, importadores y empresas imperialistas podían regocijarse de contar con tan imprevistos y encubiertos abogados.

La conexión de los obreros con los grandes problemas nacionales -y el despertar en ellos de la conciencia nacional—, dificultada por las razones expuestas, encontraba un Campo más propicio en la esfera de la producción donde la contradicción patrón-obrero se manifestaba específicamente en los términos de la antinomia opresión imperialista-emancipación

nacional, es decir en las empresas extranjeras que eran, por lo demás, las que concentraban mayor número de obreros.

El liberalismo de la concesiones de fomento a las inversiones extranjeras no correspondía a las necesidades de desarrollo de la sociedad argentina de entonces como se evidenció en la medida de control impuestas por el presidente Yrigoyen a los ferrocarriles y en el debate de las carnes.[18] Los obreros mostraban, al acercarse al yrigoyenismo, una tendencia progresiva a participar en la política nacional concreta, cuyos rasgos espontáneos poseían, en general, la autenticidad de que carecía el racionalismo extranjerizante y formalista de las sectas de izquierda.

El frigorífico promovió transformaciones de fondo en la ganadería y en el comercio exterior.[19] Colocó bajo el dominio de empresas industriales extranjeras (de las cuales eran accionistas o figuraban en los directorios grandes invernadores y criadores argentinos) el proceso de producción, industrialización y comercialización del vacuno; creó uno de los mayores monopolios industriales y comerciales; dividió a los ganaderos; fijó cuotas y precios y concentró a un numeroso y combativo proletariado. A través de los frigoríficos comenzó a introducirse el imperialismo norteamericano. En el mencionado debate sobre las carnes se cio claro, por las palabras del doctor Lisandro de la Torre, que para terminar con la extorción de las empresas frigoríficas no había otro recurso que nacionalizarlas, lo que equivalía a establecer el monopolio frigorífico para que incrustara en nuestro sistema económico, no podía engendrar el monopolio del Estado sin negarse a sí mismo. Prefería quedarse con la fórmula del conservador Matías Sánchez Sorondo: "colocarnos en la situación de la colonia inglesa en materia de carnes", [20] aunque en verdad también nos colocaban en situación de colonia norteamericana.

Otro hijo del régimen liberal, el monopolio ferroviario, el más totalizante y dominador de los monopolios orientó nuestra producción agropecuaria exportadora y creó una serie de ramas industriales y comerciales anexas.[21] La red ferroviaria medía 38634 kilómetros en 1930, de los cuales 30200 pertenecían a compañías inglesas y francesas y el resto al Estado argentino. El monopolio ferroviario nació con nuestra ganadería y agricultura capitalista, en la época del predominio del carbón en el transporte. Posteriormente, con el motor de explosión y el consumo de petróleo, con la industrialización y los mayores intercambios internos, los ferrocarriles perdieron la importancia de otros tiempos. En 1930 estaban en crisis en el mundo entero.[22] La red ferroviaria inglesa, prolongación de la flota mercante inglesa y ambos medios de transporte de las importanciones y exportaciones inglesas, entró en competencia con el automotor que los Estados Unidos ya fabricaban en cantidades fabulosas. Entre nosotros, el trazado de los ferrocarriles ingleses, de acuerdo a la planificación de una economía agroexportadora, importadora de productos elaborados, no correspondería a las necesidades del naciente desarrollo industrial.[23] Los caminos y el transporte automotor agilizaban y multiplicaban el tráfico, penetrando en zonas donde el ferrocarril no tenía acceso y uniendo unas zonas con otras, pero creaban una nueva dependencia por la falta de fábricas nacionales de autos y camiones y el déficit de la producción de petróleo. La Argentina se convirtió en uno de los campos de batalla de la competencia mundial entre el imperialismo inglés (ferrocarril-carbón) y el imperialismo norteamericano (automotor-petróleo),[24]

Yrigoyen fundó YPF en 1922 con el propósito de salvar a nuestros yacimientos del zarpazo de los consorcios yanquis. La intervención estatal violaba la doctrina liberal clásica y expresaba un nacionalismo económico que ni sus enemigos se atrevían a atacar de frente. El paso de la etapa del carbón a la del petróleo dio bases más seguras a la industrialización nacional y promovió nuevos problemas en relación con los centros extranjeros de poder. Cobra importancia que en 1926 importáramos la totalidad de las 2,5 millones de toneladas de carbón que consumíamos, mientras que producíamos en el país 1,1 millones de petróleo de

los 2,1 millones del consumo nacional, si se tiene presente que el combustible importado nunca fue barato y hemos tenido que hacer grandes sacrificios para obtenerlo.

Los dogmas del liberalismo se oponían al interés nacional y en el caso del petróleo eran tan contraproducentes que hubo que negarlos. Faltaba, sin embargo, una doctrina nacional totalizante. Las izquierdas castigaban con el epíteto de *reaccionaria* a toda doctrina nacional; estaban enajenadas a un internacionalismo abstracto. Las derechas no concebían otra Argentina que la satélite de Gran Bretaña, enriquecida a la sombra del Imperio; estaban en el juego imperialista. El liberalismo sí era totalizante, aunque atacara a otros totalitarismos.

Ha llegado el momento de tocar un tema que produce escalofríos a los liberales y, en particular, a los liberales de izquierda, él de la doctrina que los militares indujeron del estudio de las condiciones indispensables para hacer efectiva la defensa nacional. Esta doctrina no partió de ningún presupuesto ideológico. Nació del análisis de los hechos de la realidad argentina, en función de los preparativos del país para un eventual conflicto armado. Responde a la siguiente pregunta:

¿Es factible la defensa nacional, o la acción militar independiente en caso de guerra, si los transportes, las finanzas y los centros nerviosos de la economía del país están bajo control extranjero y si carecemos de una industria que nos abastezca de armamentos y nos asegure la autonomía económica?

La respuesta, necesariamente negativa, echaba por tierra las construcciones liberalpositivistas. Toda la historia militar, empezando por la organización sanmartiniana del ejército de los Andes, enseña que el autoabastecimiento, en el sentido de la más amplia y autoritaria disposición de bases propias tanto de alimentos como de armas y medios de transporte, es la condición *sine qua non* de la existencia de los ejércitos nacionales. En tiempos de paz puede un ejército proveerse de armas en el extranjero y emplear transportes de propiedad extranjera, pero una guerra en la época de la sociedad industrial y de la alta técnica, desencadenada bajo la dependencia de fuentes extranjeras de abastecimiento, quedaría subordinada desde el comienzo, o se subordinaría una vez consumidos los elementos bélicos existentes, a centros extranjeros de poder. Sería una guerra imposible, salvo que el ejército defendiera una causa extraña a la nación o se anexara a una gran potencia o a un bloque politicomilitar en una contienda ideológica continental o mundial.

De la contradicción entre la defensa nacional y la dependencia economicotécnica nacional se extraía una conclusión irrefutable desde el punto de vista militar: el ejército debía darse como tarea esencial en cumplimiento de su misión específica la de promover la industrialización y la tecnificación del país (industria pesada, combustibles, transportes, minería, química, etcétera).

Esa tarea fue expuesta por el coronel Luis E. Vicat en una notable conferencia pronunciada el 17 de julio de 1925 en el Círculo Militar.[25] Expresaba:

"La verdadera defensa nacional es asunto muy vasto y complejo y puede definirse diciendo que engloba todas aquellas actividades y todas aquellas medidas de previsión necesarias para asegurar la tranquilidad, la prosperidad y la independencia de un país, así como la victoria rápida en caso de conflicto.

"De nada servirán las instituciones armadas, por mejor instruidas o entrenadas que estén, si en el momento de la acción las armas de fuego llegan a carecer de pólvora y municiones, o no pueden reemplazarse las inutilizadas, o si las tropas no pueden ser transportadas y abastecidas con la rapidez necesaria, o si se llega a carecer de los combustibles, hierros y aceros, sin los cuales no pueden moverse barcos, aeroplanos, automóviles, ferrocarriles, ni pueden sostenerse con ventaja las fuerzas combatientes.

"De nada servirán, lo repito, todas las instituciones armadas si el país entero, abrigado detrás del frente de combate, es incapaz de producir y de transportar todo lo que necesitan sus abnegados defensores, dispuestos a sacrificarse y morir en un heroico batallar, que corre peligro de resultar inútil, al fin de la contienda, si le falta ese apoyo solidario de la población no combatiente.

"¡Y todos sabemos cuántos son los elementos que necesitan el Ejército y la Escuadra en lucha!

"Además de necesitar las mismas subsistencias que la población civil, consumen elementos bélicos y combustibles en cantidades enormes, que la experiencia de cada guerra ha demostrado ser muy superiores al máximo de lo calculado por los estados mayores.

"Por eso es que la defensa nacional bien entendida no debe considerarse únicamente como un asunto de preparación y entrenamiento de tropas, sino que se subdivide en una gran cantidad de ramas, todas de gran importancia.

"Además de sus ramas armadas: marina, terrestre y aérea, la defensa nacional tiene fases como la económica, la industrial, la de los transportes y aun la fase de la educación patriótica y social, que no debemos descuidar desde el tiempo de paz para no tener que lamentarnos en caso de guerra.

"Debemos cuidar y organizar hasta los más mínimos detalles, ya que en asunto tan importante pasa lo mismo que con una máquina poderosa: una sola tuerca floja puede llegar a ser la causa de un irreparable desastre".

A continuación, el coronel Vicat analizaba extensamente lo que denominaba "la defensa nacional industrial". Destacamos los, siguientes párrafos cuya extraordinaria importancia no escapará al lector:

"A pesar de estar hablando ante una reunión de profesionales, debo insistir en la imperiosa necesidad de que modifiquemos todo nuestro actual sistema económico e industrial a fin de que seamos capaces de producir todo lo que necesitaríamos en caso de un conflicto, no solamente para tener la seguridad de no llegar a carecer de nada, sino también para poder considerarnos como verdaderamente independientes de toda tutela extranjera,[26]

"Por otra parte, aun suponiendo que en caso de guerra contásemos con la ayuda de afuera, debemos tener presente que para recibir los elementos necesarios no bastan la amistad ni la simpatía, que todo tendrá que pagarse en oro contante y sonante y que, en ese trance, nuestras reservas metálicas se evaporarían en pocas semanas.

"Que podríamos canjear bien nuestros productos agrícologanaderos es otra ilusión engañosa, puesto que la guerra trastornaría todos los transportes, tanto ferroviarios como marítimos.

"Aun en el caso de buenas y abundantes cosechas, que quiero suponer ya almacenadas en los puertos de embarque, todos sabemos qué mermas se producen en los precios cuando el vendedor tiene apuro o necesidad de vender y el comprador lo sabe".

Al referirse a la posibilidad de un aumento cuantitativo y a un mejoramiento cualitativo de nuestra producción agropecuaria, comentó el orador:

"Eso aumentará, es cierto, nuestra riqueza nacional y quizás nuestro bienestar individual y colectivo, pero aumentará también, y en alarmantes proporciones, nuestra actual dependencia económica, financiera e industrial, dependencia que hace que toda nuestra vida nacional, incluso su defensa armada, dependa de lo que nos pueda venir del extranjero, ya que todo lo compramos y vendemos fuera de fronteras.

"Para evitar esa dependencia es que todos nuestros esfuerzos deben aunarse, tendiendo hacia un objetivo determinado, haciendo que la frase 'bastarnos a nosotros mismos' represente una divisa de acción, una poderosa idea motriz de nuestras actividades.

"Actualmente nuestras principales riquezas son la ganadería y la agricultura y, sin embargo no podemos desarrollarlas sin el auxilio de los elementos importados, desde el alambre para los cercos hasta los medios de transporte que llevan sus productos al mercado, desde el más sencillo arado o herramienta hasta las modernas trilladoras, desde el medicamento para la sarna de las ovejas hasta las lonas para tapar las parvas o los elementos para combatir la langosta.

"Para establecer cualquier industria, y aun para mantener las que ya existen, necesitamos comprar en el extranjero la maquinaria, los combustibles, los lubricantes, las piezas de repuesto, y, muchas veces, hasta las mismas materias primas, aunque existan en nuestro suelo, como ser la madera para las construcciones.

"Para explotar nuestras minas, navegar nuestros ríos, construir nuestros puertos, puentes, caminos, telégrafos, teléfonos y ferrocarriles, nuestros aeroplanos, automóviles y mil otras cosas más, necesitamos recurrir al extranjero.

"Para nuestros empréstitos, para imprimir o acuñar nuestra moneda, para mejorar nuestros trigos, linos, maíces y ganados, para estudiar nuestro suelo, para organizar la explotación de cualquier riqueza, para hermosear nuestras ciudades, para curar a nuestros enfermos, y para otras múltiples incidencias de la vida diaria, recurrimos constantemente a la importación de hombres, de ideas, de rutinas, de capitales o de materiales extranjeros, como si fuésemos alguna raza inferior, incapaz de vivir sin tutela, incapaz de aprender, de progresar, de inventar, de proceder.

"Hasta para adquirir los elementos indispensables para asegurar la defensa nacional armada, tenemos que recurrir a la buena voluntad y a la complacencia del extranjero. ¡Parece que fuésemos ciegos e incapaces de ver el peligro que esto entraña!

"En contra de esta situación de absoluta dependencia extranjera es que debemos luchar, no por 'xenofobia', que no es más que un estúpido horror a los extranjeros, sino para no tener que tratar con ellos en condiciones de inferioridad, para buscar de elevarnos hasta el mismo nivel alcanzado por las naciones más adelantadas, sin lo cual nunca estaremos en condiciones de fraternizar, de igual a igual, como queremos hacerlo, con los demás pueblos de la tierra.

"La necesidad de una organización de las industrias nacionales al servicio de las instituciones armadas ha sido reconocida en todas las épocas y por todos los hombres de Estado".

Opinaba el coronel Vicat que la "Exposición de las Industrias Argentinas", realizada ese año en Palermo,

"ha demostrado claramente que nuestro pueblo tiene capacidad para desarrollar sus industrias y que el movimiento industrial es poderoso e intenso, aunque no autónomo, ya que para todo, lo repito, sigue dependiendo del extranjero, sea en los combustibles y lubricantes, sea en los medios de transporte, sea en la maquinaria, herramientas y repuestos, sea, por fin, hasta en las mismas materias primas. Y todo eso porque no explotamos aún ni conocemos siguiera nuestras minas y no hemos empezado a elaborar nuestro hierro. *¡Nos falta el sólido cimiento del edificio industrial!*

"Nuestro actual movimiento industrial es poderoso, extenso y útil, pero no es nacional, ya que sigue dependiendo del extranjero".

Terminó el orador llamando la atención acerca de la catástrofe que traería a la Argentina el bloqueo de sus puertos. Por falta de industrias propias quedaríamos a merced del agresor.

En los cuarenta años transcurridos desde que un militar, distinguido especialista en minería y metalurgia, pronunció esas palabras admonitivas, nuestra industria progresó considerablemente, pero no dio el salto cualitativo de la dependencia a la independencia. La contradicción entre la defensa nacional y la dependencia económica nacional sigue en pie, porque sólo es superable con la unidad más temida, odiada y calumniada por el liberalismo partidista, la unidad totalizante de "las masas y las armas", en base al nacionalismo popular revolucionario.

Si bien en la práctica coincidían, como lo hemos adelantado, el nacionalismo de los militares y el nacionalismo de los industriales, pues unos y otros comprendían que no existe independencia efectiva sin industrialización y tecnificación, también en la práctica se diferenciaban los dos tipos de nacionalismos. Las diferencias provenían de las respuestas que daban unos y otros a la siguiente pregunta:

¿Es posible llegar a "bastarnos a nosotros mismos" por la vía de la empresa privada nacional protegida por el Estado argentino?

De ser posible tendríamos en nuestro país la repetición del proceso clásico de las burguesías de Inglaterra, Francia, Alemania, Estados Unidos y Japón: los empresarios privados impulsaron -gracias a los privilegios y a la protección que les otorgaron sus gobiernos- la revolución industrial, el sistema bancario, el comercio exterior y la red de transportes, y lo mismo sucedería con nuestros empresarios.[27] Tal perspectiva correspondía a la idea del aburguesamiento progresivo de la humanidad que hemos analizado más arriba. Es un "modelo" de origen liberal-positivista, pero que requería para aplicarse una dictadura militar-empresaria, lo que haría que se alejara de su origen, repudiara la democracia representativa y tratara de "copiar" al corporativismo fascista. Lo intentó el general Uriburu, asesorado por nacionalistas burgueses.[28]

No era viable una dictadura militar-empresaria antiobrera o que, por lo menos, excluyera a la clase obrera de toda participación en el poder. Sin embargo, ese tipo de dictadura aparecía como el instrumento político indispensable, dentro de la concepción "libreempresista", para acelerar la acumulación capitalista privada mediante la más intensa

explotación del trabajo humano, acrecentando al máximo la cuota de plusvalía, como había sucedido en Gran Bretaña durante los siglos XVII y XIX y, en general, en todos los países capitalistas en ascenso. No era viable, porque la burguesía industrial argentina era débil e incapaz de competir por sí misma, o con ayuda del Estado, con las burguesías imperialistas extranjeras, y porque la clase obrera argentina era más fuerte, organizada y consciente que sus pares del siglo pasado en Europa Occidental y los Estados Unidos. Algunos militares descubrieron en la realidad nacional esa contradicción que no imaginaban los sectarios "marxistas".

Quienes analizaban en concreto los grandes problemas nacionales tropezaban con una muralla infranqueable por la empresa privada argentina. Esta carecía de la concentración monopolística de capital y de las técnicas avanzadas que le permitieran hacerse cargo de la tarea de nuestra revolución industrial, de nuestra autodeterminación económica. Por otra parte, el Estado liberal de estancieros e importadores no estaba dispuesto a ayudar a la industrialización privada más allá de ciertos límites compatibles con la economía agropecuaria exportadora, ni a asumir directamente la responsabilidad de construir una industria nacional.

El ejército se asignó entonces la misión de suplir a la iniciativa privada y al Estado empresario, pero el ejército es parte del Estado y como tal entraba en contradicción con su estructura liberal. Más adelante examinaremos el proceso teoricopráctico que condujo a sus cuadros más esclarecidos a elaborar una doctrina totalizadora de los grandes problemas nacionales.

El Estado liberal no solamente resultaba incompatible con el despegue de la revolución industrial argentina, sino que nunca fue aceptado por la espontaneidad de los movimientos populares. Toda la historia argentina, a partir de la Revolución de Mayo, está marcada por la antítesis entre las masas y los políticos liberales. Primero, las montoneras y los caudillos resistieron los proyectos unitarios de los liberales porteños. Luego Sarmiento fijaría en una fórmula optativa la separación entre la "civilización" importada de los intelectuales y de los políticos intelectualizados, y la "barbarie" del nivel de las poblaciones nativas.

La colonización capitalista (1862-1930) se trazó sobre la línea de la democracia liberal polipartidista impuesta desde el poder a las masas, mediante el aparato estatal y la instrucción pública. Los partidos políticos nacieron de ella, en ella o, si comenzaron oponiéndosele, terminaron por entrar en su juego. Este último es el caso de los partidos de izquierda, revolucionarios de palabra y liberales en los hechos.

Pero la introducción del demoliberalismo partidista tuvo efectos antitéticos: desarrolló la oposición popular al régimen que creaba. El "soberano" se educó como quería Sarmiento. El "bárbaro" se disciplinó en el servicio militar obligatorio, en la fábrica, en la estancia, en la chacra. El ferrocarril y el camino acortaron las distancias del campo a la ciudad. El cine y la radio "civilizaron" hasta el más apartado y solitario rincón de la república. A medida que la "civilización" se expandía y penetraba se hacía más profundo el abismo entre el esquema clásico de los partidos y las tendencias de las clases populares a movilizarse masivamente tras objetivos propios que destruían los moldes de la democracia representativa minoritaria, pero ellas carecían de una filosofía y de una conducción políticas que las sacaran del pantano liberal y las arrojaran a la conquista de su emancipación nacional y social.

El nacionalismo empírico de los militares precia incompatible con el economismo espontáneo del movimiento obrero. Durante decenas de años se había inculcado a los obreros un sectarismo antimilitarista y a los militares una conciencia antiobrera. Estos eran para aquéllos "reaccionarios", y luego "fascistas", por antonomasia. Aquéllos eran para éstos una totalidad de subversivos. Divorciadas las "masas" de las "armas", el derrumbe de las anacrónicas tesis liberales dejaba un vacío que nadie llenaba.

1930 fue el año crítico tanto para una estructura socioeconómica creada en función de la economía agroexportadora como para instituciones y partidos que no representaban a la verdadera Argentina. La acción militar que el 6 de setiembre canceló casi tres cuartos de siglo de autovigencia formal del régimen demoliberal descubrió, con su negatividad, la gran ilusión de los liberales argentinos de construir al sur del continente, por trasplante de Europa, una democracia progresista a imagen de los modelos suministrados por la civilización de Occidente, El experimento concebido por los organizadores del 53 como realización final mostraba ser nada más que una corta etapa intermedia de la historia argentina. Una filosofía individualista y utilitaria inspiró y justificó el vertiginoso ascenso desde la "barbarie" nativa a la "civilización" importada, en circunstancias que no se repetirán. A esa filosofía permanece unido el destino de las clases sociales, de los partidos políticos, de la intelectualidad y del Estado marcados con el sello de una época de imposible restauración.

No imaginaban el general Uriburu y sus consejeros que, al derribar al primer presidente argentino libremente elegido por el pueblo, prolongaban la agonía de partidos condenados a no poder conquistar el gobierno sin mediación militar y sin excluir de la vida política a los movimientos, líderes y programas revolucionarios o reformistas preferidos de las masas populares, por nacer del imperativo de superar a una existencia nacional distorsionada dentro del esquema ya obsoleto de la colonización capitalista. Los partidos liberales integraban una totalidad no consentida por la sociedad argentina, pero los triunfadores del 6 de setiembre de 1930 pretendían instaurar un nacionalismo de minorías no menos ajeno al país.

La oposición liberalismo-nacionalismo giraba dentro de la unívoca concepción de la Argentina como parte refleja o subordinada del mundo occidental y era extraña y enemiga del despertar del nacionalismo popular, cuya primera expresión ingenua había sido el yrigoyenismo, pues si el *liberalismo* copiaba el tipo anglosajón de democracia restringida burguesa, el *nacionalismo minoritario* encerraba el equívoco de nutrirse también de modelos importados.

La enajenación integral a los valores máximos alcanzados por la civilización en Occidente afectaba tanto a los adictos que la idealizaban como a los críticos que la juzgaban negativamente desde puntos de vista europeos. Los anarquistas y socialistas, y más tarde los comunistas, aplicaban a los conflictos sociales argentinos modelos transferidos de Europa, y por eso nunca dejaron de ser minorías que no orientaron la historia de la República. Por grande que haya sido su influencia ideológica y ponderable su aporte a la organización del proletariado argentino, permanecieron en la condición de mediadores del despertar de la conciencia de la clase obrera y de la formación de una intelectualidad revolucionaria. Pero de la espontaneidad de las masas populares surgieron movimientos antisocialistas y anticomunistas que recogieron los frutos de la labor del socialismo y del comunismo. Esos movimientos (yrigoyenismo y, posteriormente, peronismo), que rechazaban a los partidos de izquierda por ajenos al ser nacional, hacían suyos muchos de los objetivos que las izquierdas agitaban sin posibilidad de alcanzarlos dentro de la tradición liberal en que se ubicaban. El hacer justicia a las leyes sociales, a la cultura política y a la organización del pueblo que la Argentina debe a las izquierdas, no autoriza a olvidar lo fundamental: que en las coyunturas de los cambios impulsados por la movilización de las masas se alinearon en contra de éstas y colaboraron de hecho en la preparación de golpes reaccionarios. La primera de esas coyunturas fue la época yrigoyenista y el pecado de las izquierdas opositoras no se lavó con las lágrimas derramadas después del 6 de setiembre de 1930.

Es que las izquierdas comparten con el liberalismo y el nacionalismo de minorías el hábito mental de conceptuar conceptos en vez de conceptuar los hechos y la historia de la realidad argentina. Ese hábito funcionó con alguna eficacia mientras se construía la nación con brazos, capitales, técnica y cultura importados, pero se proyectó al vacío cuando se consolidó la nacionalidad y el pueblo se volvió hacia sí mismo.

Parecerá paradójico que se acuse a liberales e izquierdistas de no conceptuar la realidad del país. Centenares de libros y monografías sobre historia y economía, y los adelantos de la sociología positiva y de la estadística, indicarían lo contrario. Es fácil comprobar, sin embargo, que esos trabajos, muchos de ellos de gran valor empírico, investigan la realidad a través de conceptos apriorísticos deducidos de una determinada filosofía, por lo general la del positivismo. La objetividad que se atribuye a los análisis y tesis así realizados resulta, al fin de cuentas, ficticia y mero traslado a los hechos de la concepción preexistente en la mentalidad del investigador. Los hechos son descubiertos, separados, ordenados, jerarquizados, juzgados y relacionados entre sí, de acuerdo a una concepción general del mundo y de la sociedad que se considera universal, necesaria y absoluta, y aunque no suele mencionársela explícitamente (o se invoca una por otra, como los falsificadores del marxismo que son, en verdad, positivistas) está presente en cada momento de la investigación y en cada juicio inducido de ella. Lo que aparenta ser la conceptuación de la realidad es la aplicación a la realidad de conceptos derivados de otros conceptos.

Los liberales no se resignaron a aceptar que su gran ilusión murió en. 1930. Creían afirmarse en la realidad nacional, cuando era lo cierto que recibían en calidad de alumnos la riquísima y múltiple herencia cultural de Europa, en forma de conceptos que conceptuaban con el objeto de crear la realidad final que sería el modelo idealizado de la sociedad de la misma madre Europa. La sociedad aluvional que se iba gestando con la inmigración alentaba el espejismo. Pero cuando la sociedad dejó de ser aluvional y de la masa cosmopolita nació la nación, los liberales se sintieron en un país extraño. No era el país que creían que era, ni aceptaba ser lo que ellos querían que fuese. Entonces recurrieron para explicar la anomalía al método que condiciona su pensamiento, a la conceptuación de conceptos. "¿Qué es esto?", se preguntaron, y fueron a Europa a buscar la respuesta. "Esto" tenía que ser la reproducción de lo malo (fascismo, nazismo, comunismo) que empañaba la pulcritud del modelo. "Esto" debía ser erradicado para que el modelo ideal siguiera superponiéndose y ocultando a la sociedad real. El yrigoyenismo fue el comienzo de "esto", el tímido y defectuoso despertar de lo nuevo todavía mezclado a lo viejo, lo distinto que no se diferenciaba del todo del unívoco liberalismo, lo plebeyo que se valía del andador de la cultura importada para dar los primeros pasos. Y los intelectuales que pesquisaban lo popular en lo nacional, y lo nacional en lo popular, se sentían a ratos atraídos por el yrigoyenismo y a ratos avergonzados de haber sucumbido a la tentación. Aplaudieron a Yrigoyen en 1928 y proclamaron en 1930 "Salvador de la Patria" al general que lo derrocó. Poco tiempo les duró el entusiasmo. Pronto volvieron a dar tumbos, denunciando su volubilidad política, no el deber de no comprometerse en una militancia, como alegaban en su defensa, sino el no haber echado raíces en el sustrato popular de la nacionalidad en formación.

CAPITULO 20

LOS SOCIALISTAS

La colonización iniciada en las últimas décadas del siglo pasado introdujo en la Argentina las doctrinas socialistas que afirmaban y negaban, al mismo tiempo, al capitalismo que aquella traía como su razón de ser. Lo afirmaban, puesto que sin la liquidación del atraso precapitalista todavía imperante en el país y sin las grandes concentraciones obreras y el progreso de la industria y de la técnica no podía hablarse de socialismo y lo negaban porque proponían crear desde ya las condiciones del paso al modo de producción socialista.

Coincidió la colonización capitalista en la Argentina con el movimiento expansivo hacia el resto del mundo de las ideas y de los partidos socialistas de Europa Occidental, cuna entonces del capitalismo imperialista y cátedra del socialismo. A partir del Congreso de Gotha (1875), después de la desaparición de la Primera Internacional o Asociación Internacional de Trabajadores (1864-1872), se fundaron partidos socialdemócratas en la mayoría de las naciones europeas.[1] El Partido Socialdemócrata Alemán se convirtió en modelo para muchos de ellos debido a sus éxitos electorales y a su desafío a las leyes antisocialistas de Bismarck.[2] Marx censuró duramente el programa aprobado por el Congreso de Gotha.[3] Era un programa que se adaptaba a la legalidad consentida por el canciller alemán, pero su reelaboración por el Congreso de Erfurt (1891), inspirada en el propósito de volver al marxismo del *Manifiesto Comunista* de 1848, no evitó la infiltración del revisionismo de Eduard Bernstein (1850- 1932), con su doctrina del avance pacífico hacia el socialismo mediante la paulatina socialización de las riquezas por la vía legal y parlamentaria.

Los países del este y del sur de Europa, de escaso desarrollo capitalista, opusieron las mayores resistencias a las corrientes pacifistas y conciliadoras que llegaron a prevalecer en Alemania, Francia, Gran Bretaña, Holanda, Bélgica y Escandinavia. En Italia y España las críticas partían casi exclusivamente del campo anarquista, mientras que en Rusia, con la industrialización, la ola de huelgas y el ascenso del movimiento revolucionario antizarista, la denuncia del oportunismo incrustado en la Segunda Internacional se hizo en base al rescate y desenvolvimiento de los principios de la dialéctica materialista de Marx y Engels.

Con la inmigración recalaron en las playas argentinas el anarquismo y el socialismo. El anarquismo encontró su caldo de cultivo en la pequeña producción artesanal, en el gremialismo primitivo y en aquellos intelectuales cuya inadaptación al medio se traducía en un individualismo utopista y pasional. La industrialización lo hirió de muerte. En lo que se refiere al socialismo, era natural que en un país sometido a un proceso de colonización por gentes que venían en procura de riquezas se dieran las formas más fáciles del parlamentarismo y del legalismo reformista. Anarquistas y socialistas actuaban dentro de círculos, predominantemente de inmigrantes, que resultaban del trasplante a la Argentina de las condiciones socioeconómicas y de las relaciones de clase de las regiones de Europa de donde provenían. Ni los anarquistas en la época que dirigían casi la totalidad del movimiento

obrero, ni los socialistas, cuando ganaban elecciones en la ciudad de Buenos Aires, derribaron la muralla que los separaba del proceso histórico nacional concreto.

Durante su residencia en el país, dos famosos anarquistas italianos —Errico Malatesta (1885-1889) y Pietro Gori (1898)— predicaron una fraternidad universal apriorística, al margen de toda particularidad o desigualdad nacional. Tanto valía para los argentinos como para los italianos, para los europeos como para los americanos, los africanos y los asiáticos, pues la voluntad del hombre convencido, ganado a la causa del anarquismo, desintegraba las diferencias y opresiones de raza, de clase y de Estado y le hacía encontrarse a sí mismo en una libertad absoluta, en una especie de cielo definitivo más allá de la triste, opaca y dolorosa vida terrenal. Eran teólogos ateos que soñaban en una *Ciudad de Dios* sin Dios. Declaraban a Jesús el primero de los anarquistas y sólo por prejuicios clericales no podían admitir a San Agustín como el principal de sus maestros.

Los socialistas estaban más con los pies sobre la tierra que los anarquistas, pero sobre una tierra que también internacionalizaban abstractamente. Fuera del capitalismo internacionalizado se sentían como peces fuera del agua. Querían un mundo capitalista total para luchar por un mundo socialista igualmente total. Este saldría perfecto de las imperfecciones de aquél. Escribía Juan B. Justo en *La Vanguardia* del 1." de mayo de 1894, bajo el título de "El Programa del Partido":

"En todas partes las consecuencias del capitalismo son esencialmente las mismas, como lo son también los reclamos más perentorios del proletariado",

tesis admisible si el capitalismo tuviese un desarrollo uniforme y si no subsistiesen modos de producción precapitalistas en el mundo. Como no se daba, ni se da, semejante simultaneidad en los procesos históricos, la formulación de Justo sólo representaba un modelo ideal al que pretendía reducir la riqueza multifacética de los tipos y niveles nacionales.

El desconocimiento de lo particular en el capitalismo —sus etapas, sus desigualdades de desarrollo, su relación con otros sistemas— hacía que Justo equiparara la sociedad argentina a la sociedad capitalista en general. Decía en el número inicial de *La Vanguardia* (7 de abril de 1894):

"Junto con esas grandes creaciones del capital, que se ha enseñoreado del país, se han producido en la sociedad argentina los caracteres de toda sociedad capitalista".

Los caracteres de la sociedad argentina que no correspondían al modelo clásico de la sociedad capitalista no debían tenerse en cuenta o debían tenerse en cuenta para eliminarlos y homogeneizarla de acuerdo al modelo clásico. Justo se ubicaba en la línea liberal, en la línea de los unitarios contra los caudillos y las montoneras, de la "civilización" importada opuesta a la "barbarie" nativa. Y al marginar de la historia argentina las expresiones espontáneas de la vida popular que no se ajustaban a su esquema racionalista, concebía al socialismo como el perfeccionamiento de la trasplantada sociedad capitalista, como la expansión de la democracia liberal. Su obra cumbre —*Teoría y práctica de la historia*[4]— reúne infinidad de hechos recogidos de la experiencia de otros países de los que inducía leyes generales valederas para todos ellos y, en particular, para el nuestro. Las sociedades humanas serían organismos semejantes a los biológicos y compuestos de

"una masa de hombres y cosas movidos y moldeados por fuerzas tan regulares como las que mueven el sistema solar y han moldeado la corteza terrestre".[5]

Pero como había en la Argentina hombres y cosas que escapaban a ese movimiento regular, era necesario modelarlos de manera de incorporarlos al progreso incesante que conduciría al socialismo. Tendríamos así una sociedad dirigida hacia finalidades que no surgían de ella misma, sino que debían imponerles conductores educados en la doctrina socialista internacional. En el mencionado editorial del 7 de abril de 1894, se presentaba el doctor Justo con estas palabras:

"Venimos a representar en la prensa al proletariado inteligente y sensato".

Por "proletariado inteligente y sensato" se entendía, de suyo, a los obreros ganados a las ideas socialistas y quedaban excluidos aquellos de escaso nivel cultural que no podían comprenderlas y aceptarlas. Esta actitud de preceptores que autoasumían los discípulos de Justo no podía tener mayor efectividad, porque despreciaba las expresiones espontáneas y naturales de las masas trabajadoras argentinas, su peculiar manera de ser que las separaba del "proletariado inteligente y sensato".

Fue siempre obsesivo en socialistas y comunistas el repudio y oposición a la espontaneidad. ¡Cuántas veces les hemos oído decir:

"Nada de seguidismo. Cuidado con la espontaneidad. Somos los conductores y no los furgones de cola del movimiento de masas"!

La verdad es que al repicar una campana tan vacía quedaron no en "conductores", ni tampoco en "furgones de cola", sino arrumbados en una vía muerta de la historia.

El desprecio de la espontaneidad de las masas anula al dirigente político. Ese desprecio adoptó en los socialistas la forma de una aristocrática crítica moral de las costumbres, los hábitos y las preferencias de las muchedumbres argentinas, a las cuales les oponían como paradigmas los idealizados obreros alemanes, franceses, anglosajones o escandinavos. El socialismo era la Academia de Ciencias Sociales y Políticas a la que no tenía acceso la chusma vernácula. Los éxitos provisorios de los discípulos de Justo en los comicios y en el Congreso no desviaron a las masas populares de los caminos que abrieron, partiendo de su espontaneidad, primero el yrigoyenismo y luego el peronismo. Y su insistencia en combatir esos movimientos naturales del pueblo argentino ha terminado por disgregarlos y esterilizarlos políticamente.

Decía Lenin que

"el 'elemento espontáneo' no es sino la forma embrionaria de lo consciente".[6]

Existe en el "elemento espontáneo" la tendencia innata a hacerse consciente. Está en su propia naturaleza pasar de lo espontáneo a lo consciente, pues la espontaneidad librada a sí misma es una fuerza ciega que a la larga se destruye, como sucedió con el movimiento obrero primitivo, el anarquismo y, en otro sentido, con nuestras montoneras aniquiladas finalmente por la burguesía porteña. Pero los socialistas no representaban una conciencia que fuera el desarrollo de la espontaneidad de las luchas de los trabajadores de las ciudades y de los campos argentinos, sino que oponían a esa espontaneidad una conciencia extraña formada mediante la conceptuación de las experiencias de los países europeos. Podrá argüirse que Juan B. Justo presentaba así su *Teoría y práctica de la historia*:

"No creo conducente y genuina sino la teoría que surge espontáneamente de los hechos, puestos en un orden lógico e histórico",[7]

pero pronto la lectura del libro nos apabulla con montañas de hechos universales de los que infiere una teoría para la sociedad argentina. Nadie se atrevería a afirmar, por supuesto, que sea perjudicial o desdeñable el conocimiento de los procesos pasados y presentes de la experiencia mundial. Por el contrario, ese conocimiento es indispensable tanto para orientarse en la marcha histórica de la humanidad como para interpretar al propio país y ser factor activo de su transformación revolucionaria. El método empleado por Justo tenía de falso el traslado mecánico de tesis inducidas de las experiencias de países industrialmente desarrollados a una Argentina agroexportadora en los comienzos de una industrialización que, para avanzar debía vencer la opresión de obstáculos externos e internos que aquéllos no sufrían. Nos daba como imagen de la futura Argentina la actualidad de las naciones capitalistas más avanzadas en leyes sociales. Enseñaba que nuestro porvenir estaba marcado por un determinismo que le señalaba los caminos y metas de los partidos socialistas de los Estados que vivían su propia revolución industrial. Su *Teoría y práctica de la historia* se inspiró en la idea de que los pueblos atrasados repetirían los procesos sociales de los países adelantados.

La teoría y la práctica de la historia prueban, a la inversa, que lo inferior no sale de su inferioridad limitándose a imitar (o a alcanzar la altura de) lo superior, pues de ser así no habría progreso. Lo inferior tiende a superar a lo superior, lo que sólo le es posible asimilándolo y negándolo. No compartía esta interpretación el maestro Justo. Siempre repudió la dialéctica y pensó en términos de lógica formal o positivismo lógico. Y el positivismo lógico no le permitía ver más que diferencias cuantitativas en las desigualdades de desarrollo entre los países. Había, según él, más o menos capitalismo, más o menos democracia, más o menos progreso social, y no una división cualitativa, la cual, sin embargo, se hizo evidente a partir de la segunda mitad del siglo XIX entre potencias imperialistas, por una parte, y colonias y dependencias, por la otra. Era tan teórica y prácticamente imposible que el capitalismo retrocediera de la etapa imperialista a la etapa de libre concurrencia, como que las colonias y dependencias se emanciparan y desarrollaran por las mismas rutas que siguieron antes las naciones adelantadas. En vano la teoría económica no marxista de este siglo, desde Eduard Bernstein hasta W. W. Rostow, se esfuerza en establecer las etapas de crecimiento de los países atrasados dentro del curso general del capitalismo. La práctica destruye sus esquemas cuando se aplican a regiones que no tienen acceso a la industrialización integral sin adoptar diversas formas de economía y propiedad sociales.

La colonización había hecho de la Argentina un país capitalista unilateralmente desarrollado; la orientación agroexportadora de su economía le traía a la vez riqueza interna y dependencia del mercado exterior, contraste que a la larga provocaría la crisis de un régimen social carente de bases propias y sin una economía integrada con la totalidad de sus factores. Militares y empresarios veían en la industria el fundamento de la independencia económica y de la consolidación política nacionales dentro del orden capitalista. Juan B. Justo no comprendía que el socialismo era una palabra hueca si el país no se industrializaba e independizaba económicamente. Resultaba impracticable el socialismo en una economía agroexportadora subordinada al mercado capitalista mundial.

Justo creía que esta hipótesis de Bernstein sobre la evolución hacia el socialismo valía tanto para los países industrializados como para los agropecuarios:

> "Una disminución relativamente progresiva en el número de los capitalistas y una riqueza creciente del proletariado o una clase media más numerosa: tales son las únicas alternativas que permite examinar el continuo aumento de la producción".[8]

Si el capitalismo tendía, como pensaba Bernstein y admitía Justo, a la distribución de las riquezas entre un número cada vez mayor de poseedores, en vez de concentrarse en monopolios industriales y financieros, y si ése era el camino que conducía por evolución al

socialismo, tanto daba el capital extranjero como el capital nacional, el capital que extraía y elaboraba nuestras riquezas para beneficio de centros extranjeros de poder como el capital acumulado e invertido en el país. Uno y otro evolucionarían hacia el socialismo mundial. Es cierto que Justo y Bernstein admitían la existencia de monopolios y trusts, pero opinaban que ellos favorecerían la distribución del capital en acciones entre "un número creciente de capitalistas de toda categoría".[9] Y como también suponía Bernstein (véase cita anterior) "una disminución *relativamente* progresiva en el número de capitalistas", se infiere que quería significar que el crecimiento de la producción (a ritmo mayor que el de la población para desmentir los augurios pesimistas de Malthus) ocasionaba que cada día hubiese más proletarios enriquecidos que nuevos capitalistas y, por lo tanto, que la sociedad se nivelase progresivamente en una clase media. Obsérvese la semejanza de esta teoría con la de Alexis de Tocqueville del aburguesamiento de la humanidad.

La esperanza en la homogeneización general de la humanidad por vía evolutiva era totalmente utópica, pues al nivel de los monopolios no sólo subsistía la competencia entre las empresas, sino que se acentuaba, tanto entre ellas como para impedir que se desarrollaran los gérmenes de capitalismo propio en los países nuevos o recientemente incorporados a la civilización occidental. Los socialistas de Justo ignoraban tales contradicciones de la economía mundial y procedían como si un determinismo histórico condujera a los hombres al socialismo.

Con tal simplificación de la teoría y la práctica de la historia se perdía de vista el problema nacional por excelencia, el de la construcción de una economía independiente que superara a la colonización capitalista.

El desconocimiento del problema nacional –específicamente en el aspecto de las contradicciones entre burguesía nacional y burguesía imperialista extranjera, contradicciones derivadas de la ley de la competencia innata en el capitalismo- hacía vacilar y cometer graves errores tácticos a los socialistas. Al discutirse en el Congreso Constituyente del Partido Socialista del 28-29 de Junio de 1896 la Declaración de Principios y los Estatutos, el doctor Juan B. Justo, secretario del Comité Ejecutivo, propuso la siguiente redacción del artículo 8. °:

> “El Partido Socialista podrá aceptar alianzas con otros partidos siempre que se respete íntegro nuestro programa.”

Tal tipo de alianza era teórica y prácticamente imposible, además de no corresponder a la necesidad de independizar, integrar y desarrollar las bases económicas y políticas nacionales, sin lo cual no podía hablarse seriamente de socialismo. Ni en el Primer Programa (abril de 1894), ni en el Programa Electoral (octubre de 1895), ni en los Programas mínimos (abril de 1895 y 28-29 de junio de 1896) aparece la menor referencia al problema nacional argentino. La parte política del Primer Programa enumeraba “las reformas previas económicas y políticas necesarias para el advenimiento final del socialismo” que debía implantar el Partido Socialista Obrero una vez que se adueñara del poder.[10] Incluía los siguientes puntos:

> "Legislación directa del pueblo: derecho de iniciativa y de referéndum para la creación de las leyes. Derecho de revocar los elegidos, cuando no desempeñen su cargo a satisfacción de los electores. Supresión de la presidencia y de la vicepresidencia de la república. Supresión del Senado; creación de una comisión ejecutiva cuyos miembros sean elegidos y puedan ser removidos en cualquier momento por la Cámara de Diputados, único cuerpo legislador. Adopción por las provincias y las municipalidades de reformas idénticas en su organización. Representación de las minorías. Naturalización de los extranjeros. Justicia gratuita. Jurados para toda clase de delitos. Abolición de la pena de muerte. Supresión del ejército permanente y armamento general del pueblo. Separación de la Iglesia y el Estado. Gobierno propio de las comunas".

El Programa Mínimo de abril de 1895 agregaba, entre otras reformas políticas, la representación proporcional, la supresión de las prerrogativas del clero y confiscación de sus bienes, la abolición de la deuda pública y la supresión de las policías secretas y militarizadas.

La parte económica de los mencionados programas comprendía una serie de reivindicaciones obreras, la abolición de los impuestos indirectos, el impuesto progresivo y directo sobre la renta y —únicamente en el Primer Programa y en el Programa Mínimo de 1895- “la anulación de todos los contratos que hayan enajenado la propiedad pública y los talleres nacionales (puertos, ferrocarriles, etc.)". Es significativo que esta última cláusula se eliminara del Programa Electoral y del Programa Mínimo aprobado por el Congreso Constituyente del Partido.

Ninguno de los otros partidos hubiese aceptado alianzas que respetaran "íntegro" el programa socialista. Su anticlericalismo y antimilitarismo espantaba a los radicales tanto más que a los conservadores. Sin embargo, Justo insistió en la redacción que propuso del artículo 8.°. La defendió así:

"Lo que es importante es patentizar nuestra independencia de todo interés capitalista o pequeño burgués, sin creer por eso que en todos los casos y en todas las cuestiones sean opuestos a los nuestros. En la cuestión de la moneda, por ejemplo, el proletariado tiene los mismos intereses que el capitalismo avanzado e inteligente".

Las coincidencias del "capitalismo avanzado e inteligente" con el "proletariado inteligente y sensato" se multiplicaron con el tiempo e hicieron posibles alianzas de triste memoria en las luchas del pueblo argentino en pro de su emancipación nacional.

El ala izquierda del Congreso Constituyente, capitaneada por Leopoldo Lugones, José Ingenieros y Adrián Patroni, frustró el proyecto de Justo y logró que se aprobara la siguiente redacción del artículo 8.°:

"Serán excluidos del partido las colectividades o individuos que hagan pactos o alianzas con los partidos burgueses o con sus candidatos".

La enmienda era peor que el soneto, aunque por lo menos tenía la virtud de estar a tono con el carácter sectario del programa socialista.

Justo se mantuvo en sus trece, y en el Segundo Congreso Ordinario (12-13 de junio de 1898) hizo aprobar un agregado que ampliaba su anterior concepto de las alianzas. El artículo 8.° quedó así:

"Serán excluidos del partido las colectividades o individuos que hagan pactos o alianzas con otros partidos o candidatos, salvo cuando estén autorizados por un voto general o local en las partes que sean de su jurisdicción".

Y se omitía la condición de "que se respete íntegro nuestro programa". También suprimió ese congreso el párrafo de la Declaración de Principios que autorizaba el empleo de métodos que no fueran los del sufragio universal y de la lucha pacífica para la conquista del poder. Los socialistas se preparaban para ganar elecciones y ocupar bancas en el Parlamento. Eran pocos. Nicolás Repetto recordaba:

"A la fecha de mi ingreso (a principios del mes de setiembre de 1900), el partido sólo contaba con unos 1500 afiliados, una mitad de los cuales residía en la ciudad de Buenos Aires y el resto en el interior del país; muchos eran extranjeros, de preferencia italianos, españoles, alemanes y muy pocos franceses, con una buena proporción de no naturalizados". [11]

¿Cuántos de ese millar y medio de afiliados, que trabajaban fanáticamente por un futuro socialista para la Argentina como parte del esperado socialismo mundial, tenían una idea

clara del marxismo? Seguramente los de mayores conocimientos teóricos y experiencia política y organizativa eran los alemanes, ex militantes en Europa del Partido Socialdemócrata modelo. Entre ellos sobresalían el ingeniero Ave Lallemant, pero pronto se retiró de la actividad desengañado. Otros, como el estereotipador Augusto Kühn y el carpintero Germán Müller, fueron críticos permanentes de la dirección del Partido.[12]

El doctor Nicolás Repetto confesaba que al ingresar al Partido

"yo no conocía el *Manifiesto Comunista*, no había leído a Marx, Engels, Deville ni a ninguno de los autores cuyo conocimiento se consideraba entonces indispensable para formar un 'socialista científico'. Pero yo era un lector asiduo del periódico *La Vanguardia*; había leído la Declaración de Principios y el programa del Partido; conocía las ideas del doctor Justo y poseía alguna información sobre el desarrollo del socialismo en el mundo",[13]

Juan B. Justo organizó y orientó dictatorialmente al Partido Socialista. Ser socialista era en aquellos tiempos ser "hombre de ideas", el único "hombre de ideas". Decía el maestro:

"Debemos buscar nuestro modelo en la forma más recientemente adoptada por el movimiento obrero, y las ideas socialistas, en este país virgen de ideas, tomarán así una importancia principal, si no decisiva. Notemos que insignificante como es nuestro partido, es el único que representa en el país ideas positivas de política y de gobierno."[14]

Y en *Teoría y práctica de la historia* estampaba este apotegma muy repetido por sus discípulos:

"A igualdad de inteligencia y energía, quien menos impone su persona es quien más impone sus ideas".[15]

Excedíase evidentemente al declarar a la Argentina "país virgen de ideas" o al suponer que sólo las socialistas merecían llamarse "ideas". Había en todo esto una confusión que nunca se preocupó de aclarar. Del comienzo de la penúltima cita se infiere que entendía por "ideas" las del último "modelo" del movimiento obrero extranjero (menciona expresamente en el mismo discurso a Inglaterra, Alemania, Francia y Bélgica), lo que equivalía a aceptar las "ideas-formas", anteriores a las cosas, de la filosofía platónica, pero también decía, como ya lo documentamos, que sólo creía "convincente y genuina la teoría que surge espontánea de los hechos", o pensaba como el socialista austríaco Karl Renner que

"la lucha es lo fundamental y la doctrina sólo su reflejo cerebral en la teoría".[16]

Es importante descifrar lo que aparenta ser un galimatías. Revela una conciencia colonial que se extendió por toda la izquierda. Por una parte, sostenía Justo que la "teoría surge espontánea de los hechos", pero de los hechos de los países más adelantados, y por otra parte, aplicaba esa teoría importada a la interpretación de los hechos de la realidad argentina.

Una duda nos asalta: ¿es verdad que "la teoría surge espontánea de los hechos", es decir que los hechos destilan teoría como las abejas miel? De ser así debemos convenir, encuadrándonos en el pensamiento de Justo, que los "hechos" europeos destilan (o destilaban a principios de siglo) teoría y que los "hechos" argentinos, todavía inmaduros, deben (o debían) absorber esa teoría. El maestro reservaba a los socialistas la misión de introducir la teoría europea en las cabezas vacías de ideas de los argentinos.

Para desgracia del justismo, ni la teoría surge espontánea de los hechos, ni los argentinos éramos (no somos) tan huecos de mollera. Cuando Marx dice que "la existencia social *determina* la conciencia" no quiere significar que la conciencia surge de la existencia social como el hijo del vientre de la madre. La conciencia —lo mismo que el pensamiento y la teoría— es un producto que surge del cerebro humano; su contenido está *determinado* por la existencia social. En consecuencia, los hechos no destilan espontáneamente teoría, sino que

son recogidos, asimilados, relacionados entre sí y finalmente sintetizados en una teoría por medio del cerebro humano, teoría cuya verdad objetiva debe someterse a la prueba de la práctica.

Hace falta, pues, un cerebro y una conciencia para que con los hechos se elabore una teoría. Afirmamos que Juan B. Justo procedía con conciencia colonial, porque quería aplicar a la Argentina la teoría creada por la conciencia de los países capitalistas industrializados generalizando los hechos de la realidad de esos países. Era natural que al ser sometida a la prueba de la práctica en la Argentina esa teoría fracasara, contratiempo que Justo atribuía a las cabezas vacías de los argentinos. Como no hay mal que dure cien años, todo se arreglaría en la medida que los socialistas grabaran en la película Virgen que teníamos en el cerebro las ideas que su maestro copiaba, a menudo liberalmente, de los positivistas, de Bernstein y de otros de sus maestros europeos.

Esas ideas no debían, sin embargo, evadirse del círculo en que las encerraba la concepción comteana de la era científica. Fuera de él reinaban las nebulosidades de la teología o de la metafísica, las que, por superfluas y dañinas, constituían un grave peligro para la actividad del militante socialista. Justo quería hombres prácticos ("hormiguitas prácticas", los llamaría con sorna Lisandro de la Torre), y englobaba en la práctica las ciencias positivas, la técnica, el trabajo y la vida ordinaria. Despreciaba *in toto* a la filosofía y nunca entendió que la ciencia es hija de una concepción del mundo y de una teoría del conocimiento, pues consideraba a éstas definitivamente estabilizadas en el experimento, en el método inductivo y en la lógica formal.

A principios de siglo, algunos obreros socialistas, seguramente no conformes con la interpretación biológica y mecánica del universo y de la historia, le pidieron al doctor Justo que les explicara lo que es la filosofía. La respuesta retrata por entero su pensamiento.[17] Comenzaba negando que, como dijera Engels,

"el movimiento obrero alemán es el heredero de la filosofía clásica alemana",

y consideraba peligroso admitirlo, pues

"el movimiento obrero de Alemania está íntimamente vinculado al socialismo del mundo entero, sirviéndole en cierta manera de norma y de modelo".

A continuación hacía esta despampanante confesión:

"Pero, ¿es la filosofía alemana un venero mental accesible a todos? Para mí, al menos, no lo ha sido. He tomado algunas de las obras de los filósofos alemanes y he tenido que dejarlas de lado, con un sentimiento de fatigante vacío. He trepado entonces a la cima de su pensamiento en hombros de sus intérpretes más simpáticos para mí y más dignos de confianza, y en esas alturas no he divisado sino tinieblas. Mal podría yo juzgar un luminoso contenido a que no han llegado mis ojos y contra el cual estoy predispuesto después de mis duras, arriesgadas e infructuosas tentativas de descubrirlo.

"Puedo, en cambio, señalar algunos de los tropiezos y oscuridades que han encontrado mis guías en su camino y disuadir de seguirlos a otros amantes de la luz que, por alcanzar la que yo no vi, hubieran de dejar la clara, llana y ancha vía de la ciencia."[18]

Comte reconocía, por lo menos, valor histórico a la filosofía en la era metafísica o de la abstracción y le acordaba una importancia relativa como teoría de la ciencia en la era positiva, mientras que Justo la negaba de manera absoluta y permanente. Creía que nunca había servido para nada.

Profesaba, en cambio, el "realismo ingenuo", es decir el sentido común o modo vulgar de ver las cosas a lo Sancho Panza, con quien alguna vez se comparó.[19]

"La filosofía del pueblo -escribía— es el realismo ingenuo, el modo de ver intuitivo y vulgar que los filósofos desdeñan. La realidad es el conjunto de las percepciones y concepciones comunes de los hombres, nunca tan comunes como cuando se aplican a la vida ordinaria, en el trabajo, en la técnica. Conocemos las cosas y las personas en cuanto somos capaces de hacerlas servir a nuestros fines. En su realismo ingenuo, el pueblo desprecia las vacías fórmulas que se presentan a veces como ciencia; no admira el genio de Leibniz cuando éste se propone demostrar que dos y dos son cuatro, ni se pasma, como Mr. Jourdain, ante el saber del profesor de filosofía que le enseñaba a poner los labios para decir o".[20]

¡Qué diferencia entre esa burla pedestre del conocimiento filosófico y la siguiente reflexión de Condorcet:

"El marinero, que gracias a una exacta observación de la longitud logra evitar un naufragio, debe la vida a una teoría concebida, dos mil años atrás, por hombres de genio que se valían de simples especulaciones geométricas [...]!"

Referíase, seguramente, a Tales de Mileto, el más antiguo filósofo conocido de Occidente y el primero que se entregó a la investigación desinteresada. Todo el pensamiento griego -materialismo e idealismo, dialéctica y fijismo, uno y múltiple, infinito y finito- quedaba mido por el "realismo ingenuo" justista. ¡Qué opinarían de tamaños dislates los grandes filósofos creadores de la ciencia, Descartes y Leibniz, los empiristas y los enciclopedistas! Justo los acusaba de haber perdido miserablemente el tiempo, puesto que, según su criterio, los desvelos filosóficos nada tenían que ver con los orígenes y el progreso de la ciencia, naciendo ésta de la mentalidad del vulgo, de ese vulgo que cuando le presentan un auto, un avión o la bomba atómica sólo concibe el hecho inmediato de su producción y no el largo proceso del conocimiento que abrió el ancho camino de la ciencia y de la técnica. El "realismo ingenuo" era la elevación de la ignorancia al grado de categoría histórica. ¡Bonitas ideas pretendía meter el maestro socialista en las cabezas que presumía vacías de los argentinos! Nos parece contemplar la amplia sonrisa del viejo Marx, o la sarcástica del gran Lenin, leyendo las sandeces de ese "realista ingenuo" que, en nombre del vulgo, despreciaba la filosofía, y, en nombre de su superioridad intelectual, despreciaba la "política criolla".

Justo y sus discípulos siempre demostraron una particular predisposición a presentar al marxismo como una variante de la escuela positivista, es decir a suprimirle toda base filosófica o a considerar a ésta (el materialismo dialéctico) una excrecencia que no valía la pena tener en cuenta, porque lo disminuía y hacía confuso y metafísico. Marx, según Justo, se dejó atrapar por las

"oscuras, remotas y negativas concepciones de Hegel",

cuya influencia

"sobre la ciencia en general y sobre el socialismo en cuanto tiene de científico, no es evidente",

a causa de no haberse educado, como él,

"en los estudios objetivos y experimentales "de las ciencias físico-biológicas contra las ilusiones de la metafísica",

pues

"es indudable que la dialéctica ha dado a ciertas partes de la obra de Marx graves defectos de forma que las hacen de una difícil y equívoca interpretación. "[21]

Sin sus raíces materialistas y dialécticas nada queda del marxismo. La obra de Justo se resume así en una tentativa de sustituir el rico contenido materialista dialéctico de la doctrina de Marx por el positivismo lógico en sus formas más elementales y seudocientíficas.[22]

El materialismo dialéctico abarca no sólo las ciencias físico-biológicas y matemáticas, sino todas las ramas del conocimiento y de la práctica humanos. Su idea de la evolución no es la vulgar de acumulación cuantitativa de nuevos elementos y del progreso en línea recta ascendente; es cuantitativa y cualitativa, por transformación de la cantidad en calidad y viceversa, es espiral, con períodos pacíficos y saltos revolucionarios que quiebran la continuidad del proceso y descubren la contradicción en la esencia de todas las cosas.

A esa idea totalizante de los fenómenos interdependientes y conectados entre sí en el movimiento universal, Justo oponía la idea vulgar dé la evolución como proceso de cambios "sin pausa y sin prisa" de lo inferior a lo superior, ya que suponía que en la "era científica" comteana desaparecían progresivamente las contradicciones, las violencias y las catástrofes sociales del pasado "teológico y metafísico". Su "realismo ingenuo" ni siquiera toleraba que se analizara críticamente la teoría del conocimiento a la manera kantiana, pues pensaba, como los empiristas puros, que para conocer bastaba con nuestras percepciones sensoriales y el método inductivo.

"Dándonos la idea clara y general de la evolución -escribía-, la ciencia nos ha librado de la deslumbrante e impenetrable dialéctica con que nos ofuscaba la filosofía, y enseñándonos cómo funcionan nuestros sentidos nos sustrae al criticismo especulativo de Kant, tenebroso y equívoco".[23]

Resulta incalculable el daño causado al movimiento obrero argentino por el "realismo ingenuo" justista. Ha formado generaciones de militantes sindicales y políticos de un estrecho practicismo, autosuficientes, preocupados exclusivamente de lo inmediato, hábiles para copar asambleas, eternizarse en las direcciones de los sindicatos y mantenerse en el aparato partidario, pero incapaces de entender los grandes problemas nacionales y los virajes de la política internacional, presas fáciles de las maniobras de la oligarquía y del imperialismo. Américo Ghioldi, quintaesencia del dirigente de tal tipo, nos deja atónitos con esta generosa invitación:

"Para ser socialistas no es necesario confesar la adopción de un sistema filosófico; pueden serlo kantianos, hegelianos, existencialistas, bergsonianos, materialistas e idealistas",[24]

y como particulariza sus ataques al materialismo dialéctico, cae de maduro que para ser socialista se puede ser, según su criterio, cualquier cosa -espiritista, teósofo, corifeo de la última moda de la burguesía decadente- menos marxista. De lo que se infiere que los discípulos de Justo educaron a sus partidarios en un socialismo antimarxista o, lo que es lo mismo, en un socialismo antisocialista.

Siempre se caracterizó el Partido Socialista por su eclecticismo teórico. Confiesa Américo Ghioldi:

"Como expresión de la herencia justista los socialistas argentinos, en general, hemos sentido íntima resistencia de ocuparnos específicamente de los llamados temas doctrinarios",

y documenta su desaprensiva actitud antidoctrinaria con la siguiente cita de una conferencia que Justo pronunció en 1902:

"Siempre me han atraído los problemas concretos y, en nueve años de acción y de propaganda, he mostrado cómo entiendo la doctrina que profeso, dando el último lugar a la doctrina, no dejándola aparecer sino aplicada. Sin ocultarlos tanto que puedan quedar estériles, tengo cierto pudor por mis hipótesis y mi ideal. Demasiado nos separan a los hombres las cosas de la vida práctica para que nos dividamos aún más por jactancias de teoría".[25]

Hemos apuntado ya que la falta de "jactancias de teoría" le impedía comprender el paso del capitalismo de la etapa de libre concurrencia a la etapa del imperialismo y de los monopolios, no obstante ser un tema tratado y aclarado por autores socialistas de esa época. Era evidente la índole imperialista de las inversiones inglesas. Justo hizo la siguiente observación en un suelto que publicó en *La Nación* el 16 de agosto de 1896 bajo el título de *Notas de la Semana* y con el seudónimo de Cittadino:

"Lo que no pudieron los ejércitos lo ha podido entretanto el capital inglés. Hoy nuestro país es tributario de Inglaterra. Cada año salen para allá muchos millones de pesos oro, para los accionistas de las empresas inglesas establecidas en el país. Nadie puede poner en duda los beneficios que reportan los ferrocarriles, los tranvías, las usinas de gas, los telégrafos y los teléfonos. Nadie puede negar a sociedades inglesas el derecho de poseer vastas extensiones de campo en nuestro país, desde que los señores terratenientes argentinos tienen el de vivir de sus rentas donde más les plazca. El oro que los capitalistas ingleses sacan del país, o que se llevan en forma de productos, no nos aprovecha más, sin embargo, que si se volatilizara o se fuera al fondo del mar, como se ha dicho que aprovechan los irlandeses las rentas que los señores ingleses sacan de Irlanda. También nosotros sufrimos el ausentismo de los capitalistas, y sin oponernos a que vengan, no debemos mirar como un favor el establecimiento en el país de más capitales extranjeros. Son ellos en gran parte lo que nos impide tener una buena moneda, sometiendo nuestro mercado a un continuo drenaje metálico: Que vengan en buena hora los capitales, pero que vengan con los capitalistas".[26]

La denuncia de la naturaleza depredadora del capital inglés es inobjetable. Sin embargo, Justo no descubría al imperialismo, ni aun en los monopolios. Nicolás Repetto y Federico Pinedo se preocuparon de dejar bien establecido que el maestro socialista no cometió la *gaffe* de incurrir en el "antimperialismo".[27]

Su sentido ético-pragmático se revelaba en el criterio maniqueo con que distinguía al capitalismo sano del espurio, al progresista del retrógrado, al inteligente del torpe, en un cotejo del que salía perdiendo el capital nacional inferior al extranjero. Américo Ghioldi, hombre de "mentalidad positiva" como se autodefine, llevó las enseñanzas de su maestro al extremo de postrarse a los pies del imperialismo yanqui y cantar loas al capitalismo "tolerante", "libre", de "sentido igualitario profundo" que rige en los Estados Unidos, nación de donde parten "las grandes direcciones del progreso político y cultural". Escribe:

"Si en todo capital extranjero vemos una desgracia y la acción coordinada del imperialismo, entonces caemos en el absurdo nacionalista [...] El laborismo inglés acaba de calificar al gobierno de Truman como altamente progresista [...] No oculto que en el caso de tener que elegir, preferiría para mí y para mis hijos vivir en Estados Unidos y no en Rusia [...] La historia del socialismo dice que la esperanza de que la clase obrera o proletaria se convirtiese en actor protagónico de la historia no ha sido confirmada. La clase obrera no ha sido el factor protagónico en las luchas contra el fascismo y las variadas clases de totalitarismos."

Remata su apología antiobrera de los Estados Unidos con el recuerdo de la tesis de Justo sobre las alianzas que le sirve para invitar a la constitución de una nueva Unión Democrática que paralice al movimiento nacionalista popular y nos ate al carro de guerra y explotación de los sucesores del "altamente progresista" señor Truman.[28]

El socialismo ha dejado de ser la finalidad de los socialistas. Incapacitados para entender las contradicciones de las sociedades contemporáneas por su desconocimiento de la dialéctica, abrumados por la prueba práctica de que la humanidad avanza hacia el socialismo por mil senderos distintos, todos opuestos al que ellos eligieron hace muchos años, se hunden en el escepticismo y depositan su confianza en el "neocapitalismo" norteamericano.

Américo Ghioldi, después de declarar enfáticamente que

"el Partido Socialista ha sido un maestro de la inteligencia política nacional",

resume así el aporte al país de esa inteligencia:

"Partiremos de una Argentina que ha visto dislocar su estructura económica en favor del industrialismo y de las concentraciones urbanas y a expensas del campo; que ha desenvuelto un cierto tipo de capitalismo de Estado; sufre una experiencia poco afortunada de estatización de servicios públicos, y que ha visto degenerar su movimiento obrero".[29]

Escribió estas palabras en 1950 como abanderado de la causa de la oligarquía nativa y del "mundo libre" imperialista. ¿Hasta dónde habrá evolucionado su pensamiento en 1966?

Es tan deseable como necesaria la crítica al marxismo que tanto temen los "marxistas" fideístas y dogmáticos. El marxismo prueba su omnipotencia en tanto se fortalece con la autocrítica. Pero esto no disculpa los ataques de Justo, valiéndose de una lógica positiva ingenua, a tesis marxistas que no entendía. Tergiversó o puso patas arriba las pocas tesis marxistas que asimiló de *El capital*, a pesar de haber traducido al castellano el primer libro, en el cual figuran la teoría del valor y el análisis de la plusvalía, tan indescifrable como la dialéctica.

Escribía:

"Pero ni el salariado es en realidad un contrato, ni la fuerza humana del trabajo una mercancía. Las mismas disquisiciones sobre el 'precio del trabajador' a que da lugar el absurdo y monstruoso concepto del trabajo-mercancía, es decir del hombre-mercancía, patentizan que el salariado no es una relación voluntaria y libre entre iguales, una relación de derecho, sino una esclavitud atenuada, relación de hecho, basada en la coerción indirecta que la apropiación privada del suelo y demás medios de vida y de trabajo ejerce sobre el trabajador".[30]

Y más adelante agregaba:

"Esta colección de extravagancias [sobre el trabajo-mercancía] muestra que la expresión trabajo-mercancía es simplemente una de tantas fórmulas sofísticas de la jerigonza profesional de los economistas. Porque al trabajador se le paga en dinero, a su trabajo lo llaman mercancía".[31]

Nos guste o nos disguste, y por más "absurdo y monstruoso" que sea, la fuerza de trabajo es una mercancía, cuyo carácter de tal no se suprime con declaraciones, buenos deseos o cerrando los ojos a su auténtica esencia. Es una mercancía la fuerza de trabajo, no el trabajador como confunde Justo, no sólo porque "se la paga en dinero", sino también porque se la compra y vende en el mercado y su precio sufre los altibajos de la ley de la oferta y la demanda, con las modificaciones que le imprimen las luchas obreras, la acción de los sindicatos y la intervención del Estado. Pero es la única mercancía que al ser consumida crea valor. Las otras mercancías transmiten al producto el valor que poseen, mientras que la fuerza de trabajo le traspasa su valor original más un valor adicional que se conoce con el nombre de plusvalía. Si el obrero cubre en las primeras cuatro horas de su jornada de ocho horas el valor de su fuerza de trabajo, es decir su jornal, las cuatro horas restantes son la plusvalía o el trabajo no pagado del que se apropia el capitalista. Al obrero se le paga el valor de su fuerza de trabajo (lo que le cuesta mantenerse él y su familia), no el valor del producto de su fuerza de trabajo. Más concreto no puede ser el concepto marxista de la plusvalía. Sin embargo, Justo lo llamaba

"ingeniosa alegoría con que Marx ha puesto en evidencia la explotación capitalista",[32]

y su maestro Bernstein decía que era

"una pura fórmula, una fórmula que no pasa de ser una hipótesis".[33]

No ofrecieron, en cambio, ninguna explicación coherente del origen del valor y de la ganancia.

Tampoco comprendió Justo que precisamente por ser "libre" y "contractual" la relación que se establece entre el obrero y el capitalista en el salariado el segundo está en condiciones de explotar al primero apoderándose de la plusvalía. El obrero es "libre" (su ser no pertenece a un amo como el esclavo, ni está subordinado a un señor como el siervo), porque nadie le obliga a vender su fuerza de trabajo (la vende para vivir él y los suyos en un régimen de egoísmo general, o sea de libertad formal del individuo) y porque no está enajenado a la propiedad (sea de la tierra o de los medios de producción en general). Sólo posee su fuerza de trabajo, a la cual no se enajena, pues no es algo distinto a él, sino su propia actividad. En ese sentido puede decirse que el capitalista está enajenado al capitalismo, mientras que el obrero es su negación. Durante los comienzos del capitalismo, en el período de la "llamada acumulación primitiva", la burguesía naciente luchó por crear trabajadores "libres" o proletarios que para subsistir se vieran obligados a vender su fuerza de trabajo, no por imposición externa, sino por necesidad interna. Por esto las revoluciones burguesas destruyeron la servidumbre, las corporaciones de oficio y cuantas formas de coerción impedían o limitaban la libre venta de la fuerza de trabajo en el mercado. A esa trampa de la libertad en la que la burguesía hizo caer a los obreros, los obreros le oponen su unión en sindicatos y otro concepto de la libertad, la libertad a través de su emancipación colectiva como clase, expropiando y socializando los medios de producción.

Los socialistas de la Argentina no tardaron en olvidar la euforia revolucionaria de los primeros años para adaptarse al régimen liberal del 53 con su concepto individualista-burgués de los derechos y libertades. Difundieron este concepto en los centros partidarios, los sindicatos obreros y el movimiento cooperativo. Era una curiosa combinación de llamado al socialismo con la defensa de la doctrina liberal-positivista típica del capitalismo.

Un socialista, el más profundo que tuvo la Argentina, Alejandro Korn, entrevió el problema sin hallarle solución. Decía:

> "Las distintas sistematizaciones del positivismo se hallan exhaustas; han dejado de ser una fuerza viva. La concepción mecanicista, legítima en el orden objetivo de los hechos [?], fracasa en la esfera de los valores subjetivos que no pueden reducirse a fórmulas matemáticas [...] En realidad se nos ofrece un dilema: no podemos continuar con el positivismo, agotado e insuficiente y tampoco podemos abandonarlo."[34]

La finalidad no podía ser el hombre científico de la ciencia positiva, al que se condenaba a vivir aprisionado entre las categorías inmóviles de la lógica formal. Korn advirtió que el hombre racionalista y empírico podía aspirar a la conquista de las leyes del universo, pero fracasaba en la conquista de sí mismo, en la tarea de "intensificar al hombre". Era, según pensaba, un problema más ético que económico, que obligaba a realizar una labor pedagógica para lo cual nadie en el país estaba tan habilitado como los socialistas. Explicaba:

> "La obra más orgánica y coherente se la debemos a la pertinacia tesonera del doctor Justo. El Partido Socialista representa de hecho la fuerza renovadora más disciplinada. Aparte de su influencia política ha ejercido una intensa influencia educadora. No nos perturbe la aparente estrechez de su base teórica. El socialismo, en realidad, se ha dado cuenta de que el problema social, más que económico, es un problema ético. Públicamente no pueden confesarlo, porque este pensamiento no es de Marx, sino de Le Play, de Schmoller y de León XIII. Los dirigentes saben empero que sus propósitos no pueden realizarse sin la condición previa de una elevación intelectual y moral de las masas. De no ser así, como suele acontecer, la Iglesia triunfante olvidaría pronto las virtudes pregonadas por la Iglesia militante."[35]

Observemos que Korn incurre en el grave error, corriente en los socialistas, de ignorar la amplitud totalizante del humanismo marxista. Marx, de guiarnos por ese estrecho criterio, no reconocería más que los valores económicos y reduciría el hombre íntegro al hombre

económico. Alfredo L. Palacios insistía, desde la cátedra y el libro, en denunciar la unilateralidad del marxismo por su desconocimiento de los valores morales y se complacía en declararse discípulo de Jean Jaurès, que le otorgaba la primacía a esos valores. Y en uno de los párrafos reproducidos, Korn asegura que el pensamiento de que "el problema social, más que económico, es un problema ético [...] no es de Marx, sino de Le Play, de Schmoller y de León XIII", cosa que los socialistas "públicamente no pueden confesar".

Queda ratificado, en consecuencia, que los socialistas de la Argentina, tanto los que despreciaban como los que admiraban a la filosofía, Justo y Korn, no veían en el marxismo más allá de un positivismo económico que empleaba el método inductivo. Transferían al marxismo sus propias limitaciones y no osaban confesarlo "públicamente".

Veamos ahora cómo Marx enfocó la relación entre lo ético y lo económico, o para no perdernos en lo secundario, en qué medida analizó las contradicciones económicas del capitalismo en función de un sistema totalizante del hombre y del universo, que ponía el acento en la superación del hombre.

Toda la obra de Marx es una crítica a fondo y sin concesiones de las estrecheces a que somete al hombre la sociedad capitalista. Estudia al hombre enajenado por el fetichismo de la mercancía y del dinero, al hombre escindido por la división de la sociedad en clases, al hombre desgarrado por la separación de su esencia de su existencia. Sus teorías del valor, de la plusvalía y de la explotación del trabajo humano no son "científicas" en el sentido limitado que les atribuye el positivismo de encerrarse en sí mismas y de no tener otra trascendencia que la de ser frutos de la inducción derivada del estudio de un conjunto de hechos económicos e históricos. Son científicas en tanto corresponden a la consideración del hombre total en la historia y se proyectan hacia la emancipación del hombre de sus enajenaciones aberrantes.

Los socialistas de la Argentina no parecen haber ni remotamente sospechado el humanismo que impregna en su conjunto y en los detalles la filosofía de Marx y Engels, cuya finalidad es restablecer a un nivel superior la humanidad perdida, o enajenada, debido a la deshumanización provocada por el régimen capitalista y, en general, a la división de la sociedad en clases.

¿Era posible que, con tan mezquino bagaje ideológico, los socialistas pudieran realizar "la condición previa de una elevación intelectual y moral de las masas"? Sería injusto subestimar la importancia cuantitativa de su labor pedagógica apreciada por el número de bibliotecas fundadas, de libros y periódicos editados, de conferencias pronunciadas, pero resulta significativo que el positivismo de las enseñanzas que impartieron durante decenas de años haya terminado por coincidir con el empirismo y el practicismo de los programas de los establecimientos educacionales financiados por las fundaciones norteamericanas, en los cuales suele descartarse expresamente el estudio de la filosofía o se lo reduce a los enfoques de directa vinculación con la técnica y las ciencias positivas.

No sólo para los socialistas, sino para nuestros liberales en general, la filosofía es un lujo que se cultiva sin nada en común con la economía y la política, o, según creía el doctor Justo, algo abstruso e inútil en lo que se regodean gentes alejadas de la realidad ingenua. La preocupación del joven Juan Bautista Alberdi por la falta de una filosofía nacional que completara y asegurara la independencia política les parece superflua; los sociólogos, los economistas y los políticos no deberían perder el tiempo en elucubraciones que los distraigan de sus tareas específicas.

Por cierto que la conocida referencia de Federico El Grande a la incapacidad política de los filósofos de su tiempo no cuestiona la influencia rectora del pensamiento especulativo en los cambios sociales, y si bien pocas dudas caben acerca de las consecuencias desastrosas que traería a la república el gobierno de los filósofos de Platón, acertaba éste al aconsejar que "el poder político y la filosofía anden juntos". No se trata de instalar a los filósofos en la

dirección del Estado, sino de impregnar la conducción de la política y de la economía de un pensamiento totalizador que emane de la necesidad nacional de asimilar y superar las corrientes filosóficas que imperan en el exterior para crear la propia visión del mundo y de la vida.

Pero en nuestra época aun el pensamiento más altamente especulativo debe nutrirse, si no es letra muerta, de la vida de las masas. "Elevar" a las masas significaba para los socialistas encumbrarlas al nivel "intelectual y moral" de una minoría culta o que se creía culta. Por este procedimiento igualador en la cima esperaban realizar la democracia social. Y fracasaron. Al final quedaron en el vacío. La democracia directa de masas los va haciendo a un lado y se orienta por caminos que parten de su propia espontaneidad hacia una conciencia nacional que se forma con la superación, no con la aceptación pasiva, de lo universal.

Las muchedumbres argentinas buscan a tientas el nuevo Estado de una democracia que nazca de su genio, no una democracia copiada de los sistemas y de las instituciones de otros pueblos. Lo ensayaron una y otra vez, la segunda con mayor determinación y conciencia más clara de las finalidades que perseguían. Como todo lo que comienza, ese reiterado movimiento de los sumergidos sociales hacia el poder político, vencido en dos oportunidades cuando apenas iniciaba el ascenso ha sido hasta ahora torpe, primitivo y con mucho de azar, aunque un azar dirigido por los caudillos. No encontró todavía su pensamiento centralizador revolucionario. Va en su busca como la planta que levanta el tallo en dirección del sol. Para que el encuentro se produzca es indispensable diferenciar categórica y cualitativamente del conjunto de la intelectualidad educada o influida (incluidos intelectuales peronistas y nacionalistas) por las tesis liberales, positivistas y extranjerizantes del socialismo, del comunismo y del trotskismo, a los teóricos y organizadores del nacionalismo popular revolucionario.

Los socialistas, y el mundo de políticos e intelectuales liberales de que forman parte, quedaron desconcertados ante el cuadro, no previsto por ellos, que les descubrió la vida en 1930.[36] Su concepción racionalista de la democracia representativa polipartidista se derrumbó. Acusaron a las multitudes argentinas de volver a la "barbarie" (o de no haber salido nunca de ella) y de "no estar preparadas para el ejercicio de la democracia" por su obstinada resistencia a marchar por los caminos trillados de las instituciones típicas del liberalismo. Como carecen de fuerza propia para imponer esas instituciones, su cometido se contrajo desde entonces a intentar desviar, dividir y destruir al movimiento nacionalista popular totalizante y a preparar el clima psicológico del golpe militar (aunque hipócritamente se declaran antigolpistas y de tanto en tanto recuerdan su antimilitarismo de los años heroicos) que lo derrumbara cuando ocupaba el gobierno o a propiciar su proscripción cuando estaba en el llano. Hace muchos años que perdieron la esperanza de conquistar el poder, pero Uriburu en 1930 y Lonardi y Aramburu en 1955 no se hubiesen instalado fácilmente en la Casa Rosada sin la larga agitación previa antiyrigoyenista y antiperonista de los partidos, de los centros universitarios y demás organizaciones del liberalismo, en los cuales los socialistas solían tener voz cantante y vara alta.

Hay tres constantes de la política argentina contemporánea sumamente significativas:

1) Los políticos e intelectuales liberales (los socialistas entre ellos) han sido golpistas frente a gobiernos de origen popular y antigolpistas en defensa de gobiernos nacidos de la usurpación o del fraude.

2) Los momentos de máximo acercamiento entre los dirigentes izquierdistas coincidieron con su oposición conjunta a gobiernos populares.

3) En la lucha contra el movimiento nacionalista popular, los dirigentes socialistas y comunistas integraron con el resto de los liberales frentes de acción común, de los cuales ha quedado como modelo clásico la Unión Democrática.

Desde su primer manifiesto electoral, el del 29 de febrero de 1896, hasta la actualidad parece haber el socialismo invertido por completo sus posiciones tácticas en relación con los otros partidos. Declaraba en ese documento:

"Roquistas, mitristas, yrigoyenistas y alemistas son todo lo mismo. Si se pelean entre ellos es por apetitos de mando, por motivo de odio o de simpatía personal, por ambiciones mezquinas o inconfesables, no por un programa, ni por una idea. Bien lo demuestra en cada una de esas agrupaciones el triste cuadro de sus disensiones internas".

Pensaban los socialistas de entonces que en la Argentina no existía lucha de clases, pues los partidos se peleaban entre sí por ambiciones o motivos pasionales, en contraste con el Socialista que se presentaba al campo de batalla armado únicamente del Ideal y dispuesto a poner fin a los "apetitos de mando". No es necesario señalar que una interpretación tan subjetiva de la política difícilmente conciliaba con la ciencia, cuyo dominio se jactaban de poseer los socialistas. El Partido Socialista nacía, pues, en actitud de autosuficiencia moral para salvarnos a los pobres criollos de la charca en que chapoteábamos. La autosuficiencia moral provenía de una visión extranjera de la historia y de los hechos de la realidad argentina. Era su pecado original, del que nunca se redimieron, contemplar a la Argentina desde afuera y desde una posición de superioridad.

Con el tiempo dejaron de creer en la homogeneidad de todo lo que no era socialista, pero no para unirse a los sectores nacionales y populares, sino para aliarse a la oligarquía liberal conservadora y servir a los centros extranjeros de poder. Están con la *élite* unitaria y contra las montoneras, con la minoría ilustrada y contra la plebe rebelde, con la Unión Democrática bradenista y contra el 17 de octubre, con las intervenciones *gorilas* a los sindicatos y contra los dirigentes obreros peronistas, con "la formación de un amplio frente democrático" y contra la gestación de una nueva calidad revolucionaria.

Estamos oyendo las protestas de los conciliadores: "Enterremos de una vez a los muertos y dejémoslos en paz. No revolvamos el pasado." Nos bastaría responderles que escribimos historia, si no existieran razones fundamentales para actualizar las críticas a un enfoque y a una política que siguen impidiendo las soluciones de los grandes problemas nacionales e influyen y se proyectan a círculos más vastos que las sectas socialistas.

Es en alto grado significativo que las escisiones producidas en el Partido Socialista -pues también dio "el triste cuadro de sus disensiones internas"- no hayan derivado en la constitución de una fuerza política de auténtico y efectivo arraigo nacional y popular.[37] Esta comprobación merece ser analizada.

¿Cuántas "vanguardias del proletariado" se han creado sin que el proletariado argentino se diera por enterado? Tal vez se cuenten por decenas. Atribuimos su fracaso:

1) a que no realizaron, ni intentaron realizar, una crítica exhaustiva de los fundamentos positivistas y liberales del Partido Socialista, a la luz de una concepción que abarcara en su totalidad la interdependencia materialista dialéctica entre los fenómenos sociales;

2) a que siguieron con el vicio de conceptuar conceptos (de libros, informes, discursos) en el rígido cuadro formal de relaciones estáticas entre aquéllas y los hechos, en vez de descubrir las contradicciones de los hechos y de la historia de la realidad argentina;

3) a que no surgieron del movimiento de masas, ni de una intelectualidad nacional revolucionaria, sino de pequeños círculos de descontentos de la clase media y de obreros divorciados, o que pronto se divorciarían, de su clase;

4) a que no enfocaron los grandes problemas nacionales en función del objetivo central de desarrollar la integración y la independencia económico-políticas de la República;

5) a que confundieron el nacionalismo popular del movimiento espontáneo de las masas con el fascismo o el nacionalismo reaccionario de Europa, y calificaron de viejo a lo nuevo y de extraño al país a lo auténticamente nacional; y

6) a que adoptaron una actitud de superioridad intelectual y moral, no confirmada por la práctica, que alejaba a las masas trabajadoras.

Ante cada avance del nacionalismo popular revolucionario, los socialistas se refugian en la defensa de la Constitución de 1853 y del régimen liberal. Son los fetiches que los enajenan. Sus actos los califican de conservadores del orden social existente. Y hasta las ramas del tronco finisecular que parecen menos influidas por la tradición vuelven en los momentos de crisis a los viejos amores.

CAPITULO 21

ORIGEN DEL PARTIDO COMUNISTA

El Partido Comunista heredó del Partido Socialista su pecado original: la visión extranjera de los hechos y de la historia de la realidad argentina y, en consecuencia, la ignorancia del problema nacional. Ambos poseían la misma base inmigratoria de italianos, polacos, rusos, alemanes y, en menor número, españoles, o de la primera generación de sus hijos no asimilados a la sociedad argentina. Festejaban la conquista de cada nuevo afiliado de tez bronceada y pelo duro como extraordinaria victoria, la que pronto se convertía en derrota del catacúmeno desarraigado de su medio natal.

El "brote opositor que apareció en 1912 dentro del Partido Socialista, con el nombre de "Centro de Estudios Carlos Marx", entabló una polémica con la dirección partidaria que repetía la que agitaba a la socialdemocracia europea y en relación a la cual las masas trabajadoras argentinas eran los convidados de piedra. Su periódico, *Palabra Socialista*, decía en el número inicial, el de julio de 1912:

> "En desacuerdo con el pensamiento reformista del teórico alemán Bernstein de que en la lucha por la emancipación obrera 'el movimiento es todo y nada lo que se llama habitualmente la aspiración final del socialismo', nosotros entendemos que este movimiento, para responder real y fecundamente a los trascendentales fines de la doctrina marxista, debe cultivar con firmeza las concepciones fundamentales del socialismo, o de otro modo el ideal de la completa transformación social [...]. En el movimiento obrero y socialista de esta república ya se ha dejado sentir la influencia de un extremo y no confesado 'revisionismo práctico', y ante ello es necesario sostener y propagar los conceptos íntegros, netos, lógicos de la grandiosa concepción socialista de Carlos Marx, no como apriorismo y formulismo doctrinarios estrechos, sino como juicios consolidados en la honda observación de la experiencia histórica, de imprescindible utilidad para la acción de la clase trabajadora".[1]

La oposición denunciaba, en concreto, la creciente tendencia electoralista de los dirigentes del socialismo, alentada por los primeros éxitos en los comicios y, en especial, por la sanción de la ley Sáenz Peña, del voto secreto y obligatorio. Estaba ausente, en los enfoques tácticos y en la antinomia entre socialismo revolucionario y socialismo revisionista, el análisis de los grandes problemas nacionales, junto con una indiferencia total por el destino de Indoamérica.

Manuel Ugarte y Alfredo L. Palacios fueron los primeros socialistas que se atrevieron a quebrar el estrecho cerco sectario que hacía del partido una réplica de la socialdemocracia europea.

Ugarte se sintió acuciado desde sus años mozos por la necesidad de apoyar sobre los robustos hombros de la clase obrera su concepción de una Argentina independiente y socialista, integrante de una América Latina unida y emancipada. No se equivocó al poner sus esperanzas en el proletariado, pero se equivocó cuando, al pensar que lo encontraba, sólo encontró a la dirección del Partido Socialista.

Desde que el secretario de Estado de los Estados Unidos, Richard Olney, anunció en 1895 (Corolario Olney) que la doctrina Monroe significaba que su país era soberano en el

continente y sus deseos debían interpretarse como órdenes, se sucedieron los siguientes actos y expresiones de avasallamiento:

1895. Los Estados Unidos intervienen en Nicaragua para oponerse al establecimiento de una estación carbonera inglesa.

1897. Los Estados Unidos intervienen para impedir que las repúblicas de Centroamérica se unan en una sola nación.

1898. El presidente norteamericano William McKinlay declara que "la seguridad nacional de los Estados Unidos exige que la apertura de una comunicación interoceánica en Centroamérica sea construida por nosotros".

1898. El escocés Oscar Sollinger asesina al presidente de Guatemala, José María Reyna Barrios.

1899. Los Estados Unidos vetan el pacto de unión suscripto entre las naciones centroamericanas.

1899. Los Estados Unidos se oponen a que las repúblicas de América Latina formen parte de la Corte Permanente de Arbitraje de La Haya. 1899. Robert Hutcheson declara: "Los gobiernos débiles y la civilización incipiente de la América Central deberán desaparecer con el tiempo. Con la terminación del canal del istmo entraremos en inmediato contacto con aquellos pueblos [...] y tendremos más que decir sobre su destino futuro que cualquier otra potencia".

1899/
1907. Woodrow Wilson, futuro presidente de los Estados Unidos, escribe que "las repúblicas de América Latina no son aptas para el gobierno democrático por falta de carácter y experiencia".

1900. Los Estados Unidos imponen el Tratado Hay-Corea, que involucra a Costa Rica y Nicaragua en sus pretensiones sobre el canal del istmo.

1902. Los Estados Unidos aprueban la ley Spooner que dispone la construcción de un canal por Panamá o Nicaragua.

1903. El presidente de los Estados Unidos, Theodore Roosevelt, agrede a Colombia y le segrega Panamá, contra lo dispuesto en el Tratado de No Agresión de 1846 y negando toda reparación.

1904. Theodore Roosevelt declara: "La adhesión a la doctrina de Monroe puede forzarnos, aun contra nuestra voluntad, en caso de mala conducta e impotencia, a ejercer la política de policía internacional".

1904. Los Estados Unidos se apoderan de ferrocarriles, playas, muelles y tierras de Guatemala.

1904. Los Estados Unidos dividen a Panamá y se quedan con la zona del canal.

1905. El presidente Theodore Roosevelt anuncia la doctrina del "imperialismo protector" más conocida como la del *Gran Garrote*.[2]

Estas y otras manifestaciones del imperialismo de los Estados Unidos, que se prolongaron en los años siguientes fueron acompañadas de la invasión masiva de la zona por los monopolios norteamericanos.

Una voz de condena de la agresión se alzó en las filas socialistas, la de Manuel Ugarte, mientras *La Vanguardia* aprobaba el desgarramiento de Colombia y la edificación del Estado títere de Panamá, por donde debía pasar el canal del imperialismo. El órgano socialista replicaba a la indignación de quien se convirtió de inmediato en la *bête noire* de los dirigentes:

"No es exhibiendo el espantajo del imperialismo yanqui como se van a redimir de la tiranía interna y la posible presión exterior los pueblos latinoamericanos [...]. Mucho y muy

bueno tenemos que aprender del gran pueblo norteamericano. Y lo único que debemos y podemos oponer al dominio y expansión del capitalismo yanqui es el despertar de la conciencia histórica del proletariado latinoamericano, su organización en partido de clase".[3]

Y el 21 de julio de 1913 conmemoraba el aniversario de la República de Colombia con un suelto que era algo así como la declaración de los principios que el Partido adoptaría en el futuro en materia de política latinoamericana:

"Como todas las repúblicas sudamericanas, este país estuvo mucho tiempo convulsionado por las guerras civiles; Panamá contribuirá probablemente a su progreso, entrando de lleno en el concierto de las naciones prósperas y civilizadas".

Ugarte contestó:

"Yo protesto contra los términos poco fraternales y contra la ofensiva inferida a esa república, que merece nuestro respeto no sólo por sus desgracias, sino también por su pasado glorioso y su altivez nunca desmentida. Al decir que Colombia entrará al concierto de las naciones prósperas y civilizadas, se establece que no lo ha hecho aún, y se comete injusticia dolorosa contra ese país, uno de los más generosos y cultos que he visitado durante mi gira. Al afirmar que 'Panamá contribuirá a su progreso' se escarnece el dolor de un pueblo que, víctima del imperialismo yanqui, ha perdido en las circunstancias que todos conocemos una de sus más importantes provincias, y que resultaría 'civilizado' por los malos ciudadanos que sirvieron de instrumento para la mutilización del territorio nacional".

La posición de *La Vanguardia* correspondía a la línea del *sentido común* trazada por el doctor Juan B. Justo en *Teoría y práctica de la historia*, al vindicar las guerras coloniales en nombre de la civilización y del progreso. He aquí unos párrafos sin desperdicio:

"Con un esfuerzo militar que no compromete la vida ni el desarrollo de la masa del pueblo superior [?], esas guerras franquean a la civilización territorios inmensos. ¿Puede reprocharse a los europeos su penetración en Africa porque se acompaña de crueldades?

"¿Pero vamos a reprocharnos el haber quitado a los caciques indios el dominio de la pampa?

"Nada de extraño, pues, que a mediados del siglo pasado la exuberante civilización norteamericana, en dos pequeñas expediciones militares, quitara extensos territorios, no al pueblo de México, formado por miserables y esclavizados peones, sino a la oligarquía de facciosos que lo gobernaba. Allí se han constituido siete florecientes repúblicas agrícolas y mineras, allí ha surgido California, que ha inspirado a Norris 'La Epica del Trigo'. En medio del grandioso cuadro de la tierra 'vibrante de deseo, ofreciéndose, insistente y ansiosa, a la caricia del arado', del abrazo heroico de multitud de brazos de hierro, hundiéndose hondo en la carne oscura y caliente de la tierra, que se estremecía apasionadamente a su contacto', del paso clamoroso de las 33 máquinas sembradoras del chacarero Derrick 'implantando profundamente en el seno profundo de la tierra el germen de la vida, la mantención de todo un mundo, el alimento de un pueblo entero', nos hace ver Norris la figura 'decaída, pintoresca, viciosa y romántica' de los últimos hispano-mexicanos de la región, 'reliquias de una generación anterior', 'arrastrándose de la taberna al restaurant y del restaurant a la plaza, absolutamente ociosos, viviendo Dios sabe cómo, felices con su cigarrillo, su guitarra, su vaso de mezcal y su siesta'.

"No puede atribuirse a otra causa el hecho singular de que, apenas libres del gobernador español, los cubanos riñeron entre sí hasta que ha ido un general norteamericano a poner y mantener en paz a esos hombres de otra lengua y de otras razas".[4]

Los españoles y portugueses en Indoamérica, los ingleses en la India, los holandeses en Java, los europeos al abrir a cañonazos los puertos de China, Francia en Marruecos, todos ellos mezclados eran para Juan B. Justo portadores de civilización.[5] Nos parece estar leyendo la posterior apología de Oswald Spengler a Cecil Rhodes, el conquistador inglés de Africa, con la diferencia que el autor alemán descubría en la colonización una prueba más de "la decadencia de Occidente", mientras que nuestro compatriota creía que así el mundo entero se homogeneizaba en el capitalismo y evolucionaba hacia el socialismo. Pagaba caro el maestro su ignorancia de la dialéctica, su burla de la ley de la contradicción. El capitalismo (con su

técnica, su ciencia, su industria, su organización) era, sin duda alguna, superior a los regímenes precapitalistas que pisoteaba, pero Justo decía luchar por el socialismo es decir por un orden social superior al capitalismo, cuyo alumbramiento sólo sería posible mediante la movilización revolucionaria de las atrasadas y vilipendiadas masas nativas de la Argentina, México, China, India, Java, Africa, etc., que el maestro despreciaba cuando no correspondían a su idea del "proletariado inteligente y sensato" de la socialdemocracia europea.

Manuel Ugarte analizaba el problema colonial desde un punto de vista enteramente opuesto al de Justo. Escribía:

"Los cerebros más independientes, los hombres más fríos, tienen que simpatizar con el Transvaal cuando se opone a la arremetida de Inglaterra, con Marruecos cuando se encabrita bajo la invasión de Francia, con Polonia cuando, a pesar del reparto, tiende a reunir sus fragmentos en un ímpetu admirable de bravura, y con América Latina cuando contiene el avance del imperialismo que se desencadena sobre ella para ponerle un collar de protectorado y arrastrarla hacía el trust, hacia el prejuicio de raza y hacia la paradoja culpable de la dominación universal."[6]

La respuesta de *La Vanguardia* tipifica el estilo calumnioso que el justismo impuso a las izquierdas del país:

"El paladín de las oligarquías latinoamericanas [Manuel Ugarte] hace bien en ocupar su puesto de puntal y defensor de la oligarquía argentina, amenazada por el formidable empuje de la conciencia política e histórica de su pueblo laborioso y fecundo, encarnado y representado por el Partido Socialista".[7]

El hereje fue expulsado del partido. Los dueños del aparato partidario ostentaban un "izquierdismo" más "izquierdista" que el suyo, tan "izquierdista" que -lo acabamos de documentar- venía como anillo al dedo a los planes imperialistas de los Estados Unidos. El nombre del réprobo, obligado a partir al ostracismo, no debía aparecer en la prensa del partido, ni en los labios de los afiliados. No se le combatía, se le silenciaba o se le calumniaba, con las armas de los mediocres que no tienen la conciencia tranquila.

Lejos de la patria, Ugarte escribió más de cuarenta libros, ninguno de los cuales apareció con pie de imprenta argentino.[8] Pronunció decenas de conferencias en giras memorables por el continente y no le dejaban hablar en Buenos Aires. Pero su pasión y sus esperanzas estaban puestas en la Argentina. Regresó y reincidió en sus ilusiones del 900 con su reingreso al Partido Socialista y en sus desilusiones del año 1913 con su nueva salida golpeando la puerta.

Así vivió Manuel Ugarte, entre el deseo de actuar y el empujón de los que no querían que actuara, entre su impulso hacia la clase obrera y los trepadores que le cerraban paso.

Así vivió hasta los setenta años. Era hombre sin compromisos, fuera del compromiso con su pasado de infatigable luchador antimperialista. Podía analizar desinteresadamente los acontecimientos argentinos que se precipitaron a partir del 17 de octubre de 1945.

¿Qué pasaba entonces en la Argentina? Los viejos tramoyistas de todos los partidos iban con lupas a la pesca de un *ismo* para definir lo que nacía del pueblo y escapaba a sus rígidos esquemas abstractos. Encontraron todos los *ismos*, menos uno, el imperialismo, porque este *ismo* estaba con ellos.

Ugarte no podía equivocarse. Era el comienzo del surgimiento argentino en una América Latina que al levantarse avanza hacia su unidad. Y entonces el viejo luchador ofrendó su inalterable pasión antimperialista a la Argentina naciente del pueblo.[9]

Una calle de México lleva su nombre y en un mural de la universidad de Guayaquil, obra del pintor Osvaldo Guayasamin, su figura aparece entre las imágenes de los grandes de América, pero los historiadores oficiales del justismo y del codovillismo todavía lo excluyen en la forma más cobarde, la de la conspiración del silencio. Dicen que fue un "nacionalista-burgués", y con este modo de invertir los términos de los juicios de valor que Justo introdujo

en las izquierdas y Codovilla perfeccionó, el epíteto de "nacionalista-burgués" se usa para rebajar y desdeñar lo que hizo y enseñó Manuel Ugarte.

¿Fue verdaderamente un "nacionalista-burgués"? ¿No nos llamaron "nacionalistas-burgueses" en 1945 los mismos personajes que así lo calificaron a él, porque denunciamos la confabulación antiargentina y antipopular de la Unión Democrática, mientras ellos se asociaban a la oligarquía nativa y aplicaban las directivas de los centros extranjeros de poder con la finalidad de aniquilar al movimiento nacionalista popular de masas? Unos eran los réprobos y otros los elegidos. Y los elegidos exhibían ante las masas un rostro repugnante de su "socialismo" y de su "comunismo" *sui generis*. Tendremos que examinar minuciosamente más adelante las causas de que los réprobos no convirtieran en posiciones políticas de fuerza su interpretación del problema nacional y su encuentro con la clase obrera y preguntarnos por qué Ugarte murió en el ostracismo como San Martín, como Rosas, como Alberdi.[10]

Ugarte no pretendía ser marxista, pero su intuición dialéctica lo hacía más marxista que los falsificadores del marxismo que regían los partidos de izquierda. Estos párrafos tienen para el conocimiento de América Latina una importancia que anula la totalidad de la voluminosa literatura del justismo y del codovillismo:

"En cuanto a la pereza y la incapacidad para la lucha que algunos europeos nos atribuyen, basta echar una ojeada sobre la América del Sur para comprender la verdad. Los levantamientos que tanto nos reprochan sólo son manifestaciones palpables de un empuje creador. La nacionalidad data de ayer y tiene que pasar por las mismas agitaciones que Europa. No han de maravillarse de la inquietud de nuestras costumbres los que edificaron su Constitución alzando barricadas y decapitando reyes. Y en lo que respecta a la actividad industrial, todavía insegura, tampoco nos la pueden echar en cara los que antes de alcanzar el brillo de hoy vivieron la indecisión de quince siglos [...], La infancia turbulenta y bulliciosa no es quizás, después de todo, más que un síntoma prometedor, porque los pueblos, como los estudiantes indisciplinados, son precisamente los que más altas posiciones conquistan en el porvenir".[11]

El autor de *El porvenir de América Latina* enfocaba en las breves líneas transcriptas un problema cuya explicación escapó siempre a la mentalidad mecanicista y colonial de los dirigentes de las izquierdas: el desarrollo atrasado de nuestro continente en relación a Europa occidental y a los Estados Unidos. Y extrajo la conclusión correctamente dialéctica de que ese atraso de hoy podía tansmutarse en una ventaja para mañana. Lo que brilla en la actualidad lleva en sí los gérmenes de la decadencia; lo que nace avanza hacia la superación de lo existente. Ahondaba aún más su pensamiento Ugarte en los dos párrafos siguientes:

"En todo caso, somos *diferentes*, y esto es lo que han de tener en cuenta los improvisadores que creen sentar plaza de hombres nuevos transportando al terruño cuanto florece o triunfa en Europa, Pidamos a todas las civilizaciones lo que puede concordar con nuestras características geográficas, étnicas y sociales, pero no nos obstinemos en ir contra la lógica, imponiendo por imitación lo que debe nacer espontáneamente".

Tal fue la actitud latinoamericanista que tuvo con respecto a la revolución rusa y que adoptó al compartir con Maxim Gorki, Henri Barbusse, Upton Sinclair y Miguel de Unamuno la dirección de la revista *Monde*.

En abierto y radical contraste con los justistas defendió la industrialización y el proteccionismo:

"la Argentina será industrial o no cumplirá sus destinos [...]. El proteccionismo existe entre nosotros para la industria extranjera y el prohibicionismo para la industria nacional [...]. Abaratar las cosas en detrimento de la producción nacional, es ir contra una buena parte de aquellos que se trata de favorecer, puesto que se les quita el medio de ganar el pan en la fábrica",[12]

escribía en 1916 en su periódico La Patria, cuando la Argentina vivía la euforia de las exportaciones agropecuarias y del librecambio.

Seis años antes había dicho:

"La cuestión obrera no puede desinteresarnos del problema nacional. La victoria del país y el adelanto sindical son vasos comunicantes",
y proponía el intervencionismo estatal, la participación obrera, la nacionalización de los servicios públicos, el impuesto progresivo sobre la renta, los derechos del Estado en las sucesiones y una economía con contenido y finalidad sociales.[13]

Quería una Argentina económica y políticamente independiente, con lo que definía su nacionalismo y su visión del socialismo. No concebía al socialismo con un internacionalismo abstracto que desestimara la opresión imperialista, ni como una copia de modelos extranjeros, sino como el desarrollo del nacionalismo popular, y así demostraba su extraordinaria superioridad sobre Justo y sus discípulos y herederos.

Como defendió desde la prensa y la tribuna la neutralidad de la Argentina durante la Primera Guerra Mundial, los socialistas y los conservadores lo acusaron de germanófilo y hasta insinuaron que recibía dinero del Kaiser, pero en una velada en honor de Bélgica (19 de junio de 1915) se solidarizó con la nación atropellada por los ejércitos germanos y reivindicó el derecho de los pueblos débiles, y en una asamblea popular del 18 de enero de 1917 refrescó así la memoria de quienes distraían la atención pública con su apoyo a uno de los bandos imperialistas en lucha:

"En estos momentos hay soldados norteamericanos en siete repúblicas de América Latina. Hay soldados norteamericanos en Santo Domingo, donde el invasor se ha apoderado de las aduanas y del gobierno, estableciendo de lleno un protectorado; hay soldados norteamericanos en Haití, donde los hombres de color tienen que acatar el gobierno de los que en Norteamérica los desprecian y los persiguen; hay soldados norteamericanos en Puerto Rico, donde los habitantes de la isla, de pura descendencia española se ven obligados hoy a hacer todas sus comunicaciones en idioma inglés y hasta a tramitar ante los tribunales sus asuntos en ese idioma; hay soldados norteamericanos en Cuba, donde la estación de Guantánamo, ampliada en tierras y convertida en formidable base naval, es una amenaza constante contra la soberanía de la isla; hay soldados norteamericanos en Panamá, donde la policía armada de la zona del canal pasa a territorio panameño y procede sin miramiento alguno por la precaria soberanía de la pequeña república; hay soldados norteamericanos en Nicaragua, donde el palacio de Gobierno tiene una guardia de marineros extranjeros y donde se hacen las elecciones nacionales bajo la vigilancia de las tropas de otro país; hay soldados norteamericanos, en fin, en México, donde con pretexto de perseguir a Villa, el Villa impresionista y teatral de los telegramas, se ha violado la soberanía y se mantiene desde hace meses la ocupación de vastas comarcas, a pesar de las serenas protestas y las fundadas reclamaciones del Gobierno. Este es el cuadro que nos ofrece la política imperialista en el continente. Las cosas se han agravado a tal punto que en Nicaragua, donde yo no pude desembarcar hace tres años porque me lo prohibieron los nicaragüenses yancófilos, no pueden entrar hoy los nicaragüenses mismos, porque se lo prohíben los ocupantes extranjeros [...]. Es para perseguir a Villa que vendrán mañana hasta nuestros yacimientos petrolíferos de Comodoro Rivadavia".[14]

Entre el "nacionalismo-burgués" de Manuel Ugarte y el "socialismo" de J. B. Justo, ambos adornados de significativas comillas, la elección no es dudosa. Todo depende del punto de vista en que el observador se coloque: con la emancipación o con el coloniaje. Tal vez el intríngulis se aclare si cambiamos las etiquetas, es decir si, como se infiere del análisis de los documentos y de los hechos, Ugarte resultaba ser un socialista convencido de que para llegar al socialismo había que expulsar a los imperialistas y desarrollar las particularidades nacionales de nuestros países, a la inversa de Justo que cerraba los ojos al dominio imperialista y al problema nacional y, olvidándose de que descendía de Sancho Panza, caía en el sueño quijotesco de esperar de la internacionalización del capitalismo la evolución hacia el socialismo internacionalizado. En nuestros países no son raros los casos de socialistas antisocialistas, como tampoco lo son de gentes que van hacia el socialismo por un proceso que los separa cada día más de las engañosas sectas partidarias.

El liberalismo socialista de Alfredo L. Palacios, aunque revestido de un nacionalismo y de un latinoamericanismo mucho menos fundado y realista que el de Manuel Ugarte,

expresaba una corriente de opinión que siempre se esforzaron en ahogar los dirigentes de las izquierdas. Palacios no comprendió el carácter imperialista de la Primera Guerra Mundial (formó parte del "Comité Pro Aliados", opuesto a la neutralidad argentina), ni comprendió al peronismo. Por consiguiente, tampoco podía comprender a América Latina y bajo el estilo barroco de sus campañas continentales poco se descubre de sustancial. Sin embargo, estaba más cerca de la espontaneidad de las masas que los dirigentes justistas.

Con este paréntesis a la investigación del origen del Partido Comunista hemos querido establecer que ya a principios de siglo había en la Argentina corrientes del socialismo que partían de los hechos y de la historia de la realidad nacional y estimaban que formábamos parte de un continente sojuzgado por centros imperialistas de poder. El *Esbozo de historia del Partido Comunista de la Argentina* documenta palmariamente que la oposición dentro del socialismo que daría nacimiento al Partido Comunista no surgió de esas corrientes y no tenía ni la más remota idea de la existencia del problema nacional en nuestro país y en el resto de América Latina. Surgió en el plano de las polémicas internacionales de los marxistas con los revisionistas.

El "Comité de Propaganda Gremial", que fundó el bloque opositor, no debió organizar a los miles de obreros a que se refiere el *Esbozo*, con el característico espíritu tartarinesco del codovillismo, pues bastó al Comité Ejecutivo del Partido Socialista decretar en 1917 su disolución para que desapareciera sin pena ni gloria. Las divergencias internas se acentuaron hasta la irreconciliación no en el terreno nacional, sino con motivo de la guerra europea.

Al estallar en Europa las hostilidades, el Partido Socialista mantuvo su tradicional posición antiguerrera y antimilitarista. Dos años antes, el Congreso partidario de 1912 se adhirió a la moción Vaillant-Keir Hardie de declarar la huelga general en caso de producirse un conflicto armado. La Vanguardia de los años 1914-1917 criticó con dureza a los socialistas europeos que no tenían la valentía de oponerse a la guerra. Nicolás Repetto expuso en el Congreso Socialista de La Haya (1916) la misma opinión y declaró que

"obedeciendo las guerras a factores económicos, sus remedios deben ser igualmente económicos",

por lo que proponía

"la fórmula del librecambio integral",

ingenuidad muy socialista que, lejos de contribuir a eliminar las guerras, dejaba indefensos a los países débiles frente al avance de los monopolios imperialistas.

El Partido Socialista reiteró su llamamiento a la paz en un telegrama que envió al presidente Wilson en enero de 1917, en un proyecto de declaración de su bloque de diputados del 2 de febrero de 1917 y en un mitin del 10 de febrero de 1917, días después de la ruptura de relaciones de los Estados Unidos con Alemania.[15]

Por una u otra razón, la totalidad del país fue neutralista hasta abril de 1917. El presidente conservador Victorino de la Plaza (9 de agosto de 1914-12 de octubre de 1916) no protestó cuando los alemanes que invadieron Bélgica fusilaron al cónsul argentino y destrozaron el pabellón nacional, y redujo a un expediente administrativo la captura del barco argentino *Presidente Mitre* por un crucero inglés.[16] Al socaire de la neutralidad, la Argentina abastecía a las potencias aliadas de carnes, cereales y cueros. Su beligerancia hubiera colocado a los barcos nacionales a merced de la marina alemana, con tanto perjuicio para nuestra economía agroexportadora como para el gobierno inglés.

Pero a comienzos de 1917 las cosas cambiaron, debido a que Alemania declaró "la guerra submarina sin restricciones" y advirtió que

"se impedirá sin dilación y con todas las fuerzas disponibles todo tráfico en las zonas de bloqueo".

En abril, casi al mismo tiempo que los Estados Unidos entraban en la contienda, submarinos alemanes hundían al barco argentino *Monte Protegido* y un mes y medio después hacían lo mismo con otro barco, también de nuestra bandera, el Toro, que transportaba carnes, lanas, grasas, cueros, cascos y tanino. Era entonces Hipólito Yrigoyen presidente de la República, quien de inmediato envió una nota a Berlín en la que decía que el gobierno argentino

"se ve en el caso de formular nueva protesta, y reclamar, además del desagravio moral y la reparación del daño, la seguridad del gobierno alemán de respetar en lo sucesivo los barcos argentinos en su libre navegación de los mares".

Y como las autoridades alemanas calificaran de "contrabando de guerra" a las exportaciones argentinas, argumentaba en otra comunicación:

"No es concebible que sus productos naturales [los de Argentina] se califiquen en momento alguno como contrabando de guerra y jamás han figurado en tal carácter en los tratados celebrados por ella. Son el fruto del esfuerzo de la Nación en su labor vital, no para satisfacer las exigencias de la guerra, sino para las necesidades normales de la humanidad".

El gobierno de Berlín aceptó finalmente, por nota del 28 de agosto de 1917, las reclamaciones y las tesis argentinas.

Después del hundimiento del *Monte Protegido*, el Partido Socialista abandonó la política de paz y neutralidad que sostuvo hasta entonces. *La Vanguardia* exhortó a la unión nacional

"por encima de todas las pasiones, aun de las más nobles, y de todas las diferencias de partido o de opinión".

El senador Enrique del Valle Iberlucea y los nueve diputados socialistas emitieron la siguiente declaración:

"El grupo parlamentario socialista, en presencia de los actos de la», guerra submarina, que afectan los intereses de la Nación, cree que el gobierno debe adoptar todas las medidas necesarias de orden portuario y el empleo de la marina de guerra, para hacer efectivo tan ampliamente como sea posible el comercio argentino en buques de cualquier bandera, inclusive los buques alemanes y austríacos refugiados en los puertos, que serían utilizados por el gobierno para servicio de su intercambio o fines de carácter militar".

Los dirigentes justistas se solidarizaron con el bloque imperialista anglofrancés, olvidándose del modelo socialdemócrata alemán que votó los créditos de guerra del Kaiser y aplaudiendo la conducta de los socialistas franceses que ingresaron al gabinete de la *Unión Sacrée*. El viraje se explicaba: los imperialistas anglofranceses representaban el "ideal" de libertad y democracia del liberalismo bajo cuyo signo se fundó el Partido Socialista, "ideal" que negaban los imperialistas alemanes hambrientos de mercados y dispuestos a cualquier extralimitación para conquistarlos.

Al principio de su segunda década, al Partido Socialista debió doblar el cabo de las tormentas. Había tenido una niñez soñadora y una adolescencia de tanteos, en la que saboreó los privilegios y honores de la tribuna parlamentaria. Ahora, la tajante realidad de la guerra imperialista, con la revolución social en su seno, le obligaba a definirse. Y se definió con una rotundidad que marcó toda su vida futura. En tres puntos sería consecuente hasta la muerte:

1) en su fidelidad a la civilización occidental con la esperanza de que evolucionara hacia el socialismo;

2) en su coincidencia, en los momentos de crisis nacional, con la oligarquía conservadora y los centros extranjeros de poder; y

3) en su oposición a todo movimiento nacionalista popular.

Porque su campaña de 1917-1918 en pro de la entrada argentina en la guerra del lado de los aliados formaba parte de su impugnación total del yrigoyenismo.

La fracción opositora estaba muy lejos de cuestionar el antiyrigoyenismo a ultranza del Partido Socialista. Al contrario, le acusaba de querer desempeñar

"una doble función: de partido radical y socialista, a un mismo tiempo".[17]

Esas polémicas, sin calor popular, se dirimían en pequeños círculos y giraban en torno a la guerra en un sentido abstractamente universal y del internacionalismo socialista a distancia astronómica de los problemas del país.

El viraje del Comité Ejecutivo y la decisión francamente intervencionista del grupo parlamentario agitaron en su contra a la juventud socialista, la cual editaba desde abril de 1916 un periódico, *¡Adelante!*, de crítica a las posiciones justistas y al militarismo, y de denuncia del carácter de rapiña de la guerra por ambos bandos, escudándose en las resoluciones de los Congresos de la Segunda Internacional de Copenhague (1910) y Basilea (1912).

La creciente presión de los centros partidarios —algunos exigían la renuncia colectiva del Comité Ejecutivo y del grupo parlamentario- y el temor a que el partido se dividiera obligaron a la dirección a convocar el III Congreso Extraordinario, que se reunió en el salón La Verdi los días 28 y 29 de abril de 1917, precedido de una intensa campaña de *La Vanguardia* en pro de la ruptura de relaciones de la Argentina con Alemania. Los opositores, minoría en el Comité Ejecutivo, contaba con la mayoría abrumadora de delegados al III Congreso Extraordinario y fundaron su moción neutralista y pacifista diciendo:

"Es preciso defender los principios internacionalistas del socialismo y por eso lo que debemos hacer los socialistas argentinos es trabajar por apresurar la paz y no por prolongar o encender la guerra. Que en la conflagración europea los trabajadores se desangran por una causa que no es la suya sino la del imperialismo capitalista, que la resolución del grupo parlamentario viola los acuerdos de todos los congresos internacionales y nacionales y por eso debe ser condenada; y que los socialistas no debemos cejar en nuestros propósitos de combatir la guerra y preparar el rápido advenimiento de la paz, manteniéndonos en todo momento dentro del internacionalismo y de un concepto de la lucha de clases".[18]

En la votación inicial, los opositores obtuvieron la totalidad de los puestos de la mesa directiva y la presidencia del Congreso Extraordinario, a cargo de Carlos Pascali que derrotó a Juan B. Justo. Este último, al percatarse de que su moción intervencionista sería descartada, la cambió por la siguiente que se adaptaba a la de los opositores:

"El Partido Socialista no quiere la ruptura de relaciones con ningún pueblo. El Partido Socialista no quiere ninguna declaración de guerra. El Partido Socialista no quiere ninguna iniciativa parlamentaria socialista referente a la guerra".[19]

A pesar de confundir la triquiñuela a muchos delegados que votaron la nueva moción de Justo, el despacho de los opositores triunfó por 4204 votos contra 3564.

El III Congreso Extraordinario ahondó el cisma latente en el partido. La oposición fundó en agosto del mismo año dos periódicos -*La Internacional* y *Revista Socialista*- que se proponían

"difundir el socialismo sobre la base de la lucha de clases, el internacionalismo y la crítica marxista a la sociedad burguesa,"[20]

y en setiembre el grupo parlamentario, haciendo caso omiso de lo resuelto por el III Congreso Extraordinario, votó junto con los antiyrigoyenistas la ruptura de relaciones con Alemania.[21]

Los opositores interpretaron lo que calificaban de traición con este análisis:

"El voto pro ruptura, producto de una componenda política, como tantas otras realizadas por el grupo parlamentario a espaldas del partido, con las fracciones burguesas de la Cámara, sólo obedece a una razón que en esta república no ha escapado a la comprensión de nadie: la conquista definitiva del electorado de la ciudad de Buenos Aires ante cuyos ojos el partido aparecería como aliadófilo frente al Partido Radical que, por neutralista, aparecería como germanófilo. Además, se disipaba definitivamente de las cabezas de los capitalistas todo temor con respecto al Partido Socialista; éste se mostraba ardiente defensor de la burguesía, comerciante y terrateniente, cultivaba los prejuicios militarista, patriotero y guerrerista, con más fervor que los mismos capitalistas y militares argentinos, ¿por qué no darle el voto? ¿Por qué no considerarlo maduro para ocupar el gobierno?"[22]

Era inevitable la división del Partido Socialista. Los opositores pidieron la convocatoria de un nuevo Congreso Extraordinario para juzgar la conducta de los parlamentarios, pero éstos sometieron sus renuncias al voto general de los afiliados, las que fueron rechazadas por 5345 sufragios contra 909, además de 72 abstenciones y 2000 ausentes. Al verse defraudados por esta maniobra, los opositores constituyeron el "Comité Pro Defensa de la resolución del III Congreso Extraordinario", al que el Comité Ejecutivo declaró "ilegal, disolvente y anarquizante", procediendo de inmediato a clausurar los centros y expulsar a los afiliados que se adherían a aquel organismo.

La revolución de octubre de 1917 en Rusia separó definitivamente a las dos corrientes del socialismo argentino y apresuró la fundación del Partido Socialista Internacional, cuyo Congreso Constituyente tuvo lugar los días 5 y 6 de enero de 1918 en Buenos Aires. En el *Informe dirigido a la Internacional Socialista y a todos los Partidos Socialistas*[23] por el novel partido, se reproduce la Declaración de Principios, "idéntica a la del Partido Socialista", y el Programa Mínimo, "semejante al de todos los Partidos Socialistas del mundo". Del documento se destacan los siguientes puntos:

1) Repudio enérgico y condena global de toda manifestación de nacionalismo. "Los verdaderos intereses de la clase trabajadora son siempre netamente internacionales". "Los llamados 'intereses nacionales' coinciden siempre con los intereses de las burguesías, pero nunca con los del proletariado de cada nación".
2) Repudio del himno nacional, de la bandera, del escudo y demás símbolos patrios.
3) Acción antimilitarista de la juventud.
4) Abolición de la diplomacia y de los presupuestos de guerra y marina.
5) Desarme militar absoluto y supresión de los ejércitos.
6) Expropiación de la tierra por el Estado.
7) Expropiación de los ferrocarriles y flotas navieras y su administración por los sindicatos de obreros ferroviarios y marítimos.
8) Consejo nacional electivo con participación del pueblo y de los maestros.
9) Supresión de las leyes represivas.
10) Oposición a cualquier declaración de guerra, ruptura de relaciones y créditos militares.

Más tarde, cuando llegó la noticia del armisticio, el Comité Ejecutivo del Partido Socialista Internacional ratificó

"su solidaridad con el gobierno de los soviets de Rusia y se congratuló por el movimiento maximalista que en Bulgaria, Austria-Hungría y Alemania se propone establecer un estado de cosas idéntico al de la nueva Rusia, augurando se extienda por todo el universo".[24]

En abril de 1919, el II Congreso aprobaba la adhesión a la Internacional Comunista, creada meses antes por iniciativa de Lenin.

Los socialistas internacionales, luego comunistas, se diferenciaron cualitativamente de los socialistas al sustituir el modelo socialdemócrata de los países capitalistas pioneros por el recién nacido modelo soviético y la idea de la evolución hacia el socialismo por la concepción del cambio revolucionario. Nacieron de la revolución rusa, porque la revolución rusa fue el hecho exterior al que se enajenaron para siempre, como Un acto de fe y no de asimilación dialéctica. Los de nuestro país, igual que sus correligionarios del resto de América Latina, despojaron a los soviets de su origen ruso y de sus contradicciones internas y los convirtieron en prototipos insuperables, únicos y universales del socialismo, acordando a sus dirigentes una infalibilidad y dispensándoles una obediencia más estricta que las otorgadas por los católicos al Papa. El culto idólatra de Marx, Engels, Lenin y Stalin, sin entenderlos, dejó en blanco la concepción materialista del mundo y de la sociedad, blanco que llenaron con las influencias ideológicas que la oportunidad les ofrecían. Y cuando aparecieron los trotskistas se reprodujo entre ellos y los stalinistas la disputa interna soviética, que la clase obrera argentina contempló como una pelea de habitantes de la Luna.

Para su fanatismo típicamente religioso con los soviets se había llegado el *non plus ultra*. Era el cielo en la tierra. Sin saberlo volvían a la Idea de Hegel, en la que el movimiento desemboca en la inmovilidad eterna. Lo más grave de esa transposición idealista de la revolución rusa residía en que quienes la hacían vilipendiaban todos los movimientos de masas que no obedecían al esquema elemental que se habían formado de los soviets y a las directivas de la Internacional Comunista. La revolución mexicana y el yrigoyenismo, entre otros, no resistían para ellos la comparación con el alumbramiento de una sociedad perfecta que se había producido en el extinto Imperio de los zares. Desde el comienzo se ubicaron fuera de la historia so pretexto de aceptar la universalidad de una revolución que, según creían, se extendería, por acto de contagio y ayuda, desde Moscú al resto del mundo, arrasando con todas las particularidades nacionales.

En el III Congreso del Partido Socialista Internacional (abril de 1920) -la práctica de los congresos anuales se mantuvo hasta 1925- se produjo la primera divergencia interna, entre un sector ultraizquierdista que se oponía a la lucha por las reivindicaciones inmediatas de las masas y a todo programa mínimo, y la dirección partidaria (Rodolfo Ghioldi, Victorio Codovilla, José F. Penelón) aferrada a la lucha por las reivindicaciones inmediatas. Triunfó la tendencia ultraizquierdista.

Ese mismo año (20-26 de diciembre de 1920) se realizó el Primer Congreso Extraordinario, el cual, después de escuchar el informe de Rodolfo Ghioldi, aprobó por unanimidad las veintiuna condiciones propuestas por la Internacional Comunista para la admisión de partidos y adoptó el nombre de Partido Comunista. En la discusión de la Declaración de Principios volvió a triunfar la tendencia ultraizquierdista.

El Cuarto Congreso (22-26 de enero de 1922) atendió otro informe de Rodolfo Ghioldi, que acababa de regresar de la URSS, donde asistió al III Congreso de la Internacional Comunista, como delegado argentino. La dirección tuvo que afrontar los ataques de dos grupos distintos, pero coaligados en la oposición a ella: los ultraizquierdistas de antes que insistían en el abandono de las reivindicaciones inmediatas y los *frentistas* que proponían el acercamiento al Partido Socialista, como base de la vuelta de los comunistas a las viejas filas. Una vez más triunfaron los opositores.

Es interesante señalar que, en los tres congresos sucesivos, los ultraizquierdistas contaron con la mayoría de los delegados, no obstante lo cual Rodolfo Ghioldi, Victorio Codovilla y José F. Penelón conservaron sus posiciones dirigentes. El Esbozo califica esta permanencia de

"altamente demostrativa del sano instinto de clase de los obreros afiliados a nuestro partido",[25] cuando en realidad indica la existencia de un aparato partidario, similar al del Partido Socialista, lo bastante fuerte como para sostener a la dirección, aun contra la voluntad de la mayoría de los afiliados. Pero, además, pone de manifiesto una circunstancia que influyó en el futuro partidario: dirigían al partido los hombres que viajaban a Moscú, que asistían a los congresos de la Internacional Comunista, que transmitían sus informes. Tal es la fuente del poder que hasta hoy, cuando ha desaparecido la Internacional Comunista, ejercen Victorio Codovilla y Rodolfo Ghioldi. No se apoyaban en bases internas, sino en su calidad de portavoces de directivas y consignas internacionales que trasladaban mecánicamente al país o usaban para expulsar o enmudecer toda voz disonante. De esta selección exógena resultaba que hombres sin personalidad, de rudimentarios conocimientos marxistas, desconocidos por el pueblo argentino, sin arraigo en la clase obrera, sin vuelo intelectual y con una tradición que cuando pretendían superar iban al otro extremo, tuvieran la responsabilidad de conducir al Partido Comunista en un medio social que no atinaban a penetrar. Pero los ultraizquierdistas y los *frentistas* no ofrecían una opción menos estéril.

Los ultraizquierdistas agitaban este programa:

"1) oposición sistemática a toda labor constructiva, presentando al Concejo Deliberante proyectos puramente demostrativos, no con miras a su adopción por la mayoría burguesa, sino para la propaganda y agitación entre la masa;

2) crítica despiadada del actual régimen social;

3) exposición de nuestro concepto comunista".[26]

Los *frentistas*, desesperados por falta de grandes éxitos inmediatos y perdida la fe en la revolución mundial a corto plazo, dejaron de creer en las posibilidades de desarrollo independiente del Partido Comunista y volvieron los ojos al Partido Socialista. Publicaron un periódico, *Nuevo Orden*, que recogió la tesis del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista sobre *frente único* y quiso aplicarla a nuestro país.

Unos y otros eran expresiones de estados de exaltación y decaimiento característicos de la pequeña burguesía, sobre todo por falta de una formación ideológica revolucionaria y de una fuerza política enraizada en el proletariado. El grupo dirigente, tan privado como ellos de ciencia marxista y de participación en la vida nacional, les llevaba la ventaja de presentarse ante los militantes rígidamente disciplinados en la obediencia a las directivas de Moscú, como los vicarios de una ortodoxia ecuménica que no admitía dudas y prometía el comunismo por la mera aplicación de aquélla. Disponía, además, de técnicos con experiencia mundial en la organización de aparatos partidarios con finanzas propias y en la educación de "revolucionarios profesionales". Su mayor poder residía, sin embargo, en la autoridad, avalada por la Internacional Comunista, de sancionar y expulsar a los afiliados que no acataran la "línea" transmitida esotéricamente por los viajeros a Moscú.

Jorge Abelardo Ramos nos reprocha que pretendamos

"desglosar los asuntos internos de la Unión Soviética de la política practicada en la Argentina por la Unión Soviética",

y que persigamos

"la quimera de que la burocracia soviética encuentre por fin la hora de la verdad y reemplace a Codovilla", reservándonos "el secreto de cómo un personaje tan insignificante como el nombrado ha permanecido durante cuarenta y cinco años al frente del Partido Comunista".[27]

Ramos cae en el error opuesto al que injustamente nos atribuye. No creemos que Codovilla sea "reemplazado" por órdenes de Moscú, ni que Moscú resuelva poner al frente del partido a hombres que trabajen por la revolución argentina. Es, en verdad, una quimera,

pues Codo-villa es irreemplazable como cabeza de una organización que plasmó con el tiempo a su imagen y semejanza hasta convertirla en un gran aparato financiero regenteado por un cenáculo de profesionales y ubicado políticamente en la tradición liberal para servir de vanguardia en la oposición a todo movimiento nacionalista popular revolucionario.

Ramos enjuicia a Codovilla desde el punto de vista trotskista, es decir en función del ascenso de Stalin a la jefatura de la Unión Soviética y de la Internacional Comunista y del desplazamiento de Trotsky, de lo que resultaría que el codovillismo sería un capítulo de "los asuntos internos" soviéticos. Hemos dicho en las anteriores ediciones de este libro, y acabamos de repetir en la presente, algo que Ramos tiene la amabilidad de recordar al pie de la letra: dirigían al partido los hombres que viajaban a Moscú, que asistían a los congresos de la Internacional Comunista, que trasmitían sus informes. Y agregamos ahora que los grupos trotskistas también se nutrían de ideas cosechadas en el campo internacional que aplicaban a la Argentina mecánicamente, sin trascender a las masas populares.

Para un país como el nuestro, formado por la colonización capitalista, es indispensable precisar con la mayor exactitud la relación entre lo nacional y lo internacional, entre el autodesarrollo y las influencias externas. Toda tentativa de promover el paso al socialismo bajo influencias extranjeras o internacionales está destinada al más completo fracaso. Esto vale para stalinistas y trotskistas, sovietófilos, chinófllos, castrófilos o cualquier otro *filo* extraargentino. Pero tampoco se avanza hacia el socialismo desde lo nacional sin asimilar y superar todas las influencias internacionales. La enajenación de los partidos Socialista y Comunista a modelos extranjeros y su coincidencia con la oligarquía y los centros imperialistas en los momentos críticos (1930, 1945, 1955) ha hecho que socialismo y comunismo sean malas palabras para el pueblo argentino.

Queda en claro, pues, que las luchas intestinas del Partido Comunista no se fundaron en discrepancias en torno de cuestiones específicamente nacionales y que tampoco es admisible que se le enjuicie porque apoyó al stalinismo en "los asuntos internos de la Unión Soviética", pues en tal caso el problema argentino se reduce a los términos de una disputa que no nos concierne y se disculpa la falta más grave de pretender encadenar el destino -argentino al modelo soviético.

Los *frentistas* fueron expulsados del partido después del IV Congreso, porque querían volver a la socialdemocracia repudiada por la Internacional Comunista, pero los ultraizquierdistas, más cercanos entonces a las posiciones ortodoxas de Moscú, permanecieron en sus filas, y en el V (26 de julio de 1923) y el Sexto Congreso (25-27 de julio de 1924) obtuvieron nuevamente el apoyo de la mayoría de los afiliados.

Para terminar con el estado de guerra permanente entre la mayoría de la dirección del partido (que disponía de las llaves de Moscú) y la mayoría de los afiliados, el Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista envió una *Carta Abierta* en enero de 1925,[28] en la cual criticaba

"el abandono de la táctica de las reivindicaciones inmediatas, atraídos por el espejismo de la revolución mundial",[29]

Mídase lo que esa acusación significaba. La Internacional Comunista reconocía que la revolución mundial no estaba al alcance de la mano. También san Agustín creyó que la *Ciudad de Dios* vendría de un momento a otro y sus exégetas tuvieron que rectificarlo. Trotsky, sin la dialéctica de Lenin, atribuyó la dilación a Stalin, como si la historia se manejara a capricho de los hombres.

Acusados de persistir en "el espejismo de la revolución mundial", los apresurados ultraizquierdistas, llamados chispistas, por ser La Chispa el periódico que editaban, fueron también expulsados, y poco después fundaron el Partido Comunista Obrero, de corta existencia. Así llegó el grupo dirigente, una vez liquidadas las oposiciones de derecha y de izquierda, al VII Congreso (26 de diciembre de 1925), que aprobó un programa de

reivindicaciones inmediatas para los obreros y campesinos, que no tuvo en ellos mayor eco, y dictaminó que

"el proceso de desarrollo capitalista se hace cada vez más rápido",

por lo cual el partido debía concentrar sus ataques contra el gobierno radical del doctor Marcelo T. de Alvear. Rodolfo Ghioldi escribía:

"en estos momentos, la lucha antimperialista es, al mismo tiempo, la lucha contra la burguesía nacional".[30]

Entre el VII y el VIII Congresos (1925 a 1928), el partido comenzó a encarar la lucha contra el imperialismo, bajo la inspiración de la Internacional Comunista y de Congresos Internacionales (principalmente el de Bruselas, en 1927, que constituyó la Liga Antimperialista Mundial), y organizó dos importantes movimientos de oposición al imperialismo norteamericano: de solidaridad con México y de adhesión al guerrillero nicaragüense Augusto César Sandino. Era un viraje del rostro del partido, pero un viraje de escasa consistencia, como lo demostraremos en el próximo capítulo.

Antes del VIII Congreso estalló "la crisis de Penelón", o mejor dicho la competencia entre el concejal Penelón y la fracción Ghioldi-Codovilla por el dominio del partido. No hubo altura ni seriedad en la polémica, si así puede llamarse al entrevero. No se discutió sobre bases marxistas, ni se enfocó el problema nacional. No salió el partido superado. Del juego de intrigas y bajas maniobras no queda una sola línea escrita que sirva de experiencia política. Los rivales se acusaban mutuamente de inmoralidades. Todo se reducía a probar que se disponía de la bendición de Moscú, lo que equivalía a tener títulos legítimos de dirigentes. Los afiliados, sometidos a un proceso de decantación, dejaron de pensar por sí mismos y se enajenaron a una autoridad lejana e indirecta que no les perdonaba la menor desviación,

El concejal José F. Penelón no quería ser "atraído por el espejismo de la revolución mundial" y para evitarlo se excedió en su celo por los asuntos municipales.

"En el segundo período de su concejalía -informaba el Esbozo[31]— Penelón colocó el trabajo municipal por sobre todo, y su tendencia era la de hacer de la actividad electoral y de las luchas por las pequeñas reivindicaciones economicosociales el centro de todas las actividades de nuestro partido [...]; y cuando el partido lanzó la consigna de 'ni trigo, ni carne, ¡nada! para los enemigos de la URSS' -teniendo presente el hecho de que los agresores del país soviético tratarían de proveerse en gran medida con los productos de nuestro país-, Penelón y su grupo, declararon que esa consigna era impracticable porque paralizaría las exportaciones y traería el hambre para el pueblo argentino, Tal posición no se diferenciaba en nada de la de los socialistas defensores de los intereses de la oligarquía agropecuaria y servía evidentemente para alentar a los agresores de la URSS".

Antes se había expulsado del partido a los chispistas porque no aceptaban la lucha por las reivindicaciones inmediatas, ahora se ponía en la picota al concejal que tomaba en serio "las pequeñas reivindicaciones economicosociales" del municipio porteño. Y por añadidura se le imputaba la defensa de "los intereses de la oligarquía agropecuaria" y el aliento a "los agresores de la URSS", por calificar de "impracticable" la consigna de impedir las exportaciones de carne, trigo y demás productos a las potencias imperialistas, nuestros únicos compradores. Pero el sentido común indicaba que esa consigna no solamente era impracticable, sino también impopular. Y no se aplicó más que en los informes de Codovilla y Ghioldi.

Con su prosa apocalíptica, Rodolfo Ghioldi había llamado a Penelón "el Lenin sudamericano" y con la misma prosa irresponsable lo calificó después de "el Doriot argentino" (Doriot, ex comunista, terminó siendo agente de Hitler). Penelón no llegó a las alturas de Lenin, ni cayó en las bajezas de Doriot. Fue hombre sin visión global del problema argentino y de la situación latinoamericana, que se encerró en las pequeñas cosas de la

política menuda y encabezó una secta que perpetuó el desinterés, el sacrificio, la solidaridad y la idea primitiva de la revolución social. Tuvo el mérito histórico de haber defendido la neutralidad argentina durante la Primera Guerra Mundial, cuando la mayoría del socialismo, incluido Victorio Codovilla, estaba con los aliados. Su palabra en el Congreso de la Verdi decidió el voto por la paz y contra la intervención en la contienda. Presidió el Congreso Constituyente del Partido Socialista Internacional y durante diez años fue su primera figura.

Cayó en desgracia al resistir la "bolchevización del partido", emprendida por Codovilla-Ghioldi por orden de la Internacional Comunista, con resultados que están a la vista casi cuarenta años después, mediante apreciaciones de tan elevado nivel como las siguientes:

"El yrigoyenismo tiene todas las características del nacional-fascismo".[32]
"La consigna política central debe ser la del gobierno obrero y campesino.[33]
"Penelón tiene toda la depravación oportunista de un renegado".[34]

Penelón, por su parte, se refugiaba en las reivindicaciones inmediatas de las masas, en una época en la que el yrigoyenismo tenía el apoyo de la mayoría popular, no enterada de esas luchas internas del comunismo. Era la respuesta infantil al cosmopolitismo y mecanicismo crónicos de Ghioldi-Codovilla, que sólo saben traducir consignas generales, sin tener en cuenta la realidad circundante y que el día de la disociación de la Internacional Comunista quedaron como perros en cancha de bochas.[35]

El concejal incriminado fundó el Partido Comunista de la Región Argentina, luego de la República Argentina y finalmente Concentración Obrera, que languideció muchos años en los suburbios del municipio de Buenos Aires.

"La crisis de Penelón fue la última crisis que afectó profundamente a nuestro partido",

diría el *Esbozo* veinte años después.[36] En el futuro ninguna "desviación de izquierda o de derecha" haría peligrar la integridad de la teoría "marxista-leninista-stalinista" y el partido emprendería su "marcha ascendente" hacia su consolidación burocrático-financiera en un aparato siempre alerta para arrojarse en contra del menor indicio de nacionalismo popular revolucionario. Fue la consolidación de un grupo sectario que divide a las masas trabajadoras y entorpece las soluciones nacionales. Su espíritu destructivo se revela en la sistemática persecución de todo militante que adquiera algún relieve popular; teme que deshanque las posiciones burocráticas y por eso se le conmina a burocratizarse él mismo o se le expulsa. El grupo Ghioldi-Codovilla habló en 1928 del

"peligro de la influencia y prestigio personales de Penelón",[37]
y del penelonismo como

"una variedad socialdemocrática más peligrosa, por lo mismo que su núcleo central estuvo vinculado a las masas."[38]

¡Cuántos cuadros, especialmente sindicales, fueron sacrificados en la década 1945-1955, porque estaban vinculados, o querían vincularse a las masas, mientras la secta codovillista estrechaba filas con la oligarquía terrateniente-intermediaria y los agentes imperialistas extranjeros!

La solución de "la crisis de Penelón" no se buscó dentro del partido, ni en el país. Codovilla y Ghioldi viajaron a Moscú y volvieron con el dictamen. Luego documentaron su agradecimiento:

"gracias a la resolución de la Internacional Comunista puede considerarse virtualmente superada la crisis interior sufrida en los últimos meses por el Partido Comunista".[39]

Mantener las apariencias de una vida independiente, como las familias venidas a menos, ocultar los errores y desfigurar la historia del partido, exagerar su fuerza y su influencia, soslayar la autocrítica valiéndose de la mentira y de la calumnia, parar o aplastar toda oposición interna en nombre de la "fidelidad a Moscú", ha sido desde entonces la política del codovillismo. Su arma predilecta, y la que esgrime con mayor eficacia, es el chantaje con que amenaza, inculpándolos de "traidores", "policías", "inmorales" o lo que sea, a los afiliados que se atreven a desobedecerlo. El militante debe tener fe ciega en los dirigentes y creer que nunca se equivocan, lo que significa renunciar a toda interpretación dialéctica y crítica -o sea de superación- de la conducción partidaria y aceptar a libro cerrado la alianza con Spruille Braden, el nazismo de Perón, el asalto a los sindicatos por los comunistas en 1955, el endiosamiento
"del entrañable cantarada Stalin, uno de los más grandes genios de la humanidad, del hijo y a la vez padre bienamado del pueblo soviético, del gran guía y dirigente de todos los trabajadores del mundo, del sabio jefe y maestro de los comunistas de todos los países, del amigo seguro de todos los pueblos que luchan por la libertad e independencia, del gran abanderado de la paz mundial",[40]

y el repudio

"de uno de los mayores criminales de todos los tiempos",

en fin, una línea tortuosa e inconsecuente, ajena a los intereses, aspiraciones y sentimientos del pueblo argentino y subordinada a los vaivenes de la política exterior soviética.

Una organización con tamañas taras dogmáticas, enajenada a una mentalidad que piensa y actúa en función de centros extranjeros de poder, se ha convertido con el tiempo en pesado factor diversivo y represivo de la movilización del pueblo argentino hacia sus objetivos nacionales y sociales.

CAPITULO 22

LLAMAN "FASCISTA" A HIPOLITO YRIGOYEN

Ningún partido de la Argentina ha publicado tantos libros, manifiestos, volantes, folletos, periódicos y revistas como el Comunista. Es una singular literatura, a veces extravagante, a veces descabellada, siempre extraña a las tendencias de la realidad nacional y a lo que sienten y quieren las masas trabajadoras. Por lo general, se adelantó a calificar los regímenes gubernamentales con adjetivos que luego hicieron suyos otros partidos y sectores liberales. Interesa conocer, pues, lo que dijo de los gobiernos de los últimos cuarenta años. Hemos revisado esa vastísima literatura y comprobado que de los quince personajes en ejercicio de la presidencia de la República, desde 1926 hasta la fecha, el Partido Comunista caracterizó a seis de "fascistas" (Yrigoyen, Uriburu, Ramírez, Farrell, Perón y Onganía), a dos de "reaccionarios" (Justo y Castillo) y a siete de "democráticos" (Alvear, Ortiz, Lonardi, Aramburu, Frondizi, Guido e Illia), lo que significa que hemos tenido durante este período 16 años de "democracia" y 24 años de "fascismo" y "reacción". Si ahondamos el análisis verificaremos que:

a) en el casillero de los "fascistas" figuran los dos gobiernos nacionalistas populares de este siglo, los de Yrigoyen y Perón;

b) los gobiernos que juzga "democráticos" tienen como denominador común la política francamente oligárquico-imperialista, y

c) vacila en la caracterización de los dos gobiernos de la *década infame* (con el interregno del "democrático" abogado de las empresas británicas, Roberto Ortiz) entre llamarlos "reaccionarios" o "dictaduras fascistas" o concederles posibilidades "democráticas". El general Agustín P. Justo era el "perro Justo", "Justo 4144", para la delirante *Bandera Roja* y demás materiales partidarios, cuando subió al poder en 1932 y autorizó el funcionamiento del Partido Comunista, pero en 1938, con el partido ilegal y la Sección Especial en plena actividad represiva, ese juicio se atenuó al punto de admitir que

"siendo Justo un gobierno tipo reaccionario, no podía, sin embargo, ser identificado con el de Uriburu. En los primeros meses, inclusive, permitió la existencia legal del Partido Comunista. Nuestro error de entonces debe enseñarnos a no reeditarlo en los próximos meses, frente al gobierno de Ortiz".[1]

El "error" se "reeditó", como es público y notorio, varias veces.

Abundan los cambios en las apreciaciones. Son, por decirlo así, la norma, lo peculiar, de la política de los dirigentes comunistas. Por ejemplo: admitieron, cinco años después de la muerte de Yrigoyen, que el primer presidente elegido por el pueblo no había sido "fascista", sino "demócrata" y "nacional-reformista". O le retiraron al peronismo el rótulo de "naziperonismó". Y muchos otros casos que iremos examinando en el curso de nuestra investigación. Podrán argüir en su favor, como don Juan Cepeda, que "los que cambian son los gobiernos y no yo", pero el caudillo santafesino tenía por lo menos la disculpa de buscar

el acomodo sin opinar sobre los partidos y los hombres, mientras que los dirigentes comunistas se permitían la libertad, sin análisis y sin responsabilidad, de colgar y descolgar sambenitos que los afiliados trasmitían como verdades o mentiras absolutas en sus trabajos de agitación y propaganda.

Antes de considerar la actitud concreta del Partido Comunista con respecto al yrigoyenismo durante su gobierno, no *ex post facto* (política, no histórica, pues *a posteriori* quien no se empecina en el error puede conquistar la sabiduría y volver a perderla en la primera oportunidad), nos referiremos al método que emplea habitualmente para caracterizar gobiernos, partidos y dirigentes.

Es el método de los modelos y antimodelos que tanto usan los sociólogos y economistas adheridos al positivismo lógico. Como, a pesar de invocarla, igualan al doctor Juan B. Justo y sus discípulos en su ignorancia de la dialéctica, los codovillistas no descubren las contradicciones inherentes a todos los procesos sociales y políticos. Tropiezan con una complejidad de hechos que los abruma y desconcierta, y no atinan a investigar la interdependencia entre ellos, ni, por lo tanto, a inducir de ella la ley del desarrollo contradictorio. Simplifican entonces las cosas y recurren a modelos y antimodelos extranjeros.[2] Sus modelos fueron, primero, los soviets, y, después, la democracia representativa liberal-burguesa. Convirtieron al fascismo, o nazifascismo, en el antimodelo obsesivo por excelencia, al que redujeron todas las manifestaciones del nacionalismo argentino.

La discriminación maniquea entre modelo y antimodelo, practicada por el Partido Comunista con ausencia del país y de la vitalidad nacional de la clase obrera, tuvo consecuencias aterradoras. Hizo de los devotos del modelo soviético hombres ciegos a los procesos revolucionarios internos de nuestro continente, dispuestos a sacrificarlos en aras de la extensión imposible de aquel modelo al resto del mundo. Codovilla profirió en el Congreso Antimperialista de Bruselas (febrero de 1927) esta frase que define su vida política:

> "¡Que perezcan, por último, estos veinte pueblecitos [latinoamericanos] con tal que se salve la revolución rusa!".[3]

Era la negación absoluta y el desprecio total de 'la capacidad revolucionaria de nuestros pueblos. El acto de fe, repetido maquinalmente cada día como una oración, le granjearía a su autor el espaldarazo eterno de Moscú, pero condenaría al más triste e indigno de los oficios a un inmigrante que no se asimiló a la nacionalidad que le hizo el honor de acogerlo.

El modelo soviético era presentado así como el paradigma perfecto al que debían aspirar y llegar los países latinoamericanos para hacerse socialistas. Por lo tanto, invocando fanáticamente al marxismo, se invertía al marxismo, se negaba al materialismo dialéctico y se aplicaba la teoría platónica de las ideas inmutables y perfectas como modelos a imitar por nuestras sociedades imperfectas, con la diferencia de que el filósofo griego de la Academia colocaba a la sociedad ideal o modelo en un más allá ultraterrestre o divino, mientras que los falsificadores del marxismo ofrecían el modelo perfecto ya realizado en la Unión Soviética.

Felizmente el Estado perfecto no ha existido, ni existe, ni existirá nunca, porque al momificarse el hombre en la quietud absoluta, se paralizaría el progreso y se desembocaría en la nada. El Estado perfecto final, como lo concebían Platón, los utopistas y también Hegel, sólo existe idealmente. La finalidad del Estado no es su perfección en un punto muerto, sino su aniquilamiento al desarrollarse al máximo los elementos de su propia negación y elevarse la humanidad por encima de sí misma en una existencia sin reposo que geste un ser moral e intelectualmente superior.

El stalinismo cortó las alas a la dialéctica al imponer, por vía autoritaria, la idea de que en un Estado, la Unión Soviética, y en un hombre, Stalin, se había alcanzado la perfección. Las

gentes enajenadas al modelo y al hombre sufrieron un condicionamiento del que no podrían librarse sin asumir una posición crítica y revolucionaria frente al partido generado por esa enajenación.

Durante la primera etapa de la vida del Partido Comunista de la Argentina, sus dirigentes se resistían a renunciar al "espejismo de la revolución mundial". En este sentido no se diferenciaban de los trotskistas, quienes acusaban a Stalin de haberla traicionado. No entendían los codovillistas esas sutilezas teóricas y se conformaban con obedecer, de tal modo que podían reverenciar a Stalin y maldecir a Trotsky, coincidiendo con tesis trotskistas. Como tal suplantación se producía en plena lucha del stalinismo contra el trotskismo, los dirigentes de la Internacional Comunista sometían a Codovilla, Ghioldi y demás viajeros a Moscú a continuos "lavados de cabeza". La creación del Secretariado (o Bureau) Sudamericano de la Internacional Comunista, con instructores principalmente rusos, reforzó el condicionamiento ideológico y político.

La tendencia antistalinista a esperar la revolución a breve plazo se manifestó en un discurso pronunciado por Victorio Codovilla en el V Pleno del Partido Comunista del Uruguay, acerca de los resultados del VI Congreso y del Décimo Pleno de la Internacional Comunista. Aseguró en esa oportunidad que el VI Congreso de la Internacional Comunista (agosto de 1928) había establecido que

"el período actual es el de las guerras capitalistas y de la revolución proletaria, período agónico del imperialismo, y por consiguiente, después del tercer período (el actual) no podía haber un cuarto, ni un quinto, etc., porque éste *era el último período de la era capitalista*".[4]

Comenzaba ya a revelar las dotes proféticas que nunca le fallaron para adivinar al revés el porvenir. Pero, por otra parte, ni el VI Congreso, ni el X Pleno de la Internacional Comunista, habían emitido tal tesis, que contradecía el repliegue de la Unión Soviética a la construcción del socialismo en un solo país. El texto exacto de la tesis del VI Congreso era el siguiente:

"En fin, el *tercer* período es, en el fondo, el de la elevación de la economía capitalista y, casi paralelamente, la de la URSS más allá de sus niveles de antes de la guerra (iniciación del llamado período de 'reconstrucción', nuevo crecimiento de las fuerzas socialistas de la economía sobre la base de una técnica nueva). Para el mundo capitalista, este período es el de un rápido desenvolvimiento de la técnica, un intenso crecimiento de los cartels, de los trusts, de las tendencias al capitalismo de Estado y, conjuntamente, el de un poderoso desenvolvimiento de las contradicciones de la economía mundial, moviéndose en formas determinadas en todo el curso anterior de la crisis del capitalismo (mercados reducidos, URSS movimientos coloniales, agudización de las contradicciones interiores del imperialismo)".[5]

Ni en el manifiesto y las tesis del VI Congreso, ni en las resoluciones del X Pleno de la Internacional Comunista se hacía la menor referencia al tercer período como "el último período de la era capitalista".

Codovilla había expuesto, en realidad, el punto de vista de la oposición a Stalin, la cual en el V Congreso de la Internacional Comunista hizo aprobar una resolución ecléctica que Zinoviev sintetizó en dos perspectivas mundiales:

1) una rápida maduración de los conflictos revolucionarios, cuando la victoria de la revolución proletaria puede cumplirse en tres, cuatro, cinco años; y
2) una maduración lenta, un desarrollo *prolongado* de la revolución mundial.[6]

Zinoviev no se definió públicamente por ninguna de las dos perspectivas, aunque las divergencias de fondo entre el stalinismo y la oposición giraban alrededor de ellas. Sin embargo, la opción se hizo inevitable: revolución proletaria mundial a un plazo no mayor de "tres, cuatro, cinco años" (tesis de la oposición) o construcción del socialismo en la Unión Soviética y revolución mundial para las calendas griegas (tesis stalinista). No se trataba del acto subjetivo de querer renunciar a la revolución mundial, sino de comprobar si existían o no existían condiciones objetivas para que fuese posible. La historia demostró que la "estabilización relativa" del capitalismo era mucho más sólida de lo que conjeturó el propio Stalin y que la revolución mundial se desarrollaría, a través de avances y retrocesos en un largo período, por múltiples caminos particulares que no imaginaron ni los stalinistas ni sus opositores.

Codovilla salvó el pellejo golpeándose el pecho. Carecía de clarividencia política, pero no de habilidad en las maniobras de trastienda. Había tenido la precaución de firmar, con Palmiro Togliatti y Earl Browder entre otros, una solicitud de expulsión de Zinoviev de la presidencia del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista.[7]

A principios de 1928, una nueva *Carta* del Presidium del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, dirigida al Partido Comunista de la Argentina, daba normas para la "bolchevización" del partido, mediante su vinculación con las grandes masas de obreros y campesinos, y colocaba en primer término la lucha contra el imperialismo y la burguesía nacional.[8] El documento caracterizaba con notable exactitud la situación económica de nuestro país. Algunas de sus tesis son de rigurosa actualidad. Después de registrar el "fuerte, progresivo y rápido" crecimiento de la industria argentina durante y con posterioridad a la Primera Guerra Mundial, especialmente en las ramas de transformación de las materias primas agrícolo-ganaderas, expresaba:

"Todos estos cambios, a pesar de todo, no han modificado las particularidades características especiales de la economía mundial de la Argentina, es decir, la preponderancia casi absoluta de la producción de materias primas para las industrias extranjeras y de productos alimenticios para el mercado mundial. *La falta de una industria pesada en general y metalúrgica grande y mediana en particular, hacen que de hecho la economía nacional de la Argentina dependa del extranjero, en lo que concierne a su aprovisionamiento de medios de producción*. La gran producción de materias primas en la agricultura y en la ganadería sobre la base del sistema de plantaciones y de los latifundios destinadas al mercado mundial, he ahí la característica de la economía nacional de la Argentina. Eso significa que la Argentina actual es un país semicolonial por excelencia".

Y después de referirse a la penetración del capital financiero inglés y norteamericano, concluía:

"De manera que es el capital financiero extranjero que domina y dirige, que 'desarrolla' la economía nacional de la Argentina, pero la 'desarrolla' solamente en la medida que ese desarrollo, responde a sus intereses. Es un 'desarrollo' que permite un acaparamiento acelerado de las riquezas del país, el agotamiento forzado de la economía nacional, y el reforzamiento de la explotación de las masas trabajadoras. Es un 'desarrollo' unilateral e irregular, que impide el 'desarrollo' y el crecimiento normal de las fuerzas productivas del país, y sobre todo de la economía rural. *La economía rural de la Argentina se encamina de más en más hacia una crisis crónica*" (La bastardilla es nuestra. R.P.)

De un análisis económico tan veraz no extraía, sin embargo, las tesis políticas correspondientes. Elaboraba el siguiente esquema:

- *Partido Radical Alvearista*: representante de los grandes terratenientes ligados al imperialismo inglés.
- *Partido Radical Yrigoyenista*: representante de la burguesía industrial y de la burguesía agroindustrial ligada al imperialismo yanqui.

Era la única diferencia que reconocía' entre los dos partidos radicales, pues acusaba a ambos por igual de utilizar a

"la enorme masa políticamente amorfa" de "pequeños arrendatarios y medieros sin tierra" y de "alrededor de 1400000 obreros agrícolas".

Sumaba a esa masa rural los 1100000 obreros urbanos, a los cuales también presentaba en oposición a ambos radicalismos. Y fijaba como táctica la lucha tanto contra los grandes terratenientes como contra la burguesía industrial y la agroindustrial, como base de la lucha contra el imperialismo y paso hacia la instauración del gobierno obrero y campesino.

El panorama y la consiguiente perspectiva estaban muy alejados de la realidad nacional. Sin duda la condición agroexportadora de la economía argentina provocaba, en su conjunto, un "desarrollo unilateral e irregular", pero a fines del siglo pasado se inició un proceso de acumulación capitalista nacional, en la esfera de la empresa privada, que creció en competencia y no asociado al imperialismo extranjero, y que, por motivos de supervivencia, reclamaba protección aduanera y ayuda crediticia y técnica del Estado. Y ya existía, en la época de la *Carta*, una corriente de opinión, sustentada en primer lugar por sectores militares, que propugnaba las nacionalizaciones, a empezar por la del petróleo que Yrigoyen consagró en 1922.

La contradicción entre la Nación Argentina y el imperialismo extranjero no se reducía, por lo tanto, a la contradicción entre los obreros y campesinos y el imperialismo extranjero más la burguesía industrial. Por el contrario, en las tendencias hacia las nacionalizaciones de las palancas de nuestra economía y hacia la industrialización sobre bases nacionales, militares y empresarios argentinos aparecían como los más interesados y activos. Si el crecimiento de la industria era "fuerte, progresivo y rápido", correspondía a la clase obrera intervenir políticamente en ese proceso para impulsarlo sobre vías nacionales, rescatándolo del dominio imperialista extranjero, y aliarse a los militares y empresarios partidarios del nacionalismo económico. Pero si se enseñaba que Yrigoyen y Alvear eran lo mismo, que imperialistas y burguesía industrial formaban un solo bloque sin contradicciones internas y se ignoraba el nacionalismo económico concreto de sectores militares, entonces se condenaba a la clase obrera a luchar en el vacío, cosa que la clase obrera no podía aceptar, ni aceptó. Los obreros, en su inmensa mayoría, votaban por el nacionalismo popular de Hipólito Yrigoyen, y el Partido Comunista hacía malabarismos con las cifras para probar que con la "bolchevización" se multiplicaba su caudal electoral.[9]

La parte más singular y agraviadora de la Carta era la dedicada al trato a los obreros extranjeros. Quizás la Argentina sea, por el origen inmigratorio de gran parte de sus habitantes, el país del mundo con menos prejuicios de raza y de nacionalidad. Su nacionalismo se forma con la confluencia de gentes de diversas ascendencias que marchan hacia un destino común. Hubo un racismo al revés, el de los sociólogos positivistas (Sarmiento, Ingenieros, Carlos Octavio Bunge, Agustín Alvarez, etcétera) que menospreciaban a los hijos de la tierra y a sus mezclas (indios, negros, mestizos, mulatos, zambos) y exaltaban a los anglosajones y germanos. Este tipo de racismo fue heredado por socialistas y comunistas y se reveló al calificar peyorativamente, con particular agresividad, de "cabecitas negras", "chusma", "desclasados" y "lumpen" a los trabajadores del interior que se incorporaron a la industria e ingresaron al peronismo. La oligarquía, que aplicaba la ley de residencia a los "agitadores extranjeros indeseables", también repudió a los "cabecitas negras" cuando se le hicieron "indeseables".

El problema no consistía, como lo presentaba la *Carta*, en defender a los extranjeros de supuestas persecuciones del "espíritu de orgullo nacional", sino en asimilar a los extranjeros

al país y en no permitir a los que se negaban a asimilarse que hicieran valer una sedicente superioridad sobre los nativos.

La "bolchevización" tuvo, entre otras aplicaciones prácticas curiosas, la de rechazar las conquistas sociales otorgadas por los gobiernos o no obtenidas por la movilización de las masas dirigidas por el Partido Comunista. He aquí lo que decía el órgano del Secretariado Sudamericano en un increíble artículo:

"La clase capitalista [de algunos países sudamericanos], como la de la vieja Europa, ante el creciente desarrollo del movimiento obrero, no puede desentenderse en absoluto de la clase proletaria, llegada ya un grado de organización y de importancia numérica y capacitación de clase que puede poner en peligro los privilegios de la clase capitalista, y ésta debe modificar su táctica y emplear nuevos métodos para mantener su dominio.

"Tal es el propósito que se persigue con pretendidas leyes de carácter social. Tal es especialmente el propósito que persiguen las pretendidas leyes de jubilaciones, con las cuales la clase capitalista de algunos países sudamericanos pretende demostrar su preocupación por la clase obrera y que no persiguen otro fin más que el de dividir a los trabajadores, someterlos mejor al yugo capitalista, arbitrar recursos, quitados de los salarios proletarios, para evitar que la bancarrota económica del Estado capitalista, por el creciente aumento de una burocracia ilimitada, lleve hasta el propio seno de esa burocracia la lucha de clases y la actividad revolucionaria contra el régimen capitalista",[10]

El argumento *ab absurdo* tenía su lógica, una lógica del más crudo infantilismo izquierdista. Si la actuación del Partido Comunista apuntaba a la conquista del poder por un gobierno de obreros y campesinos, todas las conquistas sociales debían ser escalones en una lucha que condujera hacia ese objetivo. En consecuencia, las conquistas sociales logradas al margen de esa lucha y fuera de ese objetivo serían capitalizadas por el gobierno y el partido que las promoviera, en perjuicio del Partido Comunista. Era un punto de vista sectario y suicida. Como los gobiernos y partidos de la burguesía o de la pequeña burguesía reformistas eran los que se inclinaban a realizar una política de masas, de hecho la política del Partido Comunista llevaba al enfrentamiento con esos gobiernos y partidos (los enemigos principales), y objetivamente favorecía a la oligarquía conservadora y a los intereses imperialistas (los enemigos de reserva para los planteamientos generales).

Pero iba todavía más allá el Partido Comunista en ese encadenamiento silogístico que lo precipitaba a la aventura de servir los planes de la reacción. Nos referimos a su descubrimiento de la existencia del fascismo en América Latina, naturalmente después de la marcha de Benito Mussolini sobre Roma. Esta transferencia de conceptos emanados de una situación a otra distinta mató a la Internacional Comunista y dejó una tremenda herencia de equívocos de la cual hasta ahora no nos hemos librado.

La oligarquía terrateniente e intermediaria de la Argentina ha sido, es y será hasta que desaparezca, liberal y partidaria de la democracia representativa occidental al extremo de recurrir al fraude y la violencia para defenderla. Unicamente obligada, cuando la ola popular se tornaba amenazadora, se decidió por la dictadura del general Uriburu en reemplazo del "demagogo" y "tirano" Yrigoyen, pero pronto buscó el equilibrio tradicional en el gobierno "democrático" del general Agustín P. Justo, y al perder de nuevo el poder con la "tiranía" del "demagogo" Perón, aplaudió a Lonardi, a Aramburu, a Frondizi, a Guido y a Illia, en tanto defendían al país de nuevas irrupciones de la chusma. Sus dos órganos de opinión por excelencia —*La Prensa y La Nación*- son de nacimiento demoliberales y a la hora del fascismo se hicieron antifascistas. ¿Y no llevaron la guerra contra el nazifascismo las burguesías imperialistas anglosajonas que oprimen a América Latina?

¿Dónde descubría entonces el Partido Comunista al fascismo en la Argentina? Había, por supuesto cuatro locos sueltos que aspiraban a ser los Duce del país, pero vivían tan en las nubes como Ghioldi o Codovilla. El Partido Comunista y el Secretariado Sudamericano de la Internacional Comunista descubrían el fascismo en los movimientos nacionalistas populares dirigidos por la burguesía o la pequeña burguesía.

Tildaban de fascistas a los gobiernos surgidos de la revolución mexicana, los de Calles, Portes Gil y Ortiz Rubio, y daban instrucciones para luchar contra los "fascistas mexicanos". A Jesús Flores Magón, precursor, con su hermano Ricardo, de la revolución mexicana,[11] al pintor Diego Rivera, al escritor peruano Esteban Pavletich, que fue secretario del guerrillero nicaragüense Sandino, y a los restantes fundadores de un Partido Comunista dentro del proceso revolucionario de México, los llamaban

"los perros del comunismo autóctono al servicio del fascismo",[12]

y se burlaban de ellos porque querían edificar

"un Partido Comunista autóctono, nacional, fuera de la dirección e influencias extranjeras".[13]

No es extraño que Hipólito Yrigoyen provocara la iracundia de esos esquizofrénicos dominados por la idea fija de que la no admisión del modelo soviético equivalía al fascismo. La petulancia de los asesores rusos que creían saberlo todo porque su país era el hogar de la primera revolución socialista se combinaba con la conciencia colonial de los hombres seleccionados para mirar América Latina con ojos soviéticos.

¿Qué elementos de juicio hacían valer para caracterizar de fascista a un gobierno? En primer lugar, la represión y el terrorismo, pero éstos son exteriorizaciones de un régimen dictatorial o tiránico, no la esencia del régimen, puesto que de serlo habría sido fascista la dictadura de Stalin. En segundo lugar, sus vinculaciones con el imperialismo, pero como acabamos de ver, los gobiernos demoliberales suelen representar más cabalmente al imperialismo y a la oligarquía que las dictaduras. ¿Qué queda entonces? Nada más que el traslado mecánico a nuestro país de una categoría política emanada del carácter particular que asumía en Italia la dictadura del capital financiero y de los monopolios. Basta pensar que, de no haber aparecido el fascismo en Europa, a nadie se le ocurriría hablar de fascismo en la Argentina, México, Chile, Brasil y el resto de América Latina. Era posible imitar los gestos y actitudes del Duce y las apariencias externas de su régimen, pero ningún hombre, por poderoso que sea, es capaz de transvasar la realidad de la historia y de los hechos de un país a otro, como se cambia el contenido de una vasija.

Lo menos que puede decirse de los husmeadores del fascismo es que ignoraban tanto a la dialéctica como a la sociedad argentina. Todavía siguen husmeándolo bajo las piedras de cada golpe de Estado y en cada expresión de nacionalismo.

En las relaciones políticas rige la reciprocidad. De los gobiernos que llamaban fascistas movilizando todas las fuerzas a su alcance para desprestigiarlos, debilitarlos, aislarlos e intentar derrocarlos, no podían esperar los comunistas legalidad, concesiones o acuerdos de ninguna naturaleza. Y esta intransigencia que provocaban en los gobiernos hacia ellos era un motivo más para acusarlos de fascistas. Se encerraban en un círculo vicioso y se condenaban a ser una minoría sectaria y vociferante.

Examinemos ahora la posición del Partido Comunista frente al yrigoyenismo. Su VIII Congreso (1de noviembre de 1928), que se reunió pocos días después de asumir Hipólito Yrigoyen el poder, definió al gobierno de éste como "demagógico" y "antiobrero". Este juicio corresponde a la Tesis número 20 sobre la situación económica y política, Tesis que fue falsificada por el *Esbozo*, como se documenta a continuación:

Esbozo[14]

"Con el advenimiento de la ley Sáenz Peña prodúcese una modificación importante, acentuada en el curso del anterior gobierno de

Tesis[15]

"Con el advenimiento de la ley Sáenz Peña prodúcese una modificación importante, acentuada en el curso del

Yrigoyen: su tendencia a sostener los intereses específicos de la naciente burguesía industrial, apoyándose siempre en la pequeña burguesía y en parte de las masas obreras, *lo que le hace jugar un papel progresista*".

anterior gobierno de Yrigoyen: su tendencia a sostener los intereses específicos de la naciente burguesía industrial, apoyándose siempre en la pequeña burguesía y en parte de las masas obreras, *pues aquella cuantitativamente es insignificante. Su demagogia se explica por la necesidad de conquistarse ese punto de apoyo. El yrigoyenismo es antiobrero: Santa Cruz, la semana de enero, lo prueban. Mientras hay relaciones relativamente pacíficas entre proletariado y burguesía, puede el yrigoyenismo realizar con éxito su demagogia; cuando la lucha de clases asume proporciones vastas y se ahonda, el yrigoyenismo muestra su verdadera faz y acude a las represiones más sangrientas. Entra en aquella demagogia la* FRASE *antimperialista: sus iniciativas petroleras —que no significan el monopolio ni pueden significarlo en las condiciones del país, sino sobre la base de otras medidas que impliquen realmente la ruptura con el imperialismo — así como la amenaza de una guerra de tarifas y la libertad de manos que se toma en la decisión relativa a la Sociedad de las Naciones, no son otra cosa que la captación de una serie de factores e instrumentos que permitan mejor negociar un compromiso con el imperialismo".*

Esta estafa a la buena fe del afiliado y del lector nos exime de mayores comentarios sobre el nivel moral de quienes no retroceden ni ante la falsificación de su propia historia para exhibirse como los únicos abanderados puros de un proletariado que los repudia. Serían necesarios la paciencia y el largo ocio de monjes benedictinos para descubrir las huellas de los disparates, los errores y las traiciones que los codovillistas tratan de borrar a medida que su oportunismo los adapta a las nuevas circunstancias.[16]

Un análisis a fondo de las Tesis del VIII Congreso —no de la versión codovillista de veinte años después—[17] lleva á la conclusión de que, por una parte, centraban la estrategia en "la lucha por la emancipación de los pueblos latinoamericanos del yugo imperialista", y, por otra parte, creaban las condiciones para que esa lucha se frustrara.

¿Cuáles eran los puntos de partida de una auténtica emancipación económica nacional? El "sólido cimiento del desarrollo industrial", respondía el coronel Vicat y daba por sobreentendidas las vías capitalistas. Pero las Tesis del VIII Congreso afirmaban:

"No hay la gran industria. A esto se oponen: la presión del imperialismo, que es decisiva; la falta de carbón, hierro, la concurrencia que sufre la Argentina de países económicamente similares y la falta de capital de base; el carácter parasitario del capital argentino arrinconado en las cajas de ahorro. Naturalmente, hay la probabilidad de un limitado desarrollo industrial no dirigido contra el imperialismo, y que no podría significar ni remotamente, el fundamento de una pretendida independencia económica del país. Se sobreentiende que ese desarrollo industrial no modifica la característica esencial de la economía nacional: agropecuaria".[18]

Las Tesis cerraban todas las posibilidades del desarrollo industrial (por la "decisiva" presión del imperialismo, la falta de carbón y hierro, la competencia extranjera, el carácter parasitario del capital argentino). Concebían la existencia de un

"relativo desarrollo industrial que no se verifica en línea contradictoria con el imperialismo".[19]

Y se oponían, a la vez, al proteccionismo aduanero, porque

"significa el hambreamiento de las grandes masas, del proletariado y del campesinado en primer término".[20]

Era el *argumento del consumidor* que esgrimían Juan B. Justo y sus discípulos desde fines del siglo XIX, argumento librecambista que sacrificaba la industrialización a favor del interés momentáneo e inmediato del consumidor (que con la libre importación podía comprar artículos extranjeros baratos, de calidad y en abundancia), pero que a no muy largo plazo se volvía en contra de las grandes masas como trabajadoras (paralización del proceso expansivo de la economía nacional, falta de nuevas fuentes de trabajo, desempleo y su incidencia en la baja de los salarios) y también como consumidoras (pues la industria nacional, protegida en los primeros pasos igual que en cualquier país del mundo, tiende a mejorar y aumentar la producción y a abaratar los precios competitivos en el mercado interno). El *argumento del consumidor* pertenece tradicionalmente a los terratenientes e importadores, es decir, a los sectores parasitarios de la sociedad argentina que resisten el abandono de una orientación económica de esencia agroexportadora y llaman *artificiales* a las industrias de capital nacional que necesitan la protección del Estado para iniciarse o defenderse de la competencia extranjera.

Las Tesis admitían que

"el yrigoyenismo tiene constitución heterogénea: hay en su seno representantes de la burguesía agropecuaria, de la burguesía industrial, de la pequeña burguesía",[21]

y desechaban que hubiera obreros en sus filas, cuando bastaba analizar la composición de las fuerzas yrigoyenistas para comprobar que incluían, en el conjunto del país, un número incomparablemente mayor de obreros urbanos y rurales que los partidos Socialistas y Comunistas reunidos. Dirán que los obreros yrigoyenistas no tenían conciencia de clase. En páginas anteriores hemos analizado la relación que la conciencia debe tener con la espontaneidad para ser auténtica y fecunda, y en el último cuarto de siglo se ha puesto en evidencia que los obreros con conciencia de clase y espíritu nacionalista revolucionario están fuera y no dentro de los partidos de izquierda.

Suprimidos en la imaginación los obreros como integrantes del yrigoyenismo, o aceptada únicamente la presencia dentro de él de "parte de las masas obreras" sin conciencia de clase, y declarada inerte a la pequeña burguesía, las Tesis dejaban en manos de la naciente burguesía industrial, "cuantitativamente insignificante", el dominio y la conducción del gran movimiento popular acaudillado por don Hipólito, pero de una burguesía industrial que practicaba una "común política económica" con la oligarquía terrateniente y los imperialismos.

Del análisis abstracto de las Tesis se derivaban dos conclusiones:

1) que Yrigoyen era un "demagogo", cuyos "hechos" traicionaban sus "frases", y
2) que Yrigoyen marchaba hacia el "unicato", forma de "semidictadura" contra las masas y para consolidar el poder de la burguesía industrial, de la oligarquía terrateniente y del imperialismo extranjero.

Tal fue el "aporte ideológico" del Partido Comunista a la creación del clima político y moral que preparó la caída de Hipólito Yrigoyen el 6 de setiembre de 1930. Lo pagó al altísimo precio de las persecuciones que sufrió bajo la dictadura del general Uriburu.

Siete meses después del VIII Congreso del Partido Comunista de la Argentina se reunió en Buenos Aires (1al 12 de junio de 1929) la Primera (y única) Conferencia Comunista Latinoamericana. Es en alto grado significativo que el *Esbozo* pase como sobre brasas por ella si se tiene en cuenta que fue preparada con sumo cuidado y varios meses de antelación, figurando como memorable acontecimiento en la historia del comunismo en el continente.[22] Las razones son obvias. Habría que someter sus conclusiones a una expurgación y a una adulteración aun mayores de las que fueron víctimas las Tesis del VIII Congreso, y los testigos sobrevivientes de otros países latinoamericanos son numerosos todavía. Por eso el Esbozo le dedica apenas cincuenta líneas puramente informativas de lo que conviene saber en los términos más generales. *La Correspondencia Sudamericana* anunciaba su convocatoria así:

"El Secretariado Sudamericano de la Internacional Comunista, de acuerdo con el Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, continúa la preparación de la Primera Conferencia de los Partidos Comunistas de la América Latina. Esa conferencia deberá tener una importancia enorme y una influencia grandiosa para el desarrollo ulterior del movimiento revolucionario en esta parte del continente.[23]

El orden del día era el siguiente:

"I. *La situación internacional, los peligros de guerra, los países de América Latina*. Informante: compañero *Victorio Codovilla*.

"II. *La lucha antiimperialista y los problemas de táctica de los Partidos Comunistas de la América Latina*. (Carácter de la revolución; blocks obreros y campesinos; aliados del proletariado). Informante: *Rodolfo J. Ghioldi* (Argentina). Coinformantes: un compañero del Partido Comunista de México, uno de Colombia, uno de Chile.

"III. *Cuestión campesina*. Informante: un compañero de México. Coinformantes: un compañero de Brasil, uno de la Argentina y uno de Ecuador.

"IV. *El problema de razas en América Latina*. Informante: un compañero del Perú. Coinformantes: un compañero de Brasil y uno de Cuba.

"V. *Trabajo de la Liga Antimperialista*. Informante: un compañero de México. Coinformante: un compañero de la Argentina.

"VI. *Cuestión sindical*. Informante: compañero *Eugenio Gómez* (Uruguay). Coinformantes: un compañero de Chile, uno de la Argentina y uno de México.

"VII. *Movimiento de la Juventud Comunista*. Informante: compañero *Edmundo Ghitor* (Argentina). Coinformantes: un compañero de México y otro del Uruguay.

"VIII. *Cuestiones de organización*. Informante: un compañero del Brasil. Coinformantes: un compañero de la Argentina, uno de México y uno de Chile.

"IX. *Trabajo del Secretariado Sudamericano*. Informante: compañero *Victoria Codovilla*[24]

A los delegados argentinos se les asignaba un papel relevante, en especial a Victorio Codovilla, que debía abrir y clausurar la conferencia.

A pesar de la preponderancia de los comunistas de la Argentina en la preparación, la organización y la realización de la conferencia, los problemas de nuestro país se sacaron de la esfera local y se estudiaron en función del continente. El proyecto de Tesis mencionaba:

"un conjunto de caracteres generales comunes que permiten hacer un análisis de conjunto".[25]

Señalaba un progreso al colocar la perspectiva revolucionaria de la Argentina dentro de la perspectiva revolucionaria de América Latina, pero traía la consecuencia negativa de atribuir a nuestro país "caracteres generales" que no le correspondían. Del descubrimiento en algunas regiones de modos de producción y relaciones de clase con aspectos feudales típicamente latinoamericanos, se infirió por equivocada comparación formal la existencia en la pampa argentina, colonizada por el capitalismo, de un feudalismo semejante al del medioevo europeo. Años antes, en las páginas de *La Correspondencia Sudamericana* se había formulado esta opinión absolutamente justa:

"Las características fundamentales de la agricultura en la Argentina consisten en el cultivo extensivo y el trabajo asalariado, circunstancias éstas que le quitan todo carácter de industria familiar, para rodearla de muchos de los aspectos propios de la gran producción industrial [,..] El agricultor-tipo de la Argentina, esto es, el arrendatario, es, en realidad, un pequeño capitalista, cuya hacienda reúne casi todas las características del pequeño industrial que, como se sabe, está condenado a desaparecer absorbido por la gran industria, en unos casos, y arruinado por la competencia, en otros".[26]

A partir de 1930, el Partido Comunista adoptó la teoría del modelo feudal que metamorfoseaba a los estancieros en condes, duques y marqueses y a los arrendatarios en poco menos que siervos de la gleba, pero como el modelo resultaba escandalosamente distinto de la realidad, se le hicieron algunos injertos y quedó en semifeudal o feudalburgués, régimen híbrido que si no se parecía mucho al existente en la tierra pampeana, tenía la ventaja de salvar la cabeza de algunos funcionarios demasiado enamorados de los esquemas. Al caracterizar el modo de producción preponderante en la Argentina como feudal, semifeudal o feudalburgués, se provocaron errores en cadena, relacionados entre sí por una perfecta lógica aristotélica. La concatenación de conceptos que emana de un primer concepto falso determina que todos los conceptos deducidos sean falsos, aunque el razonamiento sea incuestionable. Si el régimen era feudal, o no completamente capitalista, había que luchar por una revolución antifeudal de tipo democraticoburgués, además de antimperialista, porque los feudales estaban asociados al imperialismo, pero como el capitalismo no existía o apenas existía y era débil, no se podía confiar en la burguesía nacional también débil e inconsecuente, ni en la pequeña burguesía vacilante, sino únicamente en los obreros aliados a los campesinos (esto es, a los chacareros que eran arrendatarios o propietarios capitalistas, por más que el esquema los disfrazara de siervos) para hacer la revolución democraticaburguesa que los burgueses no querían por estar comprometidos con el imperialismo y la oligarquía feudal, de lo que se infería que los obreros debían hacer una revolución burguesa contra la oligarquía feudal, el imperialismo y... la burguesía.

El lector que haya tenido la paciencia de interpretar la *aporía* que acabamos de exponer, y carezca de experiencia de la vida del Partido Comunista, pensará que estamos inventando o que describimos un mundo de seres alucinados. Sin embargo, ese encadenamiento lógico de puros conceptos fuera de la práctica humana es lo peculiar de la metodología racionalista del Partido Comunista. ¿A qué debe atribuirse el extraordinario fenómeno psicológico? Se debe a que los comunistas, enajenados a la Internacional Comunista mientras existió y al paradigma soviético siempre, consideran a la Argentina una cosa, un número, un concepto, y no una realidad viva y, por lo tanto, contradictorias en la cual hay que estar inmerso para entenderla y modificarla. La ven desde afuera y no desde adentro, como parte de ella. Y por esto son

eternas minorías desconectadas del proceso histórico-social del país, aferradas a la última ambición de sobrevivir en una sociedad preñada de fuerzas revolucionarias que no las tienen en cuenta.

Si fuera posible computar los afiliados golondrinas que entraron y salieron del Partido Comunista desde su fundación hace casi medio siglo, el resultado sería asombroso. Esto quiere decir que tiene atractivo, sobre todo para los jóvenes; el atractivo del futuro socialista y del pensamiento dialéctico que desenajena de los encasillamientos y categorías inmóviles de la vieja lógica formal. Pero los miles y miles de obreros, empleados, estudiantes y profesionales que buscaron en el Partido Comunista su propia realización como revolucionarios tarde o temprano se alejaron de él desilusionados, cuando no quebrados política y moralmente, bajo el peso de las calumnias que los dirigentes inamovibles dispensan con generoso gesto de despedida a quienes los desobedecen y abandonan. Esta autofagia practicada años y años por el pequeño grupo administrativo se manifiesta hoy en que el Partido Comunista es más débil en cantidad y calidad que hace cuatro décadas, si lo estimamos en función del aumento de los habitantes del país y del desarrollo de las condiciones revolucionarias objetivas, y en el proceso de degeneración ideológica y política que lo ha convertido en una empresa dirigida por la comisión de finanzas.

La Primera Conferencia Comunista Latinoamericana, no obstante las explosiones de delirante izquierdismo que examinaremos en seguida, se realizó a un nivel no alcanzado posteriormente por el codovillismo.

El proyecto de Tesis hacía una clara y documentada caracterización de los imperialismos británico y norteamericano, y de sus rivalidades en América Latina, tanto más importante cuanto que la Conferencia se reunió poco tiempo antes del estallido de la crisis general del capitalismo de 1929-1931 y cuando el imperialismo británico entraba en rápida decadencia y desarticulación. Recordaba que en vísperas de la guerra de 1914-1918 Inglaterra

"gozaba de una hegemonía incontestable, que dejaba muy lejos detrás de ella, a los Estados Unidos y los demás Estados imperialistas que se esforzaban también por penetrar en América Latina".

Calculaba las inversiones británicas de aquella época en unos mil millones de libras esterlinas (en grandes propiedades agrarias, transportes, minas, empréstitos, obras públicas, etcétera). Luego describía estadísticamente el retroceso del imperialismo británico y el avance del imperialismo norteamericano. Las inversiones del segundo eran en 1927 un 300 por ciento superiores a las de 1913, mientras que las del primero sólo crecieron en un 15a 20 por ciento durante igual periodo.

"El imperialismo yanqui conquista rápidamente la hegemonía —señalaba-. El término medio anual de las inversiones de capital yanqui desde el fin de la guerra imperialista (1914-1918) es cinco veces superior, aproximadamente, al de las inversiones británicas. La tendencia del desenvolvimiento está, pues, netamente orientada hacia la hegemonía del imperialismo yanqui en América Latina".

De la acelerada penetración economicofinanciera del imperialismo norteamericano en América Latina infería la mayor intervención política de los Estados Unidos en los asuntos internos de nuestro continente. Esto era cierto en términos generales, pero ¿podía ponerse en la misma bolsa a Yrigoyen de la Argentina, Ibáñez de Chile, la pequeña burguesía liberal revolucionaria del Brasil, Calles de México, Machado de Cuba, Gómez de Venezuela y demás gobernantes del continente y decir que todos representaban el papel de títeres de los Estados Unidos? Con tan rotunda aseveración se perdía de vista que los gobiernos latinoamericanos surgían de procesos politicosociales internos y que por más sumisos que fuera la mayoría de ellos a los Estados Unidos existían contradicciones entre cada país y el

imperialismo que no podían soslayarse si se quería llevar adelante una política antimperialista.

América Latina aparecía, en el proyecto de Tesis, como "un vasto dominio colonial[1,] instrumentado por los Estados Unidos, a través de las oligarquías terratenientes y, allí dónde las había, de las burguesías nacionales. Y en lo referente a las consecuencias de la industrialización decía:

"El rápido desenvolvimiento industrial de América Latina refuerza, al mismo tiempo que su dependencia hacia el imperialismo, la clase obrera industrial que se transforma en el factor revolucionario esencial en la lucha contra el imperialismo y que arrastrará y guiará la masa de obreros agrícolas y de campesinos explotados en esta lucha".

De manera que, según el proyecto, cuanto más industrialización más dependencia del imperialismo debido a sus inversiones directas o a la mayor preponderancia de la burguesía nacional subordinada a él. Los nacionalistas burgueses y pequeños burgueses (militares, empresarios, profesionales) de algunos países latinoamericanos (Argentina, Brasil, Chile, México) pensaban exactamente lo contrario: que el desarrollo de los procesos de industrialización existentes, las nacionalizaciones y la edificación de una industria pesada sobre bases nacionales conducirían a la independencia económica.

En las izquierdas latinoamericanas se abrió una polémica que aún no ha concluido, pese a que la experiencia de tantos años y de tantos fracasos suministra definitivos elementos de juicio. Se resume en la siguiente pregunta: ¿la emancipación económica de nuestros países de la opresión y la explotación del imperialismo extranjero debe ser la tarea exclusiva de la clase obrera aliada a los campesinos (y a la pequeña burguesía: estudiantes, profesionales, etcétera) o compromete también a la burguesía nacional industrialista?

La disyuntiva carece de sentido si se da como finalidad táctica central la conquista de la hegemonía del movimiento revolucionario por la clase obrera. En tal caso la viabilidad o no viabilidad de los aliados es un problema práctico que se resuelve en función de la conducta de ellos frente a la revolución y de la capacidad de los dirigentes revolucionarios para ganarlos a su causa. En nuestros países la revolución nacional antimperialista lleva a la lucha a clases sociales con distintos intereses, unas que miran hacia el capitalismo y otras que miran hacia el socialismo, y es dentro de ese movimiento policlasista que la clase obrera debe conquistar su hegemonía. Fuera del movimiento policlasista (y más aún contra él) se condena al aislamiento y a la esterilidad, y como siente y comprende que es así, hace oídos sordos a las diversas sectas que la instan a separarse del conjunto. Tampoco la clase obrera acepta la invitación de grupos que se dicen partidarios o copartícipes del movimiento policlasista nacional revolucionario pero que pretenden dirigirlo desde el exterior de él o superarlo sin entrar en él o divorciarlo de sus líderes naturales. Como la clase obrera es ingénitamente antisectaria y realista, las sectas predican en el vacío.

La conquista por el proletariado de la hegemonía del movimiento nacionalista popular revolucionario es el nudo gordiano que no se desata echándole a la burguesía el muerto por los fracasos o, a la manera trotskista y codovillista, agraviando a medio mundo. Aquí viene al pelo mencionar otra *aporía* que parte de un concepto nacido de la pura soberbia: "Somos la vanguardia del proletariado, porque somos marxistas-leninistas y, en consecuencia, Heríamos las condiciones para ser los únicos que debemos encabezar y dirigir al proletariado a la conquista de su hegemonía en el movimiento revolucionario." Como advertirá el lector, la inversión de los términos es total, pues en vez de ganar humildemente la confianza y la dirección de la clase obrera con una política revolucionaria traducida en hechos y demostrarle en la práctica la verdad de la dialéctica materialista, los sectarios le exigen que crea en ellos, porque ellos representan al marxismo-leninismo y son, por eso, la vanguardia del proletariado. Infinidad de veces se repitió en los últimos años esa invitación a la fe y siempre

con igual resultado: unos cuantos obreros se encandilaron y la inmensa mayoría no se dio por enterada.

Esta actitud fideísta, avalada por el espaldarazo de la Internacional Comunista, explica que el proyecto de Tesis que comentamos dispusiera que

"la consigna política central debe ser la del GOBIERNO OBRERO Y CAMPESINO",

y que

"la consigna de orden general para la América Launa debe ser: UNIÓN FEDERATIVA DE LAS REPUBLICAS OBRERAS Y CAMPESINAS DE AMERICA LATINA".

¿No eran perfectamente lógicas ambas consignas si se suponía que en México las leyes de reforma agraria, de nacionalización del subsuelo y de protección al trabajo, así como "las luchas contra los grandes terratenientes; la Iglesia y el imperialismo extranjero", no pasaban de maniobras demagógicas de la pequeña burguesía "para conservar la confianza de las masas", que en la Argentina el presidente Yrigoyen resultaba a fin de cuentas un demagogo burgués que engañaba a las masas con la nacionalización del petróleo y una política social exclusivamente electoralista, y que en el resto de América Latina sólo había siniestros seductores burgueses y pequeñoburgueses que usaban sus malas artes para distraer al proletariado de la revolución social?

La realidad, siempre dinamizada por contradicciones internas que escapaban a la rigidez de la lógica formal, mostraba una cara muy diferente. Hasta el proyecto de Tesis lo reconocía. Salvo en Argentina y Uruguay, en 1929 América Latina vivía en ebullición, y pronto también Argentina y Uruguay entrarían en el concierto disonante de los pueblos rebeldes a las fórmulas importadas; dejarían de ser "repúblicas modelos". El proyecto describía así la situación general de ese momento:

"La revolución mexicana que se inició con la lucha revolucionarla de los campesinos por la posesión de la tierra, contra los grandes terratenientes, que ha tomado el carácter de una lucha de masas" contra el imperialismo, contra los terratenientes y contra la Iglesia, y, que ha conducido a un gobierno de la pequeña burguesía en lucha contra las insurrecciones contrarrevolucionarias fomentadas por los Estados Unidos, los terratenientes y la Iglesia; las insurrecciones campesinas por la posesión de la tierra en Ecuador contra el gobierno de los terratenientes del litoral, de los banqueros y de la burguesía comercial de Guayaquil, que condujeron al golpe de Estado militar dictatorial de 1925, contra el que las masas campesinas han continuado sublevándose; los sucesivos golpes de Estado militares en Chile que han hecho pasar el poder por turno a la pequeña burguesía revolucionaria apoyada por la clase obrera, a los grandes terratenientes y a la burguesía industrial nacional. Sublevación armada de Nicaragua contra el imperialismo yanqui, insurrecciones sucesivas en el sur del Brasil, sublevación de los obreros agrícolas de Patagonia en Argentina, de los indios de Bolivia, en el Perú, en el Ecuador y en Colombia motines y huelgas generales espontáneas, manifestaciones en masa en Venezuela y en Colombia. Movimiento antiimperialista de masa en Cuba, en toda la América Central, en Colombia, tentativas de golpes de Estado en Guatemala, etcétera."

El proyecto no podía ser más explícito al referirse a México: "un gobierno de la pequeña burguesía en lucha contra las insurrecciones contrarrevolucionarias fomentadas por los Estados Unidos, los terratenientes y la Iglesia." Este juicio se publicó en *La Correspondencia Sudamericana* de mayo de 1929; tres meses antes, el 3 de marzo, había estallado una de esas insurrecciones contrarrevolucionarias, la de los generales Aguirre Manzo, Topete, Caraveo y Escobar, semejante a las de 1923 y 1927. Y pequeñas bandas reaccionarias, capitaneadas por curas, asolaban al país desde 1926.

A fines del mismo año, después de celebrada la Primera Conferencia Comunista Latinoamericana y en circunstancias tan difíciles para el gobierno de México, el Partido Comunista de ese país constituyó el Bloque Obrero y Campesino y le asignó la tarea de

conquistar el poder. El propósito era desmedido, dada la relación de fuerzas entre el gobierno y el Bloque, pero éste representaba un grave elemento de diversión que objetivamente favorecía a los contrarrevolucionarios. El presidente Emilio Portes Gil reprimió con la misma mano dura que a los rebeldes de derecha a los de izquierda. La respuesta de la Internacional Comunista y de su secretariado sudamericano fue inmediata: no solamente el gobierno de Portes Gil (1928-1930), sino también el de su antecesor, Plutarco Elías Calles (1924-1928), les merecieron el calificativo de "fascistas". Y seguirían llamando "fascistas" a los presidentes posteriores: Pascual Ortiz Rubio (1930-1932), Abelardo Rodríguez (1932-1934) y, durante los primeros años de su mandato, a Lázaro Cárdenas (1934-1940). A Diego Rivera, Jesús Flores Magón y demás dirigentes del Partido Comunista que hemos ya mencionado los denominaban

"los instrumentos directos del gobierno fascista".[27]

El secretariado sudamericano exhortó a los comunistas de todo el mundo a hacer demostraciones de protestas frente a las representaciones diplomáticas de México. Hubo atentados contra embajadas y legaciones mexicanas en Buenos Aires, Amsterdam, Estocolmo, Montevideo y otras ciudades.

En un libro de memorias políticas, el ex presidente Portes Gil explica el alcance y las modalidades de esa campaña de oposición a su gobierno organizada por los comunistas dentro y fuera de México, y las causas que lo indujeron a suspender las relaciones con la Unión Soviética.[28] Comenta informes del ministro mexicano en Moscú, licenciado Jesús Silva Herzog, futuro historiador de la revolución mexicana, maestro revolucionario de varias generaciones, con estas palabras:

"Desde hacía ya algunos meses, nuestro ministro en Moscú -el señor profesor Jesús Silva Herzog— rendía informes sobre lo difícil que venía haciéndose el desempeño de su misión diplomática; pues el espionaje que el gobierno soviético hacía sentir en torno del personal de nuestra legación llegaba a asumir caracteres irritantes. A esto se agregaban los ataques sistemáticos que, en las sesiones del Partido Comunista de Moscú, se hacían al gobierno de México, acusándolo de ser un instrumento del imperialismo americano y de la burguesía por el solo hecho de que no se permitía al pequeño grupo llamado comunista, de la ciudad de México, cometer la serie de violencias y desórdenes que a diario intentaba llevar a cabo en las calles y en las plazas, por medio de la celebración de mitines en que se pretendía atacar de manera soez a altos funcionarios de la Federación. En varias ocasiones llamé personalmente la atención del doctor Makar [ministro de la URSS], haciéndole ver lo inconveniente de la conducta de su gobierno, al otorgar un eco a los gritos de auxilio que los supuestos comunistas mexicanos lanzaban desde el territorio nacional, gritos que Moscú acogía con vehemencia paternal a la vez que ordenaba a sus huestes de todo el mundo ejecutar en contra de nuestras legaciones verdaderos actos de violencia".[29]

E1 presidente Portes Gil le manifestó al ministro Makar:

"Hasta ahora los únicos amigos sinceros de la URSS son México y China; sobre todo México, al que nada ha importado el exponerse a una acción desfavorable del gobierno americano".[30]

Meses más tarde, el gobierno de México suspendía sus relaciones con la URSS,

"dejando a salvo los sentimientos de consideración que sentía por el pueblo de Rusia que, como el pueblo de México, tanto se había distinguido en sus luchas por la libertad".[31]

Recuerda finalmente Portes Gil:

"No se había iniciado aún la política aconsejada por Dimitrov en la Tercera Internacional, consistente en tolerar y respetar a los regímenes de las demás naciones [...].”[32]

A la luz de los episodios mexicanos y de la línea internacional que los motivó se esclarece la posición del Partido Comunista de la Argentina frente a Yrigoyen. En 1929-1930 no se había definido aún la lucha entre Stalin y la oposición (los procesos de Moscú fueron posteriores), por lo cual los codovillistas disculpan las tremendas desviaciones contrarrevolucionarias alegando que fueron responsables de ellas los trotskistas introducidos en el secretariado sudamericano, en primer lugar un ex secretario de Zinoviev, conocido con el seudónimo de Rústico, cerebro del secretariado y fusilado durante las purgas. La coartada carece de valor, pues estamos estudiando las nefastas consecuencias que tuvo en América Latina una política internacional sedicientemente revolucionaria y no nos interesa salvar la responsabilidad de unos cuantos funcionarios obsecuentes a Moscú.

La Primera Conferencia Comunista Latinoamericana abrió sus sesiones el 1.° de junio de 1929 con un discurso del uruguayo Eugenio Gómez, quien dijo que las deliberaciones se iniciaban

"en los precisos momentos en que el imperialismo, y las burguesías nacionales vendidas a él, intensifican su acción contra el proletariado, imponiendo condiciones de vida cada vez más miserables; en momentos en que los peligros de guerra se agudizan en América Latina".[33]

Del informe central, a cargo de Victorio Codovilla, sobre *La situación internacional de América Latina y los peligros de guerra,* se destacan los siguientes puntos:[34]

1) No existe un desarrollo independiente del capitalismo nacional en América Latina, porque

"la 'industrialización' se ha realizado justamente bajo la influencia del imperialismo yanqui, especialmente en los países más evolucionados económicamente",

y en la Argentina

"cuya economía ha sido deformada casi exclusivamente por el imperialismo inglés, durante la guerra [de 1914-1918] aumentó su producción de cereales y ganado para abastecer a los ejércitos aliados", pero "toda otra rama de la vida económica nacional quedó paralizada, y eso, mientras produjo ganancias fabulosas para la burguesía agropecuaria y los 'compradores', determinó la pauperización de ciertas capas del campesinado y una crisis de trabajo".

Codovilla sólo concebía la "industrialización" (así, entre comillas, para negarle importancia) y el desarrollo "progresista" (también entre comillas) del capitalismo nacional en función de las inversiones norteamericanas, es decir dentro de un proceso de colonización y no de emancipación económica. Este escepticismo con respecto a las posibilidades de industrializar a la Argentina fuera del modelo socialista, sin gobierno obrero y campesino, contenía una negatividad esterilizadora que habría de revelarse plenamente cuando el codovillismo se alió a los sectores agroexportadores en su oposición a la política nacional-industrialista del general Perón.

Era cierto que había fábricas de capital norteamericano (frigoríficos, química, textiles, barnices, electricidad, gomas, metales), de capital inglés (frigoríficos, química, textiles, metales, gomas, pinturas y barnices), de capital alemán (electricidad, metalurgia,

construcción, máquinas)^ de capital francés, capital italiano, de capital holandés, etcétera. Y también que para el funcionamiento de la industria (nacional y extranjera) debía importarse gran parte del combustible (carbón y petróleo), máquinas, metales, maderas, caucho y productos químicos. Pero el quid de la cuestión residía en establecer si para invertir a favor de la Argentina el proceso de industrialización había que desarrollar la débil y desamparada industria de capitales nacionales, Cenicienta de nuestra economía, y nacionalizar los mandos economicofinancieros (bancos, transportes, comercio exterior), o pasar directamente al socialismo mediante la expropiación de las empresas argentinas y extranjeras. Los comunistas se pronunciaban por ésta última posibilidad, mientras que los militares, con los pies sobre la tierra, bregaban por la primera y, sin quererlo ni desearlo, acercaban al país al socialismo por el camino de la industrialización y de las nacionalizaciones, camino que los comunistas cerraban con su extremismo infantil típicamente pequeñoburgués. El abrazo de Codovilla con míster Braden y los conservadores tiene, pues, antecedentes históricos.

Como es habitual en los dogmáticos, los materiales del Partido Comunista tratan de adaptar la realidad a sus esquemas y por eso niegan la existencia de un proceso de industrialización sobre bases nacionales que se inició a fines del siglo pasado y se desarrolló durante la Primera Guerra Mundial por la necesidad de sustituir importaciones. La industria nacional avanzó en pugna con las importaciones y si hubo fábricas que se rindieron ante las inversiones extranjeras, la tendencia hacia la autoindustrialización no pudo ni podrá ser anulada.

En el libro *¡Por la libertad y por la independencia de la Patria!* y en el folleto *Los monopolios imperialistas en la, Argentina*,[35] el Partido Comunista insistió en su desprecio de las inversiones de capital nacional y en presentar a la economía del país totalmente dominada por intereses extranjeros. Este empecinamiento en negar la existencia de una base industrial propia, por mínima que sea, coincide con la política antiindustrialista de la oligarquía terrateniente y de los intermediarios.

Decía Codovilla en el Informe de 1929:

"En América Latina, la penetración imperialista, tanto inglesa como yanqui, no ha jugado un rol progresista, sino que ha servido para deformar la vida económica de esos países; no ha desarrollado las relaciones capitalistas, manteniendo la explotación semifeudal y semiesclavista de las masas trabajadoras".[36]

Dieciséis años después declaraba:

"Las condiciones internacionales de cooperación entre los grandes países capitalistas y entre éstos y la URSS para la creación de un mundo mejor indican que Estados Unidos e Inglaterra han de llegar a un acuerdo con respecto a la política económica a seguir en América Latina, a fin de contribuir al desarrollo económico, político y social de nuestros países en un sentido progresista y sin apoyarse en uno u otro sector oligárquico dispuesto a entregar las riquezas del país a una u otra empresa, a uno u otro monopolio extranjero, con tal que se reconozca a su gobierno dictatorial que oprime y esclaviza a su pueblo".[37]

La primera proposición reflejaba el pensamiento del Secretariado Sudamericano de la Internacional Comunista a fines de la tercera década de este siglo: la segunda proposición, repetida corno un eco por los dirigentes comunistas de toda América Latina, era la copia casi textual de la tesis expuesta en 1944 por el secretario del Partido Comunista de los Estados Unidos, Earl Browder, en su tristemente famoso libro *Teherán*,[38] que reclamaba el derecho de su país a la conducción del mundo.

La bipolaridad refleja del pensamiento de Codovilla se manifestaba en el salto de uno a otro error. Desde el punto de vista histórico, el capital imperialista no cumplió en la Argentina una función absolutamente progresista, ni absolutamente opresiva y deformante. Vino a desviar a nuestro país de su desarrollo natural y a adaptarlo a sus necesidades de materias primas y alimentos y de un mercado para sus artículos industriales, o,

posteriormente, a invertir en los sectores básicos, pero desarrolló, a medida que avanzaba, los elementos antitéticos: la clase obrera, la intelectualidad revolucionaria, la pequeña burguesía ahogada, la burguesía nacional industrialista que no puede crecer sin oponérsele y sin la protección del Estado intervencionista y planificador. Al pensamiento enajenado a la política exterior de la Unión Soviética le era imposible entender lo contradictorio de la penetración imperialista y por eso oscilaba entre la negación absoluta y la aprobación absoluta, sin descubrir la relación dialéctica entre el opresor y el Oprimido y los medios que éste debe emplear para absorber, negar y superar a aquél.

2) La burguesía nacional es agente del imperialismo yanqui o del imperialismo inglés. Afirmaba Codovilla en su informe que

"en todos los países de América Latina, la pequeña burguesía -salvo las capas pauperizadas o en tren de pauperizarse a causa de la penetración imperialista-, y la burguesía industrial naciente, están ligadas directamente a los intereses imperialistas",[39]

y añadía que las burguesías nacionales no constituían un "factor de lucha por la emancipación", sino agentes directos del imperialismo y que

"sería un grave error el sobreestimar el rol de la pequeña burguesía y de la burguesía industrial naciente como posible aliada de la revolución antimperialista".[40]

La clase obrera, junto con sus aliados campesinos (¿los chacareros?) no tendría que contar más que con sus fuerzas para emancipar a la Argentina del imperialismo, Esta conclusión pueril, desmentida reiteradamente por los hechos, tendía a aislar a los obreros del movimiento nacionalista popular, pero felizmente los obreros sólo en muy mínima proporción se dejaron convencer. Quince años después el peronismo y no el comunismo encabezaba la lucha contra la oligarquía terrateniente y el imperialismo representado por míster Braden.

3) Codovilla fue el único orador de la Conferencia que en sus intervenciones insistió en aplicar la calificación de fascistas a gobiernos latinoamericanos:

"[...] el imperialismo yanqui crea gobiernos reaccionarios nacionalfascistas.

"En algunos países, los gobiernos pequeñoburgueses, agentes directos del imperialismo yanqui, se han transformado en gobiernos nacionalfascistas (Ibáñez, Leguía, Siles, Machado, etc.), y otros que se pueden calificar de nacionalreformistas por su demagogia, obrerista. (Argentina, Uruguay, Ecuador, etc.), se están transformando de más en más en gobiernos fuertes con vistas al nacionalfascismo. El gobierno pequeñoburgués de México pasa del nacionalreformismo al nacionalfascismo [,..] se nota un proceso hacia la formación de 'gobiernos fuertes', tipo nacionalfascista, en toda América Latina".[41]

¿Qué entendía por "fascismo", "nacionalfascismo" y "gobiernos nacionalfascistas" en América Latina? Entendía, en primer lugar, que un gobierno pasaba a ser automáticamente "nacionalfascista" cuando perseguía al comunismo. El gobierno mexicano de Portes Gil, por ejemplo, habría saltado "del nacionalreformismo al nacionalfascismo" el día que comenzó a reprimir al Partido Comunista, debido al llamamiento de éste a la conquista del poder por el bloque de obreros y campesinos. Obsérvese que no había cambiado el contenido de clase, ni la representatividad, ni la política general del gobierno y que se le juzgaba "nacionalfascista" por motivaciones subjetivas que obedecían a la respuesta del Partido Comunista frente a las persecuciones de que era víctima. Esta manera de "hablar del baile según cómo le haya ido a uno" tipifica una actitud individualista pequeñoburguesa corriente en los intelectuales y políticos liberales. Hablan de los gobiernos de acuerdo al trato que los gobiernos les dispensan. Sus juicios de valor son personales y, en consecuencia, no corresponden al significado intrínseco de los gobiernos y sistemas a que se refieren.

Por lo demás, la política represiva de los gobiernos que por emplearla serían tildados de "nacionalfascistas" no era arbitraria: respondía a una posición previa de los partidos comunistas, la de derrocarlos para instaurar el poder de los obreros y campesinos. En ningún momento el Secretariado Sudamericano, y los respectivos partidos comunistas, se plantearon la táctica de aliarse e impulsar a gobiernos que, como el de la revolución en México y el de Yrigoyen en la Argentina, se defendían de intensas presiones externas (del imperialismo) e internas (de las clases reaccionarias). Desfiguraban la realidad al decir que los gobernantes argentinos y mexicanos surgidos de movilizaciones populares servían al capital extranjero y a la oligarquía nativa, e inferían de esa falsa caracterización la consigna descabellada del poder obrero-campesino.

Entendía también Codovilla que los gobiernos latinoamericanos se transformaban en "nacionalfascistas" cuando se hacían "fuertes". Hasta hoy piensa lo mismo. Y piensan lo mismo los centros extranjeros de poder que se oponen a la constitución de gobiernos fuertes en América Latina. La oligarquía terrateniente-intermediaria argentina ha sido y es antidictatorial y legalista por naturaleza, como lo hemos destacado, y aceptó gobiernos *de facto* (Uriburu, Aramburu), nada más que para desplazar a gobiernos "fuertes" (Yrigoyen, Perón).

Codovilla concordaba en 1929 con la reacción liberal al atacar a todo movimiento nacionalista popular del continente, y en particular al yrigoyenismo, después de falsificar su contenido y hacerlo aparecer como "nacionalfascista".

CAPITULO 23

LA CONSIGNA METAFISICA DE LOS "SOVIETS"

La idea de la revolución proletaria mundial en cadena e inmediata acompañó los primeros pasos de la revolución rusa e inspiró la fundación de la Tercera Internacional o Internacional Comunista. Al inaugurar el Primer Congreso de ésta (marzo de 1919), Lenin expresó que

"la revolución internacional mundial comienza y crece en todos los países. El pueblo se da cuenta de la grandeza y de la importancia de esta lucha. Era necesario encontrar la forma práctica que permitiera al proletariado ejercer su dominación. Esta forma es el régimen de los soviets con la dictadura del proletariado. La dictadura del proletariado: estas palabras eran 'latín' para las masas hasta nuestros días. Ahora, gracias al sistema de los soviets, ese latín se traduce a todos los idiomas modernos; la forma práctica de la dictadura ha sido descubierta por las masas populares. Se ha hecho inteligible a grandes masas de obreros gracias al poder de los soviets en Rusia, a los espartaquistas en Alemania, a organizaciones análogas en otros países, tales como los *Shop Stewdrds Committees* en Inglaterra. Todo esto prueba que la forma revolucionaria de la dictadura proletaria ha sido encontrada y que el proletariado se dispone a ejercer su dominación de hecho".[1]

Y en las tesis sobre democracia burguesa y dictadura proletaria, preveía que la revolución se extendería a medida que se universalizaran la dictadura y el gobierno de los soviets.[2]

"Una vez más —decía en su discurso sobre la tesis— se hace evidente que el curso general de la revolución proletaria es idéntico en el mundo entero [...] Una de las tareas más importantes para los cantaradas de los países de Europa Occidental consiste en explicar a las masas el significado, la importancia y la necesidad del sistema de los soviets. Cuando vemos con qué rapidez la idea de los soviets se extiende en Alemania y hasta en Inglaterra, podemos decir que es la prueba esencial de que la revolución proletaria vencerá [...] Es muy probable que, en muchos Estados de Europa Occidental la revolución estalle muy próximamente; en todos los casos, nosotros, en calidad de fracción organizada de obreros y del partido, trataremos y debemos tratar de obtener la mayoría de los soviets".[3]

La Plataforma de la Internacional Comunista, aprobada por su Primer Congreso, insistía en esos pronósticos a breve plazo y concluía con un

"¡Viva la república internacional de los soviets!"[4]

En Francia (1.° de noviembre de 1919), el Grupo Claridad, presidido por Anatole France y Henry Barbusse, invitaba a constituir una Internacional de la Inteligencia que trabajara "para preparar la República Universal, fuera de la cual no hay salud para los pueblos".[5]

El primero de los diecisiete puntos de los Estatutos de la Internacional Comunista establecía:

"La Nueva Asociación Internacional de los Trabajadores se funda con el fin de organizar una acción conjunta del proletariado de los diversos países tendiente a un solo y mismo objetivo: el derrocamiento del capitalismo, la implantación de la dictadura del proletariado y de una república internacional de soviets que permita abolir totalmente las clases y realizar el socialismo, primer grado de la sociedad comunista".[6]

El II Congreso de la Internacional Comunista (julio de 1920) definía la organización federativa del Estado Soviético como

"una forma de transición a la completa unión de los trabajadores de todas las naciones [...] la federación es una forma de transición hacia la unión completa".[7]

Esperaban los comunistas que las masas populares de los países decisivos (Alemania, y Occidente en general, al principio; el cinturón de colonias y semicolonias, después) tuvieran la iniciativa y la espontaneidad revolucionarias del pueblo ruso y fueran orientadas por el leninismo hacia la dictadura del proletariado y el gobierno de los soviets. Los partidos que se afiliaron a la Internacional Comunista se comprometieron a luchar por esos objetivos. En la convención de Chicago del 1." de setiembre de 1919 quedó constituido el Partido Comunista de los Estados Unidos con un programa que fijaba como tarea la destrucción del capitalismo y la dictadura del proletariado mediante los soviets. Toda América se cubrió con el tiempo de partidos comunistas que alentaban idénticos propósitos.

Pero salvo en China, donde la espontaneidad del movimiento de las masas de obreros y campesinos se desarrolló durante treinta años y tuvo conductores que aplicaron y enriquecieron dialécticamente los principios y experiencias del marxismo-leninismo, en el resto del mundo hubo, a partir de la derrota de la revolución en Alemania, un reflujo de la marea revolucionaria. Si Stalin, con su implacable realismo, expulsó con métodos drásticos de la Internacional Comunista y del Partido Comunista de la Unión Soviética a Lev Trotsky y a cuantos no se avinieron a adaptarse a los tiempos de templanza burocrática, no fue de manera alguna por arbitrariedad de su carácter, sino porque su carácter enajenado a un partido en el poder correspondía a una época de repliegue a la construcción del socialismo en Rusia. Las condiciones y circunstancias analizadas por Lenin que hicieron posible la revolución de octubre de 1917 no se reprodujeron en otros países, pues la infinita riqueza en matices dialécticos de los cambios históricos no puede reducirse a modelos que resulten de la idealización (suprimiendo en teoría sus contradicciones internas) de una_ determinada realidad social. La trascendencia de la revolución rusa se mide por las fuerzas revolucionarias latentes que contribuyó a desencadenar en el mundo entero, fuerzas que descubren nuevas y nuevas formas de poder y abren nuevos y nuevos caminos hacia el socialismo, por haber sido la primera experiencia teoricopráctica marxistaleninista en el salto del capitalismo al socialismo, y no por el conjunto de fórmulas y recetas que sus dogmatizadores suponen perfectas y de valor permanente y universal, como una ecuación matemática o un antibiótico.

Los partidos comunistas nacieron para la dictadura del proletariado y el gobierno de los soviets, bajo la perspectiva de la inminente revolución mundial. Si solicitamos a cualquier dirigente del Partido Comunista de la Argentina su opinión sobre esas dos consignas nos responderá que no existen en la actualidad circunstancias y condiciones para llevarlas a la práctica. Pero, ¿existían cuarenta años atrás o puede esperarse que existan en el futuro?

La conquista del poder por los obreros y campesinos a través de los soviets que el Partido Comunista agitó como su objetivo estratégico-táctico principal en 1919-1935 era una pura fantasía completamente al margen de las contradicciones internas de la sociedad argentina. Quienes elaboraron esa orientación se guiaron por un espejismo que invertía la imagen de la revolución socialista: las formas de poder (los soviets) que los trabajadores rusos crearon espontáneamente y que Lenin y sus compañeros *descubrieron* y elevaron al nivel de la conciencia teoricopolítica revolucionaria, se les aparecían como *inventos* que los bolcheviques habían introducido en el movimiento de masas, válidos para organizar la, dictadura del proletariado en cualquier país. La Argentina fue escenario en esa época, igual que América Latina, de vastos e intensos movimientos populares, para los cuales los soviets y

la dictadura del proletariado sonaban, como hubiera dicho Lenin, a un incomprensible latín, mientras que, en contraste, los comunistas no entendían ni querían entender, la lengua vulgar de las masas. Era un monólogo del Partido Comunista intencionadamente sordo. Sospechaba de todo movimiento popular. Lo temía. Le colgó, sin reflexionar, el sambenito de "nacionalfascista".

El paso a la construcción del socialismo en la Unión Soviética sobre bases nacionales tenía necesariamente que sustituir el internacionalismo revolucionario de los primeros tiempos, fundado en la inminente conquista del poder por los soviets en los principales Estados de Occidente y luego en el resto del mundo, por un internacionalismo que giraba en torno de la defensa del único país que construía el socialismo, lo que implicaba que los objetivos nacionales de los partidos comunistas quedaban subordinados a la política exterior de la Unión Soviética. La revolución en el propio país carecía de importancia y se postergaba *sine die* en aras de la Unión Soviética, "patria del socialismo". Era congruente con esa política Victorio Codovilla cuando se declaraba dispuesto a ver morir a las repúblicas latinoamericanas con tal que se salvara la revolución rusa. De esta manera subrepticia el Partido Comunista se deshumanizó y, en nombre del internacionalismo, se desinternacionalizó al ponerse al servicio de la Unión Soviética. Los trotskistas no se enajenaron menos que los stalinistas al modelo ideal pues centraban sus críticas en un epifenómeno, la "degeneración burocrática" en la Unión Soviética, y no encontraron, ni buscaron, las nuevas rutas hacia el socialismo partiendo de las particularidades nacionales.

El Partido Comunista aplazó y luego archivó la lucha por su idea madre: los soviets con la dictadura del proletariado. En el curso de los años, y en función de los acontecimientos mundiales, se adaptó a sucesivas mediaciones o tácticas que pronto convirtió en finalidades, hasta que por último se fosilizó en el papel de puntal del régimen demoliberal, en oposición al movimiento nacionalista popular revolucionario.

Pero en junio de 1929, la Primera Conferencia Comunista Latinoamericana todavía fijaba como consigna central: " ¡Todo el poder a los soviets!". No podía ser otra si se consideraba "agónico" y "el último" aquel período del capitalismo y se ubicaba a la burguesía nacional irremediablemente en las filas de la reacción. A cargo de Luís, delegado de la Internacional Comunista, estuvo tratar ese punto en su informe sobre *La lucha antimperialista y los problemas de táctica.*[8]

Confesamos paladinamente que en las palabras de Luis y en los materiales comunistas de la época hay una formulación que nunca entendimos, ni entenderemos. Al cabo de los años seguimos creyendo que era repetido como la más incontrovertible y clara de las verdades por los fieles a la ortodoxia de la Internacional Comunista. Hela aquí en las palabras del delegado:

> 1) "La burguesía nacional es económica, numérica y políticamente débil [...] su papel parasitario de sirviente prostituido del imperialismo [que es el] que más ofrece [...]. La burguesía nacional parasitaria, incluso los grandes terratenientes, no puede ser más que una fuerza contrarrevolucionaria [...] La burguesía nacional generalmente se vende al mejor postor, sin tomar en consideración más que sus intereses inmediatos".[9]

En resumen: la burguesía nacional es una pobre diabla, fagocitada por la oligarquía terrateniente y el imperialismo extranjero, en la cual la clase obrera debe ver una expresión absolutamente reaccionaria y enemiga.

> 2) "Todos estamos de acuerdo, en el presente, para caracterizar el movimiento revolucionario de América Latina, como de *tipo democraticoburgués* antimperialista".[10]

Parece, en efecto, que con la sola excepción de un misterioso "camarada Gussew (Travin)", a quien no se le dejó hablar, pero que Luis mencionó despectivamente como un

hombre que "ha realizado estudios de alto vuelo sobre el movimiento revolucionario latinoamericano", no hubo la menor discrepancia en ese juicio aniquilador de la burguesía nacional.

3) "La revolución democraticoburguesa no es una revolución efectuada por burgueses o pequeñoburgueses democráticos, para quitar el poder político a los grandes terratenientes conservadores [...] Su finalidad es creación del gobierno obrero y campesino, sobre la base de soviets de obreros, campesinos y soldados, la supresión del ejército y su sustitución por la milicia obrera y campesina [11]

Al "camarada Gussew (Travin)" le debe haber parecido irracional que se hablara de la revolución burguesa contra la burguesía y se propusiera crear soviets a pueblos que buscaban sus propios derroteros revolucionarios. Tal vez le convenció un profético artículo de Lenin del 18 de mayo de 1913, titulado La Europa atrasada y el Asia progresista, en el que decía:

"Allí [en Asia] la burguesía está aún con el pueblo frente a la reacción".[12]

Y pensó si la revolución mexicana e Yrigoyen podían ser calificados de reaccionarios-clericales-militaristas-servidores de los terratenientes y del imperialismo-nacionalfascistas, o si en la Primera Conferencia Comunista Latinoamericana se había reunido un grupo de delirantes, enajenados a la idea de que Moscú poseía la virtud milagrosa de transformar lo blanco en negro y, con su varita mágica, hacía estallar revoluciones burguesas aunque los burgueses se le opusieran, y socialistas contra la voluntad de las masas trabajadoras, que no se movilizaban con consignas extrañas a su realidad nacional.

Luis explicó la técnica de la revolución en América Latina en términos de un racionalismo abstracto. Desfilaban las clases sociales, los conflictos, las etapas y los objetivos, como los soldaditos de plomo de un juego de niños. Todo era perfecto, pero en el plano de los conceptos. El miedo a incurrir en herejía, que a un latinoamericano podía costarle la expulsión y a un ruso la cabeza, obligaba a Luis a dejar abiertas varias puertas. Definía al *bloque obrero y campesino* como la táctica del Partido Comunista para ligarse a las masas y evitar que otro partido ocupase su lugar, pero dejaba establecido que el *bloque obrero y campesino* no era el Partido Comunista, si bien debía ser purificado de los elementos políticos no comunistas (el diputado brasileño Azevedo Lima fue excluido por esa razón), con lo que el activista estaba expuesto a que se lo sancionase por haber creído que el *bloque obrero y campesino* equivalía al Partido Comunista con otro nombre o por admitir en las filas del primero a gentes que no pertenecían al segundo. En realidad, no corría ese peligro si acataba a libro cerrado y repetía como una oración las palabras de los dirigentes oficializados por Moscú, pues las preocupaciones teóricas no llegaban al extremo de anular el principio de autoridad. Podía, en tal caso, dedicarse con la conciencia asegurada a organizar un *bloque obrero y campesino* que estuviese integrado exclusivamente por comunistas y no fuera el Partido Comunista con otro nombre, de lo que resultaba, en términos futbolísticos, que los jugadores del mismo equipo usaban dos tipos de camisetas. Esta duplicidad manifiesta condenaba *al bloque*, igual que a las demás "organizaciones de masas" constituidas en las mismas condiciones sectarias, al raquitismo y a su divorcio de los auténticos movimientos populares, y revelaba la psicología del militante enajenado a la autoridad del partido y temeroso de cruzar el umbral y ser arrobado por la espontaneidad de las luchas que ni el partido ni el bloque interpretaban.

No menos desconcertado quedaba el observador con capacidad de reflexión al enterarse del planteamiento de Luis sobre

"la revolución democraticoburguesa en desarrollo hacia la revolución socialista".

La lógica del lenguaje describía dos revoluciones sucesivas, una en desarrollo hacia la otra, la segunda derivada de la primera. Pero la lógica del lenguaje no correspondía a la lógica de pensamiento, ni tampoco a la lógica de la práctica. Veamos por qué.

El punto de partida del razonamiento de Luis desdibujaba la historia y la realidad de América Latina al afirmar *a priori* que en su totalidad predominaban los modos de producción y las relaciones de clase feudales. No se detenía a indagar el contenido y las formas específicamente indoamericanas que imprimió al feudalismo la conquista colonizadora hispanoportuguesa. Le bastaba el esquema elemental -esclavismo, feudalismo, capitalismo- y ubicar en el segundo casillero al conjunto de nuestros países. Una vez aplicado el concepto universal de feudalismo a los modos de producción y a las relaciones de clase de la América Latina del año 1929, caía de maduro que vivíamos en la etapa anterior a las revoluciones burguesas y democraticoburguesas, en algo así como la Edad Media europea. A lo sumo admitirían algunos historiadores codovillistas posteriores (Héctor P. Agosti, entre otros) que la revolución democraticoburguesa se había frustrado o traicionado.

¿Cómo definir entonces el largo siglo transcurrido desde las revoluciones de 1810 y las guerras de la Independencia hasta que la Primera Conferencia Comunista Latinoamericana se reunió para diagnosticar? Los comunistas hicieron suya más tarde la definición de los liberales: civilización (democracia burguesa) contra barbarie (feudalismo). Condenarían a los caudillos y a las montoneras, y se declararían herederos y continuadores de los intelectuales que proponían a las democracias capitalistas como modelos a imitar. Luis no llegó a ese extremo: tan sólo caracterizó *in toto* de feudal a América Latina.

Era a todas luces absurdo que a la revolución mexicana y al yrigoyenismo se los tildara de feudales. Tampoco se concebía que el período de la colonización capitalista de la Argentina tuviese carácter feudal. Luis se veía obligado a hacer bailar a su pensamiento danzas y contradanzas para conciliar las tesis de la Internacional Comunista con la realidad de nuestro continente. Por ahí se le escapaba que el gobierno de México se respaldaba en un

"movimiento de tipo democraticoburgués antimperialista",[13]

después de criticar a Gussew (Travin) por haber dicho

"que es menester defender a su gobierno (el de Calles, Obregón y Portes Gil) contra las tentativas reaccionarias".[14]

Recuérdese, por otra parte, que los presidentes mexicanos fueron, antes y después de la Primera Conferencia Comunista Latinoamericana, acusados de "nacionalfascistas". La misma inconsecuencia se revelaba en los juicios sobre Yrigoyen y el yrigoyenismo.

De tanta maraña retórica parecía sacarse en limpio que Luis y la mayoría de los delegados a la Conferencia creían en la existencia de un proceso objetivamente democraticoburgués, al que le cuestionaban la falta de fuerza, de independencia y de constancia de la burguesía nacional para llevarlos adelante, razón por la cual se hacía indispensable la participación de la clase obrera que lo conduciría hasta las últimas consecuencias, es decir hasta la revolución socialista. Pero de hecho los partidos comunistas, y los bloques obreros y campesinos por ellos organizados a su imagen y semejanza, se colocaban no dentro sino fuera y contra de ese proceso, al pretender imponerle una orientación formalista y abstracta traída del exterior y sustituir a caudillos naturales por burócratas que no podían invocar a su favor más que el espaldarazo de Moscú. La lucha entre burguesía nacional y clase obrera por la hegemonía de la revolución se realizaría al margen de los partidos comunistas y de su influencia, y en algunos casos, como en la Argentina en 1945, con los comunistas aliados a los imperialistas y oligarcas en la oposición al movimiento nacionalista popular.

En la literatura comunista de aquella época se destacaba, como una constante, la insistencia en atacar, en primer término, a la burguesía nacional, mientras se olvidaba en una discreta penumbra a la oligarquía terrateniente-intermediaria y al imperialismo extranjero, o se los mencionaba asociados a la primera. Luis era categórico:

"No hay en ninguna parte una burguesía nacional fuerte que se esfuerce por transformar el régimen feudal y colonial, en un régimen capitalista independiente [...] sólo la burguesía imperialista y el proletariado son las clases que tienen un programa para el porvenir".[15]

Por lo tanto, desde el principio de la revolución democraticoburguesa, o agraria-antimperialista, la clase obrera no debía contar más que con sus propias fuerzas y las de los campesinos. Desde el principio del proceso revolucionario la burguesía en bloque sería su enemigo a muerte. En bloque, porque el delegado de la Internacional Comunista ponía el signo igual entre los terratenientes, los industriales y los comerciantes, tres sectores de la misma burguesía "débil", "corrompida" y "reaccionaria" que se disputaban el favor de uno u otro imperialismo (el inglés o el yanqui), según decía.

"Por fin, *la burguesía nacional y extranjera*, formada por los que explotan las riquezas y la mano de obra de los países latinoamericanos y por quienes aprovechan de esta explotación. Grandes terratenientes feudales indígenas, grandes comerciantes, exportadores e importadores, banqueros, industriales ocupados en las ramas secundarias de la producción, ligados todos a los bancos y a los 'trusts' extranjeros, comprados, vendidos, corrompidos, prostituidos de mil maneras por los imperialistas que se disputan la presa latinoamericana, que prestan su nombre para colocar una etiqueta nacional a las empresas extranjeras, 'parásitos' en toda la extensión de la palabra[...]".[16]

El rudimentario enfoque de Luis embrollaba la interpretación del papel de la burguesía nacional. Se hace indispensable, pues, diferenciar cada una de las tres clases sociales que él reducía a una sola.

1) Los terratenientes de la Argentina (en particular los de la Pampa húmeda) constituyen una clase capitalista (no feudal) que vive de la explotación del trabajo asalariado o de la renta que le proporciona el monopolio de la tierra. Son agroexportadores y, en general, antiindustrialistas, en cuanto la expansión industrial desarrollada hasta ciertos límites amenaza su hegemonía economico-política. Son librecambistas, libreempresistas y sostenes de la dependencia de la Argentina del mercado exterior. Son políticamente demoliberales, antinacionalistas, anticomunistas y antifascistas. En las dos guerras mundiales defendieron la causa de los aliados. Tienen por evangelio la Constitución de 1853.

2) La burguesía comercial o intermediaria (exportadores, importadores, acopiadores, barraqueros, consignatarios, mayoristas, corredores, comisionistas) es una clase tradicionalmente asociada al intercambio con el exterior y a los inversores y prestamistas extranjeros. Capitales acumulados en este sector cambiaron su destino al invertirse en campos y ganados (desde los registreros Alzaga hasta los importadores Fano) o al fundar fábricas para sustituir importaciones, pero la mentalidad de la burguesía intermediaria en sí, en lo que se refiere a la concepción politicoeconómica del país, coincide con la de los terratenientes que producen para la exportación.

3) La burguesía industrial o nacional se desarrolló, desde fines del siglo pasado, en oposición a la política librecambista impuesta por los grupos agroexportadores. El hecho de que los empresarios industriales fuesen extranjeros en un porcentaje relativamente elevado, lo que se explica por la ola inmigratoria del período de colonización capitalista, no le quitaba a la clase a que pertenecían el carácter de nacional, pues éste estaba determinado por un factor objetivo: la radicación definitiva del capital y la reinversión de las ganancias en el país.[17] La Unión Industrial Argentina se fundó el 7 de febrero de 1887 con el fin de agitar a la opinión

pública en pro del consumo de artículos producidos en el país y de obtener protección del gobierno.

Luis empleó un argumento falaz que nada tenía de común con el marxismo, argumento que el Partido Comunista de la Argentina repitió durante muchos años: que la burguesía nacional era "económica, numérica y políticamente débil", razón por la cual no podía ser aliada de la clase obrera en la revolución democraticoburguesa o agraria-antimperialista, pues su debilidad la hacía *títere* del imperialismo y de la oligarquía. Por una parte, descalificaba a la burguesía nacional por su debilidad, y por otra parte, alertaba a la clase obrera sobre los peligros de que la burguesía nacional asumiera la hegemonía del proceso revolucionario para traicionarlo. Pero, ¿una burguesía nacional "económica, numérica y políticamente" fuerte sería aliado más seguro de la clase obrera y daría a ésta mayores facilidades para dirigir hasta el fin la revolución democraticoburguesa que una débil? Sería absurdo pensarlo y, sin embargo, ese absurdo se impuso como verdad absoluta y obligatoria en las filas comunistas.

La existencia de una burguesía nacional cuantitativa y, cualitativamente fuerte hubiera significado que la Argentina ya era un país capitalista plenamente desarrollado, sin el problema de emanciparse del imperialismo. La comprobación de la debilidad de la burguesía nacional surgía del análisis del carácter unilateral del desarrollo capitalista argentino, con eje en la economía agroexportadora. En el primer caso, nos encontraríamos ante la misma situación que el proletariado de Europa Occidental y de los Estados Unidos, donde en aquella época los partidos comunistas agitaban la revolución socialista y los soviets, y hoy predican la coexistencia pacífica con la burguesía. En el segundo caso, el comprobado, nuestra revolución tendría que ser nacional y abarcar a todas las capas del pueblo, incluida la débil burguesía industrial, imposibilitadas de progresar sin emancipar al país del imperialismo extranjero y de la oligarquía terrateniente. Dentro de esta revolución nacional y popular integradora -no fuera de ella y, menos aun, contra ella- la clase obrera debía conquistar la dirección del proceso revolucionario. Hasta ahora —1966— el codovillismo, heredero de las tesis de Luis, no entiende, ni quiere entender, e.sa verdad elemental; por eso, en los momentos críticos, cuando no puede eludir las definiciones, aparece como el furgón de cola de la reacción.

1929-1930 dividió a la historia argentina en dos períodos opuestos: concluía el de la colonización capitalista y empezaba el del enfrentamiento del país con su destino. Las inversiones del capital extranjero habían caído del 48 por ciento del total del capital fijo en 1913 al 32 por ciento en 1929, y siguieron bajando en los años siguientes, al punto que en 1931 hubo exportación neta de cápitales.[18] La estructura del régimen agrario se fosilizó a niveles límites de producción. El crecimiento industrial se reflejó en la sustitución de importaciones de manufacturas extranjeras por nacionales y en el aumento de las compras al exterior de combustibles y bienes de capital. Al término de sesenta y ocho años de gobiernos constitucionales, el alzamiento militar triunfante del 6 de septiembre de 1930 iniciaría el poder *de facto*, más o menos disfrazado de legalidad, con el ejército en el trono o detrás del trono.

Las izquierdas no imaginaban la posibilidad de un vuelco político como el que produjo el golpe del general Uriburu. Los socialistas estaban por el perfeccionamiento pacífico de la democracia representativa clásica. Los comunistas se preparaban, con las armas de don Quijote, a instalar los soviets. Algunos millares de alucinados repetían la enajenación colectiva de los lectores de libros de caballería. Lugones, un poeta, pronunció el realista juicio premonitorio cuatro años antes: "Ha sonado la hora de la espada", y los socialistas y comunistas -ilusos liberales- se espantaron y lo acusaron de reaccionario. Ni ante la evidencia del trastorno septembrino renunciaron a sus monumentales esquemas y modelos las derechas y las izquierdas con conciencia colonial.

Prisioneros de una serie de apriorismos, los comunistas malinterpretaron al yrigoyenismo y, por consiguiente, no entendieron al uriburismo. Salieron del paso, como siempre, llamándolo "nacionalfascismo". Un gobierno "nacionalfascista" habría sustituido, pues, a otro gobierno "nacionalfascista". ¿Cuál debía ser entonces la otra cara de la medalla? Primero opusieron los soviets al "nacionalfascismo". Después anclaron definitivamente en la defensa del demoliberalismo burgués, como valla ante el avance del nacionalismo popular revolucionario.

Quince meses antes del golpe del 6 de septiembre de 1930, la delegación del Partido Comunista de la Argentina a la Primera Conferencia Comunista Latinoamericana documentaba, por intermedio de Paulino González Alberdi, sus puntos de vista sobre el yrigoyenismo y el nacionalismo. Decía:

"[...] estamos de acuerdo [con las tesis de la Internacional Comunista] con excepción de algunas formulaciones [...]. La delegación argentina cree necesario atemperar el párrafo de las tesis para la América Latina que se refieren al yrigoyenismo. En ellas se dice que el triunfo de éste significa la llegada de la burguesía industrial al gobierno.

"Entendemos que para establecer un concepto claro sobre el yrigoyenismo resulta indispensable tener en cuenta una serie de factores a la mayor parte de los cuales se ha referido Luis cuando hacía el análisis político de la América Latina. La poca polarización de las fuerzas burguesas, la falta de clases gobernantes organizadas, lo que conduce a la dictadura personal; la-importancia de la pequeña burguesía, la debilidad de la naciente burguesía industrial argentina, son factores que es necesario no descuidar.

"El yrigoyenismo, apoyándose especialmente en la pequeña burguesía urbana, nació como una reacción contra el régimen de las oligarquías terratenientes-ganaderas gobernantes. Su nacimiento se produce tras el paso de la Argentina de su condición de país ganadero a la de agrícolo-ganadero. Alrededor del radicalismo se han reunido fuerzas sociales de lo más heterogéneas, especialmente en los últimos tiempos. Sin embargo, puede, en líneas generales, decirse que el yrigoyenismo representa la reacción de las nuevas fuerzas, de la burguesía y pequeña burguesía urbana, contra el predominio agropecuario. Mas hoy, y esto se explica por los factores que antes hemos enumerado y especialmente por la fuerza que conserva la burguesía agropecuaria, se produce alrededor del gobierno yrigoyenista una concentración de todas las fuerzas burguesas del país, al mismo tiempo que entra en el período de su desagregación, por no serle posible continuar en el tren de demagogia llevado a cabo con fines electorales.

El proletariado, los campesinos pobres, núcleos importantes de la pequeña burguesía urbana, se alejan del yrigoyenismo, o son la base de las escisiones que fermentan en el mismo".[19]

Había, sin duda, un principio de análisis en la exposición de González Alberdi, una superación del estrafalario modo infantil de pensar de Codovilla, que todo lo reducía a descubrir fascismo o nacionalfascismo en todas partes, tal vez por contagio de lo que acontecía en Italia y por un complejo de inferioridad de extranjero frente al nacionalismo popular argentino. Sin embargo, el análisis de González Alberdi estaba lleno de reservas. Su crítica al yrigoyenismo no surgía desde adentro del proceso historicosocial argentino. Le costaba admitir que "el proletariado, los campesinos pobres, núcleos importantes de la pequeña burguesía urbana" formaban la base del yrigoyenismo; lo reconocía en forma negativa, es decir dándolo como un hecho del pasado y subrayando que en esos momentos dicha masa popular se alejaba del partido gobernante o provocaba escisiones. Era evidente que la abrumadora mayoría de votos que el año anterior había consagrado a Hipólito Yrigoyen presidente de la República pertenecía en gran parte al proletariado rural y urbano y a la pequeña burguesía; pero nada tenía de alentador para el porvenir de la democracia y el progreso social de la Argentina, que esos sectores se apartaran del yrigoyenismo y se convirtieran de hecho en instrumentos de la maniobra táctica orquestada por la vieja oligarquía conservadora y los intereses extranjeros, con el fin de derrocar a Yrigoyen y reinstalarse en el gobierno. El constante debilitamiento del yrigoyenismo desde el 12 de octubre de 1928 hasta el 6 de septiembre de 1930 obedecía a causas internas que ya hemos examinado.[20] Agregamos ahora otra comprobación de mayor importancia: no se debilitaba

solamente la débil burguesía nacional, sino el conjunto del pueblo, y sobre todo la clase obrera, que al alejarse del yrigoyenismo se alejaba de la conducción del país. Era ridículo que un Partido con la pretensiosa consigna de implantar la dictadura del proletariado mediante los soviets de obreros y campesinos, confesara por boca de González Alberdi:

> "Tenemos muy poca influencia en la masa campesina y escasa en algunos importantes centros industriales; nuestros afiliados trabajan generalmente no en grandes establecimientos, sino en pequeños talleres".[21]

El Partido Comunista demostró en 1929-1930 ser incapaz de atraer en masa a los obreros que se sentían defraudados por el gobierno de Yrigoyen. Computaba cada rara conquista aislada como la de un ejército entero.

¿Cómo se explica que los obreros y pequeñoburgueses, transitoriamente neutralizados por la inoperancia del gobierno yrigoyenista y luego por la dictadura de Uriburu, no engrasaran las filas de las izquierdas y en 1933 rindieran a Yrigoyen el mayor homenaje a hombre alguno que se recordaba hasta entonces en la Argentina? ¿Por su "demagogia", como decía González Alberdi en 1929 y seguirían diciendo los comunistas durante varios años? La "demagogia" de un caudillo vencido, preso y muerto no convence a nadie. Es una palabra que tiene un sentido peyorativo para los guardianes del orden establecido, inverso del que tiene para la plebe. Debía interpretarse como un panegírico si se recuerda al demagogo Pericles, al demagogo Jesús, al demagogo Espartaco, al demagogo Lenin.

Los disecadores de una Argentina muerta en su imaginación se devanaban los sesos tratando de averiguar si Yrigoyen representaba a una débil burguesía nacional, mientras despreciaban olímpicamente el hecho sustancial de que las multitudes por algún motivo endiosaban a su caudillo y a ellos les daban las espaldas. Eran alérgicos a todo lo auténticamente popular y nacional.

González Alberdi decía en otra parte de su discurso:

> "La burguesía industrial se ha desenvuelto especialmente a partir de la guerra. Sus organizadores representativos claman por el 'nacionalismo económico', es decir, por un proteccionismo cerrado que, en nombre de la 'independencia económica nacional', permitiría a la naciente industria obtener grandes ganancias, pero que no impediría en lo más mínimo al imperialismo establecer sus industrias en el país, beneficiándose con tal protección. Es una clase débil, que no puede hacer una política firme frente a los agropecuarios".[22]

De nuevo estamos frente al típico modo de encadenar conceptos fuera de la realidad. ¿Qué sentido tenían el "nacionalismo económico" y el "proteccionismo cerrado" que reclamaba la burguesía industrial si no era su defensa de la competencia imperialista? ¿Q existían otros competidores de la producción industrial argentina que los artículos importados?

González Alberdi rodeaba a la burguesía industrial de un cerco de negatividades absolutas: la declaraba impotente para independizar y desarrollar por sus propios medios la economía nacional y se oponía a que se la protegiera. ¿No coincidía con el punto de vista y el interés de los "agropecuarios"? Su intención era otra -saltar al socialismo mediante los soviets de obreros y campesinos-, pero los hechos marcaban un paso incompatible con ese excelente deseo, pues si los empresarios nacionales o el Estado, o ambos a la vez, no industrializaban al país (y creaban así las premisas concretas del socialismo), no le quedaba a la Argentina otro porvenir que seguir siendo hasta las calendas griegas la gran panadería y la gran carnicería del mundo, que cubriera sus necesidades de artículos elaborados con importaciones o la radicación de industrias dependientes del capital extranjero.

Acertaba el delegado al observar que el nacimiento del yrigoyenismo

"se produce tras el paso de la Argentina, de su condición de país ganadero, a la de agrícolo-ganadero",

paso que coincidió con los acontecimientos del año 1890, pero le faltó añadir que el yrigoyenismo creció, como movimiento de masas en busca de un desarrollo nacional y, por lo tanto, como la primera oposición política al proceso de la colonización capitalista. Esta última circunstancia destruía su esquema y obligaba a reconocer dos características del yrigoyenismo antitéticas entre sí:

a) que expresaba el nacionalismo de la "débil burguesía industrial" y
b) que no fue consecuente con el nacionalismo, transó y finalmente cayó.

Muy pronto se desmoronaron las tesis proféticas de Codovilla y González Alberdi: 1930 fue el año del paso de la economía argentina de la etapa predominantemente agroexportadora a la de la participación creciente de la industria (del 17 por ciento del producto bruto nacional durante la década del veinte, al 23 por ciento en 1950),[23] lo que trajo, como ya la indicamos, sustitución de importaciones por las fábricas nacionales que se establecieron y por las fábricas de capital extranjero que se radicaron. Con el final del período de la colonización capitalista se agravaron las contradicciones entre la burguesía y el proletariado, entre el nacionalismo económico y el liberalismo económico, entre el capital nacional y el capital extranjero, entre la mayor producción industrial y los mayores requerimientos de combustibles, bienes de capital y determinadas materias primas. Los nuevos tiempos no podían ser interpretados por mentalidades esquemáticas, enajenadas a tácticas y modelos extraídos de experiencias extrañas a la realidad argentina. Exigían un pensamiento dialéctico que brillaba por su ausencia.

Las tesis de la Primera Conferencia partían de un error básico que las inhabilitaban: desconocían la existencia en la Argentina de una tendencia a la industrialización, tendencia generada por las contradicciones internas del autodesarrollo nacional. Admitían que en 1890 habían pasado de la etapa ganadera a la agrícolo-ganadera, pero no iban más allá, no concebían que avanzaba hacia la etapa agroexportadora-industrial. Nos ofrecían dos perspectivas: la creciente colonización del país por el imperialismo extranjero con la fosilización de los modos de producción existentes o el proletariado en el poder con modos de producción socialistas. Descartaban la que se dio en la realidad: el desarrollo de la industria privada nacional y del capitalismo de Estado con la redoblada oposición de la oligarquía agropecuaria y de los centros imperialistas de poder.

De las tesis derivó una táctica catastrófica para el Partido Comunista, la de provocar el divorcio de la clase obrera del movimiento nacionalista popular (caracterizado de fascista, nazi, nacionalfascista) por participar en él sectores industriales y, durante la década peronista, integrarse en el Estado. La clase obrera rechazó esas tesis que pretendían colocarla al margen de los hechos y de la historia de la realidad argentina.

La delegación peruana presentó un *Punto de vista antimperialista*, redactado por José Carlos Mariátegui y severamente enjuiciado por Codovilla y sus seguidores, que si bien no se apartaba, en general, de la opinión sectaria de éstos acerca del papel reaccionario y proimperialista de las burguesías nacionales latinoamericanas, hacía una excepción con la burguesía argentina. El *Punto de vista* incluía en su texto una tesis, sostenida un año antes en polémica con el APRA, que atribuía a motivos raciales la disimilitud entre la burguesía china y las burguesías latinoamericanas, Decía:

"La colaboración de la burguesía y aún de muchos elementos feudales en la lucha antimperialista china, se explica por razones de raza, de civilización nacional que entre nosotros no existen. Al desprecio del blanco por su cultura estratificada y decrépita, corresponde con el desprecio y el orgullo de su tradición milenaria. El antimperialista de la China puede, por tanto, descansar en el sentimiento y el factor nacionalistas. En Indoamérica, las circunstancias no son las mismas. La aristocracia y la burguesía criollas, no se sienten

solidarizadas con el pueblo por el lazo de una historia y una cultura comunes. En el Perú, el aristócrata y el burgués blancos, desprecian lo popular, lo nacional. Se sienten ante todo, blancos. El pequeño burgués mestizo imita este ejemplo. La burguesía limeña fraterniza con los capitalistas yanquis, y aún con sus simples empleados, en el 'Country Club', en el tennis y en las calles. El yanqui desposa, sin inconvenientes de raza ni de religión, a la señorita criolla, y ésta no siente escrúpulos de nacionalidad ni de cultura, en preferir el matrimonio con un individuo de la raza invasora. Tampoco tiene este escrúpulo la muchacha de la clase media. La 'huachafita' que puede atraer a un yanqui empleado de 'Grace' o de la 'Fundation' lo hace con la satisfacción de que siente elevarse su condición social. El factor nacionalista, por estas razones objetivas, que a ninguno de ustedes escapan, seguramente, no es decisivo ni fundamental en la lucha antimperialista en nuestro medio".[24]

A este agudo análisis puede hacérsele el reparo que no solamente por razones de raza y cultura la parte mayoritaria de la burguesía y de la pequeña burguesía peruanas se sentía, y se siente, más cerca del yanqui que de su propio pueblo y fraterniza con el invasor en el desprecio y la explotación de las masas indígenas, sin que debamos subestimar la importancia de los burgueses y pequeño burgueses, ante todo de los estudiantes, maestros y profesionales, que participan, y a menudo encabezan, las luchas antimperialistas. La falta en el Perú de una base industrial independiente es la causa principal de dicho acoplamiento. Además, hay que distinguir -como lo hacen los chinos, ya que a ellos se hace referencia- la burguesía intermediaria o comercial (*vendedora*, la llaman los chinos), adversaria de la industrialización y simple apéndice de los importadores e inversores extranjeros, de la burguesía manufacturera o industrial que compite en condiciones de enorme desventaja con éstos.

La tesis terminaba a continuación con el siguiente párrafo:

"Sólo en los países como la Argentina, donde existe una burguesía numerosa y rica, orgullosa de! grado de riqueza y poder de su patria, y donde la personalidad nacional tiene contornos [más] claros y netos que en estos países retardados, al antimperialismo puede [tal vez] penetrar fácilmente en los elementos burgueses, pero por *razones de expansión y crecimiento capitalista* y no por razones de justicia social y doctrina socialista como en nuestro caso".[25]

Adviértase que en aquella época y en la Argentina, como lo hemos documentado, militares e industriales bregaban por el nacionalismo económico "por razones de expansión y crecimiento capitalista", y se oponían tanto al liberalismo económico de la oligarquía agropecuaria y de los intermediarios como a las reivindicaciones del movimiento obrero y a toda perspectiva de economía socializada. Esos militares e industriales se ubicaban en una posición aparentemente ambigua y en verdad contradictoria. Luchaban en dos frentes. No podían esperar el renunciamiento al liberalismo económico por la oligarquía agropecuaria y los intermediarios que en las cuatro décadas siguientes lo defendieron por cualquier medio y a cualquier precio. Al volverse del lado opuesto se enfrentaban con los obreros, en los que veían una totalidad ajena al nacionalismo económico y político, movilizada por sindicalistas, anarquistas, socialistas y comunistas para rebajar la cuota de plusvalía y perjudicar así las acumulaciones internas de capital privado. Viven desde entonces el drama de una clase social que debe optar entre dos contingencias con la certidumbre de que ninguna le abre de par en par las puertas del porvenir.

La política argentina se polarizó en la oligarquía agropecuaria, los intermediarios y los centros extranjeros de poder que se oponían a los cambios, y el movimiento obrero por naturaleza revolucionario. Los industrialistas quedaban extrapolados en el medio en calidad de mediaciones. Uriburu, la década infame y su antítesis, la década peronista, la restauración liberal y el vuelco de junio de 1966 son episodios de una guerra que no ha concluido, en la cual los conservadores del orden vigente logran con su astucia que los dirigentes izquierdistas se adapten a sus designios, como si éstos últimos estuvieran predispuestos a caer en la trampa.

El peruano José Carlos Mariátegui, autor de la tesis y del *Punto de vista*, tuvo del proceso social argentino la visión que faltó al grupo codovillista extranjero a América Latina. Pero él mismo sufrió la autoridad de este grupo burocrático respaldado por la Internacional Comunista y bajo su presión se rectificó con estas palabras:[26]

"La traición de la burguesía china, la quiebra del Kuomintang, no eran todavía conocidas en toda su amplitud [cuando se redactó la tesis]. Un conocimiento más cabal de la experiencia china venía más tarde a descubrirnos cuan poco se podía confiar, aun en países como China, en el sentido nacionalista revolucionario de la burguesía".[27]

Tal juicio, emitido en 1929, tanto podía provenir de un fiel a Stalin como de un discípulo de Trotsky.[28] Así la Primera Conferencia Comunista Latinoamericana llegó a la conclusión de que la burguesía nacional argentina representada por el yrigoyenismo traicionaba al país y servía al imperialismo, porque... la burguesía china había traicionado a su pueblo. De todos modos, el pensamiento de Mariátegui, descartado por la Primera Conferencia, implicaba el reconocimiento de un nacionalismo argentino, tanto más significativo cuando que la Argentina era el país de América Latina con menor raigambre indígena y mayor colonización europea.

La *praxis* demostró en el propio Perú que las tesis de la Internacional Comunista, de su Secretariado Sudamericano y de la Primera Conferencia cayeron en el vacío y, si se exceptúa una pequeña minoría sectaria, no fueron aceptadas por las masas obreras y campesinas. El Partido Comunista del Perú nació en esa época, de acuerdo con esas tesis y no con las anteriores de Mariátegui. Precedió a su fundación una "polémica crucial y definidora"[29] con el APRA, de cuyas filas se alejó el autor de *Siete ensayos*. A casi cuatro décadas de distancia es posible estimar en sus justos términos la trascendencia de la polémica, a la vez que descubrir las causas remotas de la evolución de Haya de la Torre y los dirigentes apristas hacia el campo del imperialismo, y el enquistamiento del Partido Comunista en un núcleo sectario y burocrático, enajenado a la política exterior soviética.

A la idea de Haya de la Torre de hacer del APRA (Alianza Popular Revolucionaria Americana) una organización política antimperialista que agrupara a diversas clases sociales, la Internacional Comunista le oponía la formación de un partido de clase del proletariado.[30] Dos ejemplos recientes —el chino y el mexicano- eran esgrimidos en contra del aprismo. El Kuomintang había defeccionado al pasar la burguesía china al campo imperialista; el Partido Nacional Revolucionario de México, constituido en marzo de 1929, representaba el "fascismo". Igual suerte correría a breve plazo el APRA, presagiaba la Internacional Comunista.

"Un paso más habéis realizado —les decía a los fundadores del Partido Comunista—. Al liquidar las débiles organizaciones del APRA en el Perú y en el extranjero, paralelamente a la campaña ideológica conducida contra él, creasteis un grupo comunista con mayoría proletaria, plantando así los primeros jalones para la organización de un verdadero partido de clase del proletariado [...,]. La experiencia del Kuomintang, la experiencia de la revolución mexicana, dirigida por la pequeña burguesía 'revolucionaria', la del gobierno de Ayora en Ecuador, el fascismo de Ibáñez en Chile, son otras tantas demostraciones bien claras que la pequeña burguesía conduce la revolución a la bancarrota, capitula frente al imperialismo, se pone a su servicio para reprimir el verdadero movimiento de las masas obreras y campesinas. La pequeña burguesía, sedicentemente revolucionaria, es la más apta para dirigirse por el camino del fascismo, cuando, constatando su impotencia para constituir un régimen liberal pequeño burgués, se pone al servicio del gran capitalismo o del imperialismo, para combatir al movimiento obrero revolucionario.

"Estas verdades, ilustradas cada día por ejemplos históricos tan elocuentes como el de China, México, Ecuador, Chile y el mismo Perú deben formar el centro, el eje de vuestra acción contra el APRA.

"Es en la medida que las masas obreras comprendan estas verdades fundamentales, que se alejarán definitivamente del APRA y resueltamente dirigirán su actividad hacia la creación y desarrollo de las organizaciones de clase, el Partido Comunista, y para desempeñar la hegemonía en la lucha revolucionaria del Perú.

"El proceso de la liquidación del APRA, tanto en el exterior como en Perú, está ya seriamente avanzado gracias a la acción política que vosotros habéis desarrollado".[31]

Mucha agua corrió bajo los puentes de la revolución desde que se escribieron estas líneas, pero el APRA sigue siendo, para desgracia del Perú, un movimiento de masas y el Partido Comunista no rompió el cascarón de la secta. La táctica de destruir desde afuera al APRA, en vez de conquistar desde adentro la dirección revolucionaria del movimiento de masas, resultó suicida para el partido que fundó Mariátegui y contrarrevolucionaria para el pueblo peruano. Ni el joven y genial conductor, muerto a los 35 años y hoy gloria del Perú y de América Latina, se salvó de la furia nihilista de quienes sin comprenderlo, ni comprender al marxismo, sin conocer al Perú, en actitud de pontífices que no critican para superar, sino para anular en nombre de la autoridad, repitieron como un eco las palabras de un desconocido Miroshevsky que falsificó su pensamiento y lo presentó como un "populista" y un "nacionalista romántico", terroríficas acusaciones que espantaban a los pequeños Torquemadas de ocasión.[32]

Los partidos comunistas de América Latina se convirtieron después de la Primera Conferencia en máquinas trituradoras de hombres. Al intelectual lo adocenaban, al líder del pueblo lo hacían odioso al pueblo. Era el destino de los que ingresaban a sus filas. El brasileño Luis Carlos Prestes, *Caballero de la Esperanza*, protagonista con su Columna de una de las proezas revolucionarias más notables de nuestro siglo, se transformó en pieza de un aparato regido por leyes mecánicas, cada día más deshumanizado, cada día menos sensible a las palpitaciones populares. He aquí lo que decía de él, antes de entrar en el Partido, el Secretariado Sudamericano de la Internacional Comunista:

"La Columna número dos repite la vieja experiencia política en condiciones históricas cambiadas; pero.la segunda Columna Prestes es, sin duda, más peligrosa que la primera experiencia de Prestes, Primero porque Prestes lanza un programa de la revolución agraria y antimperialista; segundo, porque trata de ligar la lucha militar con el movimiento de masas; tercero, por la experiencia insuficiente del proletariado y de las masas campesinas en las luchas revolucionarias y por la popularidad de Prestes".[33]

Sí, aunque parezca increíble, se vilipendiaba a Prestes por su popularidad, porque levantaba "un programa de la revolución agraria y antimperialista", porque trataba de "ligar la, lucha militar con el movimiento de masas". Leemos varias veces el documento para convencernos que la vista no nos engaña y, por más que estemos curados de espanto, que fue redactada por el Secretariado Sudamericano, cuyo titular era Victorio Codovilla. A Prestes se le negaba el pan y el agua, por haber fundado una Liga Revolucionaria y, según sus atacantes, ponerla "bajo la dirección de la pequeña burguesía". Pero, ¿a qué proletariado representaba el grupo de burócratas que destilaba envidia y se permitía dictaminar sobre movimientos de masas que jamás podría desencadenar, ni dirigir?

El mismo grupo escribía un mes antes del golpe uriburista:

"El gobierno Yrigoyen es el gobierno de la reacción capitalista, como lo demuestra su política represiva, reaccionaria, fascistizante, contra el proletariado en lucha, contra el cual aplica cada vez más los métodos terroristas".[34]

El llamado a la Internacional Comunista a la revolución por medio de los soviets o consejos de obreros y campesinos no tuvo mayor "repercusión en América Latina. Sectas burocratizadas se esforzaron año tras año en atraer a las masas a la lucha por consignas internacionales que ellas no sentían; los progresos que registraron en los medios sindicales y en los ambientes populares cuando agitaban las reivindicaciones inmediatas quedaban pronto anulados por su incomprensión del problema nacional, a tal extremo que en los momentos críticos coincidieron con la oligarquía agropecuaria y los centros imperialistas de poder.

Podría argüirse que esos "pecados de juventud" fueron el precio que se paga por todo aprendizaje, si el balance no nos indicara que, aunque el precio resultó sumamente oneroso, no aprendieron nada. Cuarenta años después defienden la legalidad del liberalismo burgués con el mismo fanatismo delirante con que en el pasado bregaban por la implantación de los soviets.

CAPITULO 24

EL ANTIMILITARISMO

Nadie duda de la necesidad de partir del estudio de los modos de producción y de las relaciones de clase para alcanzar el conocimiento de la historia y de la realidad actual del pueblo argentino. Sin embargo, aquel estudio es sólo el comienzo y la base de este conocimiento, pues si no se le completa con el de los restantes factores y causas de la dinámica social, y no se establece la interdependencia de todos ellos, tendremos una imagen parcializada, o sea falsa, de nuestro pueblo. Veremos nada más que un conjunto de hechos socioeconómicos, de los que se inducen leyes abstractas y a los que se atribuye erróneamente una objetividad y una autonomía semejantes a las de los fenómenos de la naturaleza, con prescindencia de la actividad del hombre, hija y madre de la historia, que transforma el proceso total por medio de la ideología, de la política y de la técnica.

Una imagen no menos borrosa se obtiene del país y de su historia cuando se miran a través del único cristal de la ideología, o de la política, o de la técnica. Las investigaciones especializadas en compartimientos estancos, o relacionados entre sí por coincidencias formales, aportan materiales a una concepción totalizadora de la sociedad, pero no la sustituyen. Y se convierten en pura y estéril negatividad en los "hechólogos" o cazadores de hechos, que rechazan al pensamiento que supera la búsqueda indispensable, básica y positiva de datos en los documentos y demás fuentes directas. Estos filósofos de lo particular olvidan que sus juicios siempre son de valor y que para definir el bien y el mal, lo justo y lo injusto, el progreso y la reacción, la democracia y la tiranía, lo nacional y lo extraño, la sociedad que muere y la sociedad que nace, en fin, las contradicciones de los procesos y el carácter de los cambios, deben poseer previamente una concepción totalizadora, aunque totalice una suma cuantitativa de particularidades independientes entre sí.

Una filosofía tan antidialéctica como la de lo particular y de los compartimientos estancos inspira la condena tradicional del ejército argentino por los falsificadores del marxismo. Los partidos Socialista y Comunista nacieron bajo el signo del internacionalismo abstracto, del que derivaban su antimilitarismo a ultranza, pues el ejército nacional representaba la nación en armas y la nación era, para socialistas y comunistas, el dominio de las clases explotadoras y opresoras por encima de las fronteras. Profesaban el antimilitarismo por los mismos motivos que el antinacionalismo. Separaban al ejército de la sociedad y lo convertían en una institución en sí, reaccionaria por naturaleza.

Los primeros programas del Partido Socialista incluían invariablemente la "supresión del ejército permanente y el armamento general del pueblo" y durante muchos años el Partido Comunista practicó el "antimilitarismo", mediante la organización de células dentro de las fuerzas armadas con la consigna del gobierno de los soviets de obreros, campesinos y soldados. Unos y otros abandonaron con el tiempo esas tácticas inoperantes, calcadas de la izquierda internacional y abandonadas también por ella, pero siguieron considerando al ejército la fuente del "nacionalfascismo", el enemigo nato de la clase obrera.

Sin renunciar a su antinacionalismo y a su antimilitarismo de origen, los socialistas comprendieron que ante la espontaneidad de movimientos de masas que escapaban a su

control y encontraban líderes naturales, no les quedaba otro recurso que hacer buenas migas con militares respetuosos de la legalidad liberal y del concepto individualista de la libertad y de la democracia, militares paradójicamente antimilitaristas y civilistas. Con menos éxito también lo intentaron los comunistas y en ocasión inolvidable se les vio fraternizar con oficiales de la marina en el asalto a los sindicatos obreros.

El ejército es, al nivel de la totalidad concreta nacional, la síntesis de la economía, la técnica, la ideología y la política. No nació de las instituciones jurídicas. Fue anterior a ellas y preparó su vigencia. La Constitución de 1853 no se concibe sin Caseros; la unión nacional se gestó en los campos de batalla de Cepeda y Pavón.

El ejército se adapta a las instituciones en tanto éstas armonizan con la sociedad civil, pero cuando las primeras dejan de expresar a la segunda, el ejército sufre internamente el impacto de la contradicción-y no tarda en quebrar una legalidad artificial. Esto quiere decir que el análisis realista de la relación ejército-instituciones invierte el punto de vista de los liberales: la no representatividad de las instituciones provoca tendencias golpistas y dictatoriales en el ejército, y no viceversa.

Dentro de un panorama histórico más amplio, ¿los ejércitos fueron en Occidente hijos de los Estados nacionalburgueses o, al contrario, los Estados nacionales nacieron de la fuerza militar armada por la burguesía? En el Orden de las causas, la prioridad se escalonó partiendo del gran desarrollo de la economía mercantil y del empleo de las armas de fuego después del Renacimiento, continuó con la guerra de los Treinta Años (1618-1648), de la que surgieron los ejércitos regulares, y culminó cuando la fuerza militar se identificó con el Estado, por vía revolucionaria (Francia) ó por adaptación del Estado a ella (Alemania). Escribía en 1788 el conde de Mirabeau:

"Prusia no es un Estado que posee un ejército, sino un ejército que ha conquistado a una nación."

A medida que la historia se actualiza, y mucho más al pasar de las revoluciones burguesas a las revoluciones proletarias, se hace evidente que para producirse los cambios sociales deben coincidir siempre las masas, las armas y la ideología. Aislado, cualquiera de los tres elementos es impotente. Las masas sin armas y sin ideología sucumben en la irracionalidad. Las armas sin masas y sin ideología se quiebran en una estéril tiranía puramente autoritaria. La ideología sin masas y sin armas queda en mera retórica.

La historia argentina confirma la concurrencia de los tres elementos en los virajes decisivos, pero es menester fijar las peculiaridades. De todas ellas, una interesa específicamente al tema que tratamos: el carácter no oligárquico o de casta que define a nuestro ejército desde su raíz.

Nada tan extraño a la Argentina como un régimen social estratificado en clases inmóviles durante largos períodos. No tenemos un pasado que se pierda en orígenes remotos y desconocidos, como los países de otros continentes, o que se haya edificado sobre sociedades preexistentes, como en otras comarcas de América. Sabemos cuándo y cómo comienza nuestra historia. Es corta e inestable. Sociólogos y políticos racionalistas pretendieron, y pretenden, apresurar nuestra estabilidad forzando a la nación a imitar modelos extraños de distinta naturaleza, pero hay una resistencia popular a aceptarlos que no pudo vencerse con la colonización capitalista y que se manifiesta, con energía creciente, desde que el 6 de septiembre de 1930 las fuerzas armadas quebraron una ficticia legalidad constitucional.

También es corta e inestable la trayectoria de las fuerzas armadas argentinas. Tuvieron origen en las milicias populares que expulsaron a los ingleses en 1806-1807. La movilización militar de los hijos del país creó de hecho una dualidad de poderes, que se superó en 1810 con la destitución de las autoridades españolas, por la acción conjunta del ejército, del pueblo y de los jóvenes patriotas. Los testimonios de los testigos y las actas de la época no dejan la

menor duda acerca de la coincidencia de los tres elementos en el tránsito de la colonia al gobierno propio. Los patriotas contaban con la adhesión activa de todos los estamentos de la sociedad criolla, pero recién cuando el comandante Saavedra decidió que había llegado la hora de hacer intervenir las tropas fue posible la convocatoria del Cabildo Abierto y se derrumbó la administración virreinal. Y el jefe militar ocupó la presidencia de la Primera Junta, cuya secretaría desempeñó el más lúcido de los intelectuales revolucionarios.

Mariano Moreno organizó el primer ejército regular argentino, al reglamentar las milicias y elevar a los batallones criollos a la categoría de regimientos, con gran indignación del ex virrey Cisneros, que lo acusaba de librar.

"a los comandantes de estos cuerpos y voluntarios de milicias urbanas, despachos de coroneles de ejército con tratamientos y sueldos de tales".[1]

El novel ejército, nacido para desbrozar el camino de la emancipación y extenderla al interior del continente, fue puesto bajo una doble comandancia: militar (el coronel Francisco Ortiz de Ocampo y el teniente coronel Antonio González Balcarce) y político-ideológica (Hipólito Vieytes, Feliciano Chiclana, Vicente López y Planes, y después Juan José Castelli). Su fuerza inicial de poco más de mil soldados se engrosó a medida que avanzaba hacia el foco contrarrevolucionario de Córdoba y los vecindarios en masa, desde el hacendado hasta el gaucho y el esclavo, lo rodeaban con entusiasta simpatía.

El comando de la segunda expedición emancipadora, la enviada al Paraguay, aunó el militar, el político y el ideólogo en la persona de Manuel Belgrano, vocal de la Primera Junta que tuvo la iniciativa de fundar la Academia de Matemáticas, con el fin de instruir a los cuadros de jefes y oficiales.

Pero la conjunción de los tres elementos no duró hasta fin de año. Los coroneles afectos a una independencia que conservara intacto el viejo orden social —estancieros, comerciantes y funcionarios que pocos años antes se improvisaron militares— se alarmaron por el espíritu innovador y el ascendiente sobre las clases bajas del secretario Moreno y de los bisoños jefes y oficiales que lo acompañaban. El comandante que en mayo abrió las puertas del poder a los patriotas, provocó en diciembre la expatriación del líder ideológico y político de los revolucionarios y precipitó la división del ejército.

San Martín reconstruyó la síntesis perdida. El organizador del Escuadrón de Granaderos, célula madre del nuevo ejército que superó el primitivismo de las primeras formaciones militares, no se encerró en un estrecho marco profesional, incompatible con la gigantesca empresa de emancipación continental que concebía. La Logra Lautaro le aportó la ideología liberal revolucionaria y la Sociedad Patriótica, heredera del pensamiento morenista, le dio la base política. Con su apoyo, y el del Escuadrón de Granaderos y otros dos regimientos solidarios, derribó al Triunvirato rivadaviano el 8 de octubre de 1812, quince días después de la victoria de Manuel Belgrano, el compañero de Moreno, sobre los realistas en la batalla de Tucumán. La hostilidad de Rivadavia a Belgrano y San Martín tenía sus razones. Era la oposición del ideólogo abstracto y autosufíciente al realismo nacional que se expresaba en la fuerza militar.

Vino luego la separación de los tres elementos. San Martín se proyectó más allá de nuestras fronteras. Los caudillos defendieron a punta de lanza la integridad interna amenazada por las agresiones hispanoportuguesas y por los proyectos monárquicos y entreguistas de la minoría porteña que practicaba el despotismo liberal. El ejército de Belgrano se disolvió en las montoneras después del levantamiento de la posta de Arequito.

Los cuadros que pertenecieron a las milicias populares y a las expediciones enviadas al Alto Perú y al Paraguay, y los que regresaron al término de la campaña sanmartiniana, resultaron una carga pesada para el erario de la única provincia con finanzas más o menos

ordenadas, la de Buenos Aires. Por decreto del 28 de febrero de 1822, el gobernador Martín Rodríguez dio de baja a tres brigadieres (Cornelio Saavedra, Miguel de Azcuénaga y Juan Martín de Pueyrredón), 85 jefes y 190 oficiales.[2] Las bajas y cesantías se prolongaron hasta la guerra del Brasil; de retorno de ella, los vencedores de Ituzaingó, indigentes y desmoralizados, se agruparon, tras el fusilamiento de Dorrego, en los ejércitos de Paz y Lavalle, devorados también al final por las montoneras.

De la Revolución de Mayo arrancaron las guerrillas montoneras que al mando de caudillos locales se extendieron por el territorio del extinguido virreinato. Fue su detonante la caída de las autoridades españolas. Los vecindarios que se plegaron espontáneamente a las expediciones emancipadoras se replegaron pronto en movimientos de resistencia al gobierno de Buenos Aires y sus ejércitos de línea.

Existía en las provincias una antigua tradición miliciana. Desde los tiempos de la colonización española, los pobladores conservaban organizaciones militares destinadas a salvaguardar propiedades y ganados de los ataques de los indios, organizaciones que en la segunda mitad del siglo XVIII, con la fundación del virreinato, se integraron a las intendencias.

Después de la Revolución de Mayo de 1810, las milicias, con mayor o menor grado de militarización -en algunos casos al mando de sus antiguos jefes (como los blandengues de Artigas en la Banda Oriental) y en otros bajo la autoridad de caudillos que se destacaron del conjunto por su bravura o su inteligencia—, detuvieron en las fronteras este y noroeste a las fuerzas realistas y cuidaron así las espaldas del ejército de San Martín para que pudiera cruzar los Andes y emancipar a Chile y Perú. Revela el carácter montonero de esas milicias, en lucha contra la entreguista y oligárquica minoría porteña, la participación de las mujeres, y hasta de familias completas, en las campañas militares. El general Paz se quejaba de que

"las mujeres son el cáncer de nuestro ejército, pero un cáncer que es difícil de cortar, principalmente en los campamentos de paisanaje, después de las tradiciones que nos han dejado los Artigas, los Ramírez y los otros."[3]

Las milicias del sur, o los Colorados del Monte, de Juan Manuel de Rosas —organización militar y policial que se constituyó para guerrear con los indios, enfrentar a las montoneras santafesinas y mantener el orden en la provincia de Buenos Aires- también contaron con mujeres que acompañaban a los soldados o actuaban de espías y "bomberos". Algunas de ellas, como doña Pepa la Federala, participaban en los combates y ascendieron en el escalafón militar.

El general Paz opinaba que Justo José de Urquiza dio un paso importante hacia la formación de un ejército regular al prohibir por la orden del día del 28 de junio de 1843 que las mujeres siguieran a los soldados. No obstante su insistencia en afirmar que nunca fue montonero,[4] el caudillo entrerriano carecía de fuerzas militares permanentes, pero la totalidad de la población masculina de la provincia desde los dieciséis años debía estar preparada para acudir con sus caballos de guerra y sus lanzas al llamado a la movilización. Ni los jefes, ni los oficiales, ni los soldados recibían paga alguna.[5]

Al final de la década del cuarenta dos formaciones militares polarizaban la atracción de las provincias: la del bonaerense Rosas y la del entrerriano Urquiza. Ambos contaban con recursos propios proporcionados por las rentas del comercio exterior. Sarobe describe la situación militar de la época con las siguientes palabras:

"Para llevar la guerra a Rosas —apoyado en la base política y militar de la primera provincia argentina y contando con la fuente de recursos nacionales de la aduana de la capital—, era tarea difícil poco menos que irrealizable, organizar *ejércitos regulares* de una potencia equivalente en el interior del país. La pobreza de las provincias-mediterráneas era extrema y por ello sólo disponían de fuerzas militares de un efectivo reducido, mal vestidas, peor pagadas y careciendo del armamento indispensable. La correspondencia de la época entre el

dictador [Rosas] y los gobernadores de Córdoba, Catamarca, Salta, La Rioja, Tucumán, San Luis y hasta la misma Santa Fe, denuncia hasta qué punto la organización militar de las provincias dependía del auxilio del gobernador de Buenos Aires, y la incapacidad de las mismas para proveerse a su costo hasta de elementos de insignificante valor [...] Entre Ríos, Corrientes, con una situación económica más desahogada y con la posibilidad de proveerse de pertrechos bélicos por la vía de los ríos y las fronteras con el Uruguay, Paraguay y Brasil, tenían parque algo mejor provistos y una organización militar más eficiente",[6]

Es evidente, por lo tanto:

a) la falta de un ejército nacional como prueba definitiva de la inexistencia de la unidad nacional;
b) el sometimiento militar de las provincias mediterráneas a la de Buenos Aires; y
c) la posesión por las provincias de Entre Ríos y Corrientes de bases militares independientes del poder rosista.

Esto explica que ninguna provincia, salvo Corrientes, se pronunciara a favor del llamado del gobernador de Entre Ríos a la lucha contra Rosas, y también explica que, después de la victoria de Urquiza en Caseros, todas las provincias, con excepción de Buenos Aires, apoyaran al vencedor. En vísperas de Caseros, Buenos Aires encabezaba a la Confederación, pero una vez roto el pacto federal las provincias pasaron a depender, aunque por poco tiempo, de Entre Ríos.

Entre los objetivos que buscaban ambos frentes (la Confederación Argentina y la provincia de Buenos Aires), con la guerra que estalló entre ellos después de Caseros no era el menos importante el tener un solo ejército, como condición indispensable de la unidad nacional. No olvidemos que en Europa las naciones superaron el desmembramiento feudal cuando el monarca disolvió las huestes de los señores y los convirtió en cortesanos o en jefes del ejército nacional. Este proceso no se completó durante la época de Rosas. Lo completó el liberalismo posterior a Pavón mediante la domesticación de los caudillos y su incorporación al presupuesto nacional.

El liberalismo era en 1860-1890 nacionalista en oposición al espíritu y a los intereses locales arraigados en las provincias y al internacionalismo introducido por los primeros anarquistas y socialistas. Los liberales cambiaron su nombre de *unitarios* por el de *nacionalistas*, al volver del exilio en 1852. Diez años después, cuando se dividieron en *cocidos y crudos*, estos últimos reavivaron las antiguas pretensiones hegemónicas de la provincia de Buenos Aires sobre el resto del país, se bautizaron de *autonomistas* y emprendieron una campaña en contra del presidente Mitre, pero evolucionaron de la más absoluta intransigencia bonaerense al acuerdo con similares movimientos en las provincias, del que resultó la formación del Partido Autonomista Nacional (PAN).

La unidad nacional era imposible sin un ejército nacional. Lo había tenido la Argentina cuando la unió un objetivo exterior: la guerra de la Independencia. El liberalismo mitrista probaría reconstruirlo desviando el derrotero del país hacia otro objetivo exterior: la injusta y oprobiosa guerra del Paraguay.

El presidente Mitre no podía movilizar un ejército para esa guerra sin la colaboración de los caudillos provinciales y, ante todo, del más prestigioso de ellos, el entrerriano Urquiza, al que designó comandante en jefe de las fuerzas nacionales. Sus cálculos fallaron por desestimar, como buen liberal, el poder de autodeterminación de las masas argentinas, resueltas a resistir una guerra que sentían tan contra el Paraguay, como destinada a imponerles un ordenamiento social interno al que se oponían desde medio siglo antes. Los soldados entrerrianos, fogueados en cien combates, desertaban en tal número que Urquiza se vio obligado a licenciar sus fuerzas. Como comandante en jefe designado por Mitre perdió la autoridad ganada como caudillo. Tuvo que retirarse del mando de las tropas.

El movimiento contra la guerra se extendió por toda la República. Los correntinos se sumaron a los entrerrianos. Triunfaron los rebeldes en San Juan y Mendoza. Córdoba dirigía la insurrección del interior. Tucumán, La Rioja y Catamarca- se despedazaban en la contienda civil. En Buenos Aires, el Partido Autonomista de Alsina se *aparaguayó* y denunciaba la *brasileñización* del partido nacionalista de Mitre. Los blancos uruguayos y los revolucionarios riograndenses se solidarizaban con los paraguayos.

La precaria unidad nacional inaugurada en 1862, bajo la presidencia del general Bartolomé Mitre, pendía como de un hilo de la guerra del Paraguay. Claro está que el mero anuncio de la contienda despertaba la insurrección de sectores de las masas rurales y de las capas populares urbanas, pero a Mitre, a los colorados uruguayos y al emperador Pedro II del Brasil se les hizo indispensable, y Alberdi lo señaló con claridad, ir a la guerra por una necesidad de política interna. Les ofrecía la oportunidad y el motivo para desatar la represión de los elementos rebeldes. La derrota aplastante del Paraguay aseguró a los colorados un siglo de gobierno en el Uruguay, al poder central de Brasil el derrumbe del separatismo del sur y a los liberales argentinos la liquidación de las montoneras y el sometimiento de los caudillos.

Mitre sabía que, en medio de la tormenta, no podía presentársele mejor coyuntura para organizar un ejército nacional. El punto de partida fue el decreto del 8 de marzo de 1852 - dos meses después de la caída de Rosas-, por el cual se creó la Guardia Nacional, ampliado por las leyes del 22 de junio de 1857 sobre Enrolación de la Guardia Nacional y del 5 de julio de 1865, a poco de estallar la guerra de la Triple Alianza, que declaraba obligatorio el enrolamiento en toda la República a la Guardia Nacional de los ciudadanos argentinos de diecisiete años a cuarenta y cinco (casados) y cincuenta (solteros).

El ejército organizado sobre tal base actuó en dos frentes —contra las montoneras y contra el Paraguay-, pero con un foco único: consolidar la unidad nacional exterminando los focos rebeldes dentro de las fronteras y en el contagioso país de los López. Una vez cumplida la doble misión, el presidente Sarmiento se dio a la tarea de elevarlo profesionalmente, en consonancia con la idea de civilizar a la República mediante el aprendizaje en las fuentes europeas. Por ley del 11 de octubre de 1869 se fundó el Colegio Militar, cuya dirección se encomendó al coronel austríaco Juan Czetz, sobrino político de Juan Manuel de Rosas.

Ambicionaba el autor de *Facundo* hacer del ejército un instrumento civilizador, al iniciarse el período de la colonización capitalista de la Argentina. Ese ejército fue la obra 4.e un tucumano que pasó por las aulas del Colegio de Concepción del Uruguay, se batió en Cepeda y Pavón junto a Urquiza y en la guerra del Paraguay a las órdenes de Mitre, y cumplió tres tareas encuadradas dentro de la concepción civilizadora del liberalismo: derrotar en la batalla de Santa Rosa al levantamiento del general Arredondo, conquistar a los indios veinte mil leguas y federalizar la ciudad de Buenos Aires. El general Julio Argentino Roca reunía las cualidades de militar-político representativo de la época en que la república se consolidó para la empresa de realizar la visión alberdiana del trasplante de parcelas de Europa. Pacificar el país, incorporar a la jurisdicción nacional la totalidad de las tierras en poder de los indios y repartirlas a fin de crear su monopolio en propiedad privada y la renta absoluta, centralizar la conducción, política y económica en la ciudad que tradicionalmente, por su ubicación geográfica y su historia, estaba preparada para condicionar la economía agroexportadora, he ahí la obra del ejército del general Roca.

Ningún ejército puede encerrarse en el profesionalismo absoluto, salvo que sea un ejército de mercenarios. La defensa del profesionalismo suele ser indiferencia ante los problemas nacionales, burocratización. Tanto las fuerzas regulares como las montoneras agitaron políticas e ideologías, por espontáneas y elementales que parezcan a los intelectuales de conciencia colonial. Pero a partir de 1880 se manifestó en el ejército una tendencia que

procuraba alejarlo de la política y subordinarlo al poder civil, en oposición a otra que lo acercaba a las candentes luchas que precedieron a la revolución del 90.

Al año siguiente de la federalización de la ciudad de Buenos Aires se fundó un Club Militar con el propósito de reunir a los jefes de las instituciones armadas por encima de las divergencias que los habían separado hasta entonces. Su Comisión Directiva anatematizó

"al primero que introdujera la política en el seno del club, puesto que también, pensaba, era un elemento desmoralizador de toda asociación".[7]

Los anarquistas pensaban lo mismo de la política. Pero entre militares y anarquistas mediaban distancias siderales.

Carlos Pellegrini, miembro del club por haber sido alférez de artillería en la guerra del Paraguay, se consideró obligado a presentar su renuncia al escuchar el anatema a la política. Le fue rechazada, porque

"la presencia del doctor Pellegrini en el seno de la comisión era una garantía de que la política no encontraría eco en las filas del club".[8]

La idea de la abstención política de las fuerzas armadas, típicamente liberal-una vez asegurada la vigencia de las instituciones liberales, se convertía en antimilitarismo abierto y completo en los anarquistas y socialistas. Las izquierdas nunca concibieron ni admitieron la acción militar encaminada a generar un orden social superior al existente. Por eso se condenaron a vivir fuera del proceso histórico, a ser revolucionarias declamatorias.

El mencionado Club Militar, fundado en 1881, aspiraba a congregar a los jefes y oficiales sobre bases exclusivamente profesionales.[9] Quería ser la síntesis del pasado militar argentino. Reunió a viejos soldados de la Independencia (los tenientes generales Juan Esteban Pedernera y Eustoquio Frías y el general de división Jerónimo Espejo) con los combatientes de Cepeda y Pavón (de ambos bandos), de la guerra del Paraguay y de la conquista del desierto. No logró la unanimidad. Surgieron otros centros militares y navales, y la política que arrojaban por la puerta se introducía por la ventana.

Al finalizar la década del ochenta recrudecieron las polémicas y divergencias entre jefes y oficiales agrupados en centros rivales. Sus opiniones políticas se expresaban en dos corrientes claramente diferenciadas: en pro o en contra del gobierno de Juárez Celman. Los oficialistas tenían por cabezas visibles al ministro de Guerra, general Nicolás Levalle, nacido en Italia y partícipe en la guerra del Paraguay, en la represión de las montoneras y en la conquista del desierto, y al jefe de policía, coronel Alberto Capdevila, porteño, veterano de la guerra del malón en la frontera interior, quien no obstante su rango en el ejército y en el gobierno, fue nombrado presidente del comité juarista del Pilar, del cual formaban parte el general Zacarías Supisiche, el general Leiría, el ayudante del ministro de Guerra y otros quince oficiales en actividad. Llegó a decirse que el comité parecía un Consejo de Guerra.[10] Los opositores, rama militar de la Unión Cívica, reconocían la autoridad del general Manuel J. Campos, también guerrero del Paraguay y de la represión de las montoneras y malones, secundado por unos diez jefes y 33 oficiales, de alférez a capitán, que fueron los iniciadores del movimiento siete meses antes de constituirse la Unión Cívica.[11] Conspiraban para

"volver al país a la Constitución y al respeto de la voluntad popular."

Una práctica que se repetiría en tantas memorables vísperas de crisis políticas se inauguró el 4 de enero de 1890. Los altos mandos militares invitaron al presidente de la República a asistir a una fiesta de camaradería, con el propósito visible de demostrarle que las fuerzas

armadas lo respaldaban y que los conspiradores carecían de autoridad. Juárez Celman se sintió seguro y declaró con alegre confianza:

"Cuento con el ejército para hacer preponderar mi política contra el pequeño grupo de los que miran todo al través de la pasión política, aguijoneados por la prensa extraviada."[12]

La revolución del 90 le costó a Juárez Celman la presidencia, pero los militares comprometidos en ella no podían ir, por su formación ideológica y política y los intereses de clase que expresaban, más allá del Estado liberal de la Constitución de 1853. Decir que "la revolución estaba militarmente vencida"[14] es darla por vencida, pues ninguna revolución se completa sin el triunfo de las armas. Tampoco se completa cuando está huérfana de ideología revolucionaria o de participación del movimiento de masas. La del 90 tuvo por ideología el liberalismo de la Constitución de 1853 y la intervención de las masas se redujo a exigir su cumplimiento.

El 15 de octubre del mismo año, aun no apagadas las pasiones de la revolución de julio, las dos tendencias de las fuerzas armadas buscaron la unidad en una asamblea presidida por el general José Ignacio Garinendia. Este jefe expresó que los reunía la necesidad de

"proceder a la disolución del Club Naval y Militar (presidido por el general Levallel, haciéndose desaparecer cierto antagonismo que se había originado antes de los sucesos de julio y, después de esto, sus mismas causas".[14]

Contra sus deseos, esa propuesta fue rechazada por mayoría de votos y el Club Naval y Militar, con más de cuatrocientos socios, continuó existiendo y en 1893 volvió a denominarse Club Militar. Bajo la inspiración del teniente general Levalle trató de mantenerse al margen de la política, a no ser la del acatamiento de la imperante en la conducción del Estado.

La Argentina pasaba de la etapa ganadera a la agrícolo-ganadera y se incorporaba al mercado mundial como gran productora de alimentos. Los peones de las nuevas estancias del ganado de pura ascendencia británica y del alambrado no tenían caudillos que los reclutaran para las guerrillas montoneras, sino propietarios civilizados que les exigían dedicación al trabajo y votar en las elecciones por sus candidatos. Por la inmensa Pampa húmeda se diseminaban los gringos que educaban a sus hijos para ser doctores, ingenieros, economistas, legisladores, generales y presidentes de la República. Primero se hacían ricos con una o varias buenas cosechas y luego aspiraban por la progenie a ascender en la escala social. Los apellidos italianos compitieron con los españoles y el sumiso Segundo Sombra reemplazó al rebelde Martín Fierro.

Desde el punto de vista militar, la ganadería daba jinetes y la agricultura preparaba infantes. Era inconcebible la montonera en la pampa de las chacras. El moderno ejército argentino fue la obra tenaz de un general de apellido italiano, hijo de un cabo garibaldino, discípulo de Mazzini y defensor de Montevideo sitiado por el general Oribe, lugarteniente de Rosas. Pablo Riccheri nació en un pueblo santafesino, San Lorenzo, de singular simbolismo, pues guardaba el recuerdo de la primera batalla de San Martín y estaba ubicado en el centro de la colonización capitalista.

Riccheri (1859-1936) pertenecía a una generación castrense educada en el Colegio Militar que no intervino en la campaña del Paraguay, ni en la represión de las montoneras, ni en la guerra al malón. Su única actividad bélica fue en Corrales, una de las cuatro batallas que precedieron a la federalización de la ciudad de Buenos Aires. Tenía una formación europea. A los veinticuatro años ingresaba a la Escuela Superior de Guerra de Bruselas, de la que egresó con el diploma de oficial de Estado Mayor. Inmediatamente después el presidente Roca lo designó agregado militar en Francia y luego en Alemania, donde asistió a las maniobras del ejército imperial. De esas experiencias asimiló los progresos técnicos en el arma de infantería, a la que aportó su idea del perfeccionamiento del fusil que se tradujo en el

Mauser Argentino Modelo 91.[15] Entre 1890 y 1899 presidió la comisión de compra de armamentos en Europa, en momentos de tensas relaciones de la Argentina con Chile.

Dos lemas definieron la conducta del general Riccheri:

"Un ejército organizado y preparado para asegurar la paz de la República preparándola para la guerra.

"Devoción al cumplimiento del deber y renunciamiento a toda aspiración política por incompatibilidad con el leal desempeño de las funciones militares".[16]

Su ambición de organizar al ejército argentino a imagen y semejanza del modelo alemán obedecía a razones exclusivamente técnicas. Imputarle la intención de trasladar a la Argentina el militarismo prusiano carece de verosimilitud. Estaba plenamente identificado con la Constitución de 1853.

Los cuatro años de ministro de Guerra del general Riccheri (13 de julio de 1900 al 12 de octubre de 1904) dejaron su selló en las fuerzas armadas argentinas. Transformó un ejército de enganchados y voluntarios en una institución a la europea, y puso bajo la autoridad nacional a los cuerpos de milicianos y de las provincias. Lo que él hizo está. Compró Campo de Mayo y otras tierras para ejercicios de tropas. Creó las regiones militares y dentro de ellas los comandos. El eje de su reforma, la ley 4031 del Servicio Militar Obligatorio, merece un análisis especial.

La discusión en el Congreso reveló opiniones más profundas que las flotantes en los ambientes políticos. Duró veinte sesiones públicas y una secreta, del 4 de septiembre al 11 de octubre de 1901. Estaban presentes militares de las dos escuelas, la argentina tradicional y la europea. El general Rodolfo Martínez Pita describe así al auditorio:

"De un lado, el más numeroso e imponente por su aspecto, el viejo ejército, no carente de apoyo de los jóvenes militares de la época, cargado de gloria y custodio inflexible de la tradición, escoltado del respeto y del cariño de la opinión pública, dispuesto a malograr, por solo acto de presencia, cualquier intentona reformadora que vulnerase el privilegio de los enganchados en el reclutamiento de las fuerzas de línea, norma seguida desde los días de la emancipación y que estimaba sagrada e inviolable, como mandato divino; del otro, el joven coronel Pablo Riccheri, sin una sola medalla heroica que ostentar, vestido de correcto y hasta acicalado uniforme militar, rodeado de cuantiosos cartapacios, acompañado de su ayudante de campo y unos pocos diputados simpatizantes que habían sido contagiados por el entusiasmo y el optimismo del gran innovador."[17]

La mayoría de la Comisión de Guerra de la Cámara de Diputados había rechazado la reforma. Su miembro informante, el general y diputado Alberto Capdevila dijo, de acuerdo a la versión que extraemos del documentado libro del general Martínez Pita:

"Los que han comandado tropas en nuestras guerras nacionales y civiles, los que han sentido en los campos de batalla la necesidad casi instintiva del soldado profesional, están de un lado. Los que han ido a buscar en instituciones similares de Europa organizaciones inadaptables a nuestro país, están del otro [...]. Negó [expresa Martínez Pita] la posibilidad de poder copiar las instituciones militares de otros pueblos, afirmando que quienes las auspiciaban no se habían compenetrado del espíritu de las mismas; que debía estudiarse el medio en que ellas se desenvolverían, sin olvidar que su razón de ser respondía siempre, principalmente, a causas sociales, políticas o geográficas".[18]

A cambio de la reforma de Riccheri, el general Capdevila propuso —fundando su tesis en la tradición argentina y en los ejemplos de los Estados Unidos, Gran Bretaña y Suiza- que se conservara "el ejército de voluntarios" o "enganchados" y se estableciera "la instrucción militar obligatoria y universal".

El general Riccheri reconoció, al comenzar la defensa de su proyecto, la desventaja con que concurrían al debate militares que sólo se habían dedicado al estudio frente a militares con experiencia de guerra, pero mencionó las opiniones favorables a la reforma de viejos jefes de batallones, brigadas, divisiones y ejércitos, como Roca, Mitre, Levalle, Gelly y Obes,

Donato Alvarez, Luis María Campos, Bosch Garmendia y otros. De su discurso se destacan los siguientes puntos:

1)La ley del Servicio Militar Obligatorio implica "una revolución en nuestro ejército, desde el momento que por primera vez se instituyen reservas y reservas nacionales; desde el momento que por primera vez se le da una organización eficiente y estable al Ejército Argentino, la primera vez en que se podrá contar con elementos seguros sometidos a la acción del gobierno federal, para organizar el ejército capaz de responder a las necesidades de la nación.

2) El reclutamiento de voluntarios por simple enganche tiene el inconveniente de que sólo se consiguen soldados entre las gentes sin empleo, o del más bajo nivel de vida y de cultura, especialmente de las provincias lejanas.

3)El Servicio Militar Obligaiorio asegura "el más rápido pasaje del pie de paz al pie de guerra, que es el principio fundamental en que debe basarse toda buena organización militar", y "será superior al de la nación vecina (Chile)", como quedaría probado en el caso de un eventual conflicto.

4) La Argentina agrícolo-ganadera no puede seguir improvisando en asuntos militares.

5)Uno de los fundamentos de la reforma es la formación de profesionales, seleccionados entre los conscriptos y egresados de escuelas, que serán instructores y educadores.

6)El Servicio Militar Obligatorio traerá los siguientes beneficios:

a) acelerará "la fusión de los diversos y múltiples elementos étnicos que están constituyendo a nuestro país en forma de inmigraciones de hombres";
b) borrará "en gran parte de la masa popular las huellas del analfabetismo" y difundirá "hábitos de orden, de disciplina, de trabajo, de higiene, etcétera";
c) concentrará en las ciudades a jóvenes del campo, cuya instrucción militar ocasionaría gastos enormes si tuviera que difundirse por los medios rurales;
d) educará ciudadanos en el conocimiento y la defensa de la Constitución; y
e) consolidará la unidad nacional, promoverá la paz interna de la República y homogeneizará la cultura argentina.

Tal era el pensamiento del general Riccheri, "creador, organizador y administrador del Ejército Argentino", según la opinión de Mitre. Con la aprobación final de la ley, nuestro ejército fue el primero de América que implantó el servicio militar obligatorio.

En el curso del debate Riccheri declaró

"no haberse jamás mezclado en cuestiones políticas del país".

Su objetivo era organizar un ejército moderno bajo jefatura constitucional, un ejército de estructura prusiana y mentalidad liberal. ¿Podía no ser político? ¿No resultaba sólo aparente la disciplina apolítica que predicaba Riccheri? Someterse al poder civil implicaba dos equívocos: que el gobierno fuera leal y correcta expresión de la Carta de 1853 y que ésta correspondiera a los intereses del pueblo argentino. Una y otra proposición suscitaban grandes dudas y muchos militares pensaban que las fuerzas armadas debían fijar una posición independiente, o adversa, ante transitorios gobiernos de minorías en un país en el cual las mayorías comenzaban a reclamar sus derechos.

Riccheri, ministro de Roca, prohibió severamente la injerencia de los jefes y oficiales en la política. Pero en el Círculo Militar (nuevo nombre del Club Militar desde 1894), cuya presidencia titular ejercía el propio ministro, se hacía política y el periódico El Tiempo denunciaba el 23 de agosto de 1900 que era

"un foco de reacción respecto de ciertas medidas del gobierno" y que "el gobierno comenzó a preocuparse del asunto".

El debate de la ley del servicio militar obligatorio podría dar la falsa imagen de jefes y oficiales adversarios de Roca-Riccheri por motivos militares y no políticos, por negarse a aceptar la racionalización global de las fuerzas armadas en función de una tarea civilizadora, por preferir la antigua espontaneidad de los ejércitos reclutados de acuerdo a las necesidades de la guerra exterior o de las contiendas civiles. Sin embargo, las preocupaciones del gobierno roquista no se centraban en los viejos cuadros retirados de la milicia, sino en los jóvenes oficiales que se sentían atraídos por las exhortaciones de Hipólito Yrigoyen a conspirar en pro del reemplazo del régimen oligárquico por un poder popular. Para que "no hicieran política", Riccheri ordenaba su traslado a las guarniciones más alejadas de la Capital Federal. El "zorro" Roca debía ver con complacencia que su ministro le reservara el monopolio de la política.

La oficialidad yrigoyenista comprendía que la rigidez de una institución armada puesta al servicio incondicional del gobierno establecido, dando por axiomático que ese gobierno era el de la Constitución y representaba abstractamente al pueblo, osificaba a la república en las formas políticas de un régimen oligárquico, el cual, en nombre de la legalidad, reprimía al movimiento espontáneo de masas, punto de partida de toda auténtica democracia y de toda construcción nacional sólida y con proyecciones al futuro. El nacionalismo popular, es decir el verdadero nacionalismo, emergía lentamente en oposición al nacionalismo liberal de Roca-Riccheri.

Un cuarto de siglo después, pocos años antes del golpe militar del 6 de septiembre de 1930 que interrumpió sesenta y ocho años de legalidad constitucional, el teniente general Pablo Riccheri vaticinaba en el homenaje que se le rindió en San Lorenzo:

"Supongo que en nuestro país ya no hay miembros del ejército que tengan la idea extraviada de que los militares sean llamados a enderezar dificultades que se achacan al desacierto de los gobiernos civiles, consagrados sin embargo por la Constitución y las leyes de un país democrático. Pero, la verdad neta y sana es que si las instituciones armadas de un país se mezclan en las contiendas políticas, perdiendo su respetable y patriótica misión de ser los guardianes tutelares del orden y respeto a las leyes, bajo la autoridad que marca la Constitución, ¿a quién incumbiría entonces el mantenimiento de ese orden y respeto á la ley? Sería el caos con sus consiguientes desastres".[19]

Gobernaba entonces Marcelo T. de Alvear. La alusión de Riccheri parecía referirse a los militares yrigoyenistas que preparaban el retorno del viejo caudillo.

Cuatro años antes, a fines de 1921, siendo presidente Hipólito Yrigoyen, un grupo de jefes y oficiales había fundado la Logia General San Martín (con la fusión de la Logia San Martín y del Centro General San Martín, nacidos a principios y mediados del mismo año).[20] Por algún motivo, la nueva Logia suprimió el juramento que se prescribía para el ingreso en las anteriores, cuyo punto primero ordenaba

"mantener la debida subordinación y lealtad hacia el Excmo. Sr. Presidente de la Nación, observando una absoluta prescindencia política y dentro del más puro concepto del honor militar".[21]

En un documento de la Logia, titulado *Razón de ser*, se decía que la vinculación de los militares a la política carcomía la disciplina.

No hay que simplificar las contradicciones internas del ejército. Los militares "apolíticos" de la Logia y de la Comisión Directiva del Círculo Militar se oponían a la política de Yrigoyen, pero estaban identificados nada menos que con el ministro de Guerra del presidente Alvear, el coronel Agustín P. Justo, quien entonces y después hizo política

"apolítica" en contra del movimiento popular. Días antes de asumir la presidencia el doctor Alvear, la Logia San Martín le planteó a éste:

"1) Que después de asumir el mando, fuera su primera visita para el Círculo Militar, en desagravio de la desconsideración de que había sido objeto al no contestársele las dos notas elevadas al ministerio de Guerra (de Yrigoyen) denunciando la abierta intervención de militares en política.

"2) Que no nombrara ministro de Guerra al general Dellepiane (yrigoyenista).

"3) Que no fuera en ningún momento a delegar el mando en el vicepresidente, doctor Elpidio González (también yrigoyenista)".

Alvear cumplió religiosamente las tres condiciones: dedicó al Círculo Militar su primera visita oficial, designó ministro de Guerra al coronel Agustín P. Justo y no al general Antonio Dellepiane y nunca le dio a Elpidio González la oportunidad de ejercer la presidencia de la República. Informa el coronel Juan V. Orona que

"con el coronel Justo y el teniente coronel Rodríguez en el ministerio de Guerra, la logia alcanzó sus objetivos, y no sólo los alcanzó, sino que llegó a sancionar con la 'lista negra' a los militares que, pese a sus reconvenciones, ostentaban con el mayor desparpajo su filiación yrigoyenista".[22]

Nos imaginamos la amargura del general Riccheri en circunstancias que desmentían su idea platónica de un ejército colocado por encima del bien y del mal. El primer alumno del Colegio Militar, el primer ministro de guerra surgido de las academias europeas y no de los campos de batalla, el organizador de un ejército para evitar las guerras, estaba en presencia del derrumbe de su esperanza en que la fuerza racionalizada por él se enclaustrara en un profesionalismo inmune a los vientos de la política nacional. El apoliticismo era la máscara antipopular del antiyrigoyenismo.

Pero no cometamos el error de interpretar unilateralmente la personalidad y la obra de Riccheri. El promovió la industria militar con la fundación de la fábrica de proyectiles y esta primera iniciativa destinada a asociar el ejército a la industrialización tuvo consecuencias de inmensa importancia en la totalidad del desarrollo argentino. Un siglo antes, el general San Martín encomendó al mayor José Antonio Alvarez Condarco la instalación de la fábrica de pólvora del ejército de los Andes y a fray Luis Beltrán su abastecimiento de todo lo necesario, desde uniformes hasta cañones. En el siglo XX, Riccheri extrajo de su experiencia europea la idea de que la defensa nacional es imposible sin una base industrial propia. Si bien no parece que hubiera superado la relación exclusivamente militar entre ejército e industria, las tendencias logísticas de la época llevaban a la conclusión de que la guerra exige el concurso de los recursos globales de la nación. Un país con su sistema de transportes en manos de compañías inglesas y francesas, tributario financieramente de las metrópolis imperiales, con su economía enajenada al comercio exterior y sin industrias básicas, carecía de cimientos nacionales para sus fuerzas armadas.

Hombre de observación y estudio, que en el debate de la ley del Servicio Militar Obligatorio demostró su amplio conocimiento de la ciencia militar europea, Riccheri sabía que, según las enseñanzas de Karl von Clausewitz, la movilización de la totalidad de las fuerzas populares en caso de guerra imponía también la movilización de la totalidad de los recursos nacionales, y que con estos recursos poseídos o administrados por empresas extranjeras, los mandos militares tropezaban con serias interferencias que debilitaban o malograban la preparación de la defensa y de la guerra. Podía concebirse idealmente un ejército por encima o al margen de la política, pero en la práctica era imposible desligar al ejército del carácter dependiente de la economía argentina.

La guerra de la Independencia, las luchas civiles, la contienda del Paraguay, el aniquilamiento de las montoneras y el exterminio del malón se realizaron con sistemas de transporte, abastecimientos y armamentos completamente anacrónicos e inútiles a comienzos

del siglo XX. La Argentina había entrado en competencia militar con Brasil y Chile; la guerra con el país trasandino, provocada por el conflicto de límites, parecía inevitable e inminente en los días de la discusión de la ley del Servicio Militar Obligatorio. Los pactos argentino-chilenos de mayo de 1902, que limitaban los armamentos, suspendían nuevas adquisiciones y establecían un equilibrio de fuerzas entre ambos países, pusieron término a la tensión, pero no al problema que preocupaba a los mandos militares, problema que en 1925 expuso el coronel Luis E. Vicat, con extraordinaria lucidez, en la conferencia pronunciada en el Círculo Militar, que comentamos en el primer capítulo de este libro.

¿Dependería *sine die* el armamento del ejército de las compras de las comisiones destacadas al exterior y de un sistema logístico subordinado al manejo de transportes y recursos por empresas extranjeras, o había llegado la hora de impulsar enérgicamente el desarrollo de la industria nacional? Esa disyuntiva dividía a las fuerzas armadas con mayor profundidad que los motivos que aduce el coronel Mario Horacio Orsolini para descubrir la existencia de

"*dos ejércitos diferentes*: uno, conservando los caracteres esenciales del profesionalismo; el otro, partidista e ideológico".[23]

El mismo autor prueba la superficialidad de tal diferenciación al afirmar con acierto:

"Ninguno de los dos ejércitos, sin embargo, se identifica, ni tal vez pueda identificarse, por ahora, con el Ejército Nacional que la Argentina necesita en la encrucijada histórica que le toca vivir,

"En efecto, además de satisfacer acabadamente todos y cada uno de los caracteres peculiares del profesionalismo, el ejército, para ser nacional y argentino necesita *sine qua non* encuadrar su misión, doctrina, organización y actividades nacionales y específicas, dentro de claros objetivos y aspiraciones nacionales".[24]

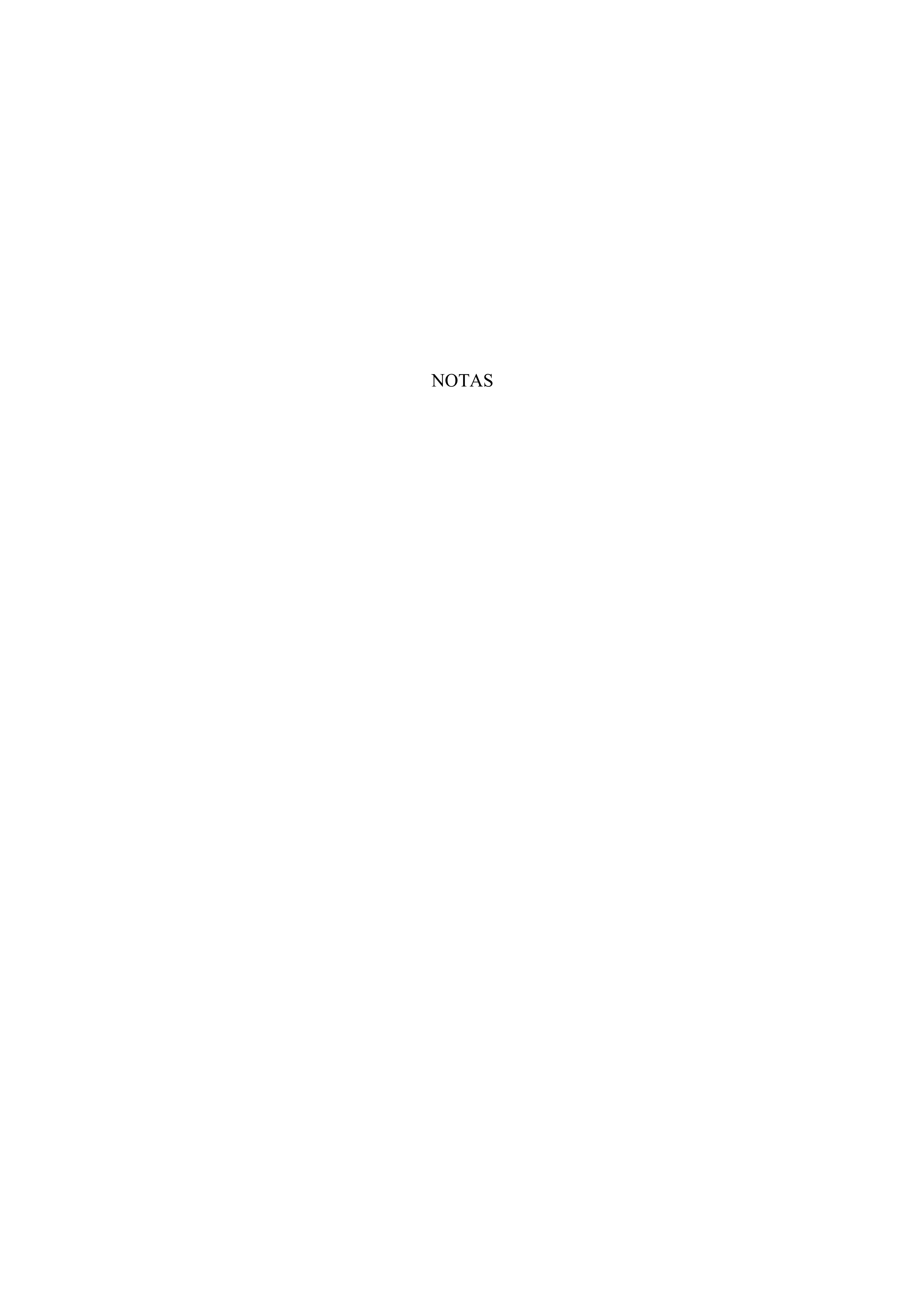
En verdad, extremando al profesionalismo, de un lado, y al partidismo ideológico, del otro, se es profesional para la causa nacional o se es mercenario, y se es político e ideólogo también para la causa nacional y para el pueblo que la representa o si es traidor a la nación y al pueblo.

Refugiarse en actitudes intermedias o eclécticas lleva siempre a complicarse con lo antinacional y lo antipopular. Las instituciones liberales se gestaron cuando el ejército se convirtió al liberalismo (Caseros, Cepeda, Pavón, la contienda del Paraguay, la guerra al malón y a la montonera, el servicio militar obligatorio, el profesionalismo bajo jefatura constitucional), pero las instituciones liberales, sometidas a la erosión por su incapacidad de resolver los grandes problemas de la independencia integral argentina, perdieron progresivamente el sostén total del ejército, cuyos mandos naturales permitieron el ascenso al poder del yrigoyenismo y generaron al peronismo. Cuando las instituciones liberales se derrumban, las fuerzas armadas se convierten en suma de ideología,, política y profesionalismo al servicio del nacionalismo popular revolucionario o está todo perdido. Porque la fuerza es anterior a la ideología, pero sin una ideología que se encarne en las masas, la fuerza se rinde ante los poderes económico-financieros dominantes.

El antinacionalismo y el antimilitarismo llevó a las izquierdas a una vía muerta y las alejó de las masas populares que buscan y sólo aceptan soluciones reales y concretas a los problemas del país. Socialistas y comunistas vieron el fantasma del fascismo en todo movimiento nacionalista popular y le opusieron como antídoto el liberalismo del 53. Postergaron para las calendas griegas la lucha práctica por un orden social superior, abandonaron la idea de la conquista del poder y se volcaron en la defensa de una "seudodemocracia caronchada" que el pueblo repudia y que entorpece el avance de la nación.

Un conservadorismo total envolvió a todos los partidos, desde la extrema derecha hasta la extrema izquierda, hipotecados a la vieja y superada concepción individualista de la libertad.

Quedaron únicamente las armas como esperanza de las masas trabajadoras. Pero las masa y las armas, privadas de la ideología revolucionaria, ceden a las presiones del liberalismo colonizador y oligárquico. Desde el hito de 1930, que dividió nuestra historia en dos períodos antitéticos, elaborar esa ideología es la tarea más apremiante y esencial de los argentinos.



NOTAS

CAPITULO 19

[1] Introducción a *L'Argentine au XXe. siècle*, por Albert B. Martínez y Maurice Lewandowski, París, 190fi, Armand Colin.

[2] La edición del Fondo de Cultura Económica de *La democracia en América* (1957), con Introducción del licenciado Enrique González Pedrero, trae en apéndice la nómina de las traducciones al castellano y otros idiomas.

[3]Roberto García Pinto, "Tocqueville y los Estados Unidos", "*La Nación*", 19 de mayo de 1957, Suplemento Dominical.

[4] Alexis de Tocqueville, op. cit., págs. 414-415. Como corolario de esas predicciones, Tocqueville preveía que los rusos y los angloamericanos se disputarían en el futuro el dominio de) mundo. Decía: "Hay actualmente sobre la tierra dos grandes pueblos que, partiendo de puntos diferentes, parecen adelantarse hacia la misma meta: son los rusos y los angloamericanos. Los dos crecieron en la oscuridad y, en tanto que las miradas de los hombres estaban ocupadas en otra parte, ellos se colocaron en el primer rango de las naciones y el mundo conoció casi al mismo tiempo su nacimiento y grandeza" (pág. 421).

[5]Ibídem, pág. 517.

[6] Auguste Comte, *La philosophie positive*, París, 1926, Ernest Flammarion, 4 tomos.

[7] Herbert Spencer, *Introducción a la Science Sociale*, París, 1888, Félix Alsan, Editeur.

[8] Alejandro Korn, *Obras completas*, Buenos Aires, 1949, Claridad, pág. 572.

[9]Alfredo L. Palacios, *Esteban Echeverría*, *albacea del pensamiento de Mayo*, Buenos Aires, 1951, Claridad, pág. 680.

[10] Georges Weill, *Saint-Simon et son oeuvre*, París, 1894, Perrin et Cie., pág. 200.

[11] Berta Perelstein, *Positivismo y antipositivismo* en la Argentina, Buenos Aires, 1952, Procyon. Lástima grande que la autora quiera, con espíritu conservador, "recuperar" y no "superar" el pensamiento de Mayo, pág. 7.

[12]J. M. Keynes, *Teoría general de la ocupación*, el interés y el dinero, México-Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1956.

[13] "Sin duda alguna, por temperamento y por convicción [Keynes], fue un liberal durante toda su vida [...]. Consideraba que la doctrina del socialismo de Estado ya era cosa totalmente anticuada, una reacción contra un medio ambiente que había cambiado ahora hasta hacerse irreconocible [...]. Creía que los liberales debían volver la espalda a la vieja doctrina del *laissez-faire*, que tan bien les había servido en diferentes circunstancias. El Estado tendría que intervenir en muchos aspectos. Sin embargo, había que conservar la estructura de una economía libre, con su margen para la iniciativa individual. Keynes siempre fue en esencia un individualista". R. F. Harrod, *La vida de John Maynard Keynes*, Fondo de Cultura Económica, México- Buenos Aires, págs. 382-386.

Raúl Prebisch dice que Keynes nos ofrece "una solución que, en estos tiempos, tiene el mérito singular de ser compatible con la iniciativa privada y la libertad personal". *Introducción a Keynes*, Fondo de Cultura Económica, México-Buenos Aires, 1951, pág. 7.

[14] Raymond Aron, *Dix-huit lefons sur la société industrielle*, Gallimard, París, 1962. Raymond Aron, *La lutte de classe (Nouvelles lefons sur les sociétés industrielles)*, Gallimard, París, 1964.

[15] Karl Marx, Friedrich Engels, *La sagrada familia y otros escritos*, Grijalbo, México, 1958, págs. 84-85.

Cosme Marifto, cofundador de *La Prensa* de Buenos Aires y su primer director, propiciaba un Partido Liberal con programa socialista. V. Cosme Mariño, *Bases que podrán servir parafundar una Asociación y Partido Liberal*, Buenos Aires, 1895, Imprenta Rápida.

[17] Trabajaban en la industria el 38,7 por ciento en 1914 y el 42,9 por ciento en 19335 del total de la población activa; en la agricultura el 27,6 por ciento y el 22,5 por ciento respectivamente; en el transporte el 3,4 por ciento y el 3 por ciento; y en el comercio el 19,5 por ciento y el 19,6 por ciento, lo que quiere decir que únicamente en la industria hubo aumento relativo importante del número de brazos. V. *Argentina Económica e Industrial*, Rosario, 1944, publicación dirigida por el ingeniero Pedro J. Cristiá.

[18] Rodolfo Puiggrós, *Historia crítica de los partidos políticos argentinos*, Hyspamérica, 1986, t. I, págs. 248-250.

[19] Rodolfo Puiggrós, *Libre empresa y nacionalización en la industria de la carne*, Buenos Aires, 1957, Argumentos.

[20] Rodolfo Puiggrós, *Historia crítica...*, op. cit., t. I, pág. 252.

[21] Ibídem, págs. 297-299.

[22] Los diarios ingleses de la época consideraban a la crisis ferroviaria más grave que el desempleo, las deudas internacionales y la paralización de los negocios mundiales. "El problema -escribía *Times* de Londres— es tremendo; los dividendos han sido nulos en la mayor parte de las compañías que han podido salvarse del déficit, y resultaron inútiles las reducciones drásticas, los enormes cortes hechos en los gastos de explotación, para salvar tan lamentable estado de cosas". Lo mismo se decía en Francia y Alemania. V. *La crisis ferroviaria argentina*, Buenos Aires, 1933, Publicación de la Revista de Obras Públicas y Finanzas.

[23] Los ferrocarriles ingleses de curso paralelo emplearon la guerra de tarifas para excluir o dominar el cabotaje; el Ferrocarril del Sur (actual General Roca) aniquiló el tráfico de cabotaje marítimo entre los puertos de Mar del Plata, Necochea y Bahía Blanca y el Ferrocarril de Entre Ríos el de las costas de esta provincia. No podían hacer lo mismo con el tráfico caminero y por esto trataron de que los gobiernos lo impidieran o sólo fuera el complemento del ferrocarril.

[24] Desde 1900 a 1910 la importación de carbón subió de 1,5 millones de toneladas anuales a 4 millones: 40 por ciento para los ferrocarriles, 15 por ciento para la marina mercante y 45 por ciento para el consumo general. En 1930 el consumo se redujo a 3 millones, de los cuales el 50 por ciento para los ferrocarriles.

[25] Esta conferencia, publicada en los diarios de la época, fue reproducida casi íntegra por Benjamín Villafañe, *La miseria de un país rico*, Jujuy, 1926, Talleres Gráficos del Estado, págs. 106-141.

[26] Los subrayados nos pertenecen. R. P.

[27] Las críticas de Adam Smith, en *La riqueza de las naciones* (Madrid, Aguilar, 1956), al proteccionismo y a los monopolios dan pábulo a la falsa creencia de que la revolución industrial inglesa se rigió por el *laissez-faire*. En verdad, el profesor de filosofía moral del Colegio Glasgow hablaba de lo que *debía ser* y de lo que era, al formular esas críticas. Veía la realidad así: "La serie de mercancías cuya importación en la Gran Bretaña se halla prohibida de una manera absoluta o en determinadas circunstancias sobrepasa con mucho a lo que podrían sospechar quienes no están familiarizados con las leyes aduaneras" (pág, 374). Todos los países capitalistas fueron altamente proteccionistas en la época del despegue de la revolución industrial.

[28] Uriburu "estaba bastante influenciado por algunas ideas de tinte corporativo que él tomó directamente de publicaciones más o menos fascistas, entonces bastante en boga en los circuios que frecuentaba o que le fueron sugeridas por algunos amigos. No creo que se propusiera trasplantar a nuestro país los regímenes europeos, pero el hecho es que lo seducían algunas de sus instituciones o la leyenda de esas instituciones, como la representación corporativa, creyendo que podían servir de remedio eficaz contra los males de la demagogia, por la que sentía verdadera aversión y que él consideraba consecuencia fatal de la democracia en su forma tradicional". Federico Pinedo, *En tiempos de la República*, Editorial Mundo Forense, Buenos Aires, 1946, pág. 81.

CAPITULO 20

[1] Fue Alemania el lugar de nacimiento de los dos primeros partidos obreros: la Asociación General de Obreros Alemanes dirigida por Ferdinand Lassalle (1825-1864) y el Partido Obrero Socialdemócrata fundado por Wilhelm Liebknecht y August Bebel en 1869 en la localidad de Eisenach. Ambos se fusionaron en el Partido Socialdemócrata Alemán en 1875.

[2] Aparecieron los partidos socialistas en el siguiente orden cronológico: Checoslovaquia (1876), Holanda (1878), España (1879), Francia (1882), Rusia (1883), Bélgica (1885), Noruega f 1887), Austria y Suiza (1888), Suecia (1889), Italia, Polonia y Finlandia (1892), Argentina (1896), Gran Bretaña y Estados Unidos (1900).

[3] V. Karl Marx, *Crítica del programa de Gotha*, Lautaro, Buenos Aires, 1946.

[4] Juan B. Justo, *Teoría y práctica de la historia*, La Vanguardia, Buenos Aires, 1931, IV tomo de *Obras Completas*.

[5] Ibídem, pág, 9.

[6] V. Lenin, *¿Qué hacer?*, Ediciones Lenguas Extranjeras, Moscú, 1939, pág. 51.

[7] Juan B. Justo, op. cit., pág. 3.

[8] Eduard Bernstein, *Socialismo evolucionista*, F. Sempere y Compañía, Valencia, pág. 60.

[9] Ibídem, pág. 61.

[10] *La Vanguardia* del 1de mayo de 1894 publicó el Primer Programa acompañado de un editorial del doctor Justo.

[11] Nicolás Repetto, *Mi paso por la política. De Roca a Yrigoyen*, Santiago Rueda Editor, Buenos Aires, 1956, pág. 31.

[12] En 1947 Müller nos mostró, durante una visita que le hicimos a su casa de Saavedra, una colección de *La Vanguardia* con los artículos subrayados de rojo y satíricas o iracundas interjecciones al margen.

[13] Nicolás Repetto, op, cit., págs. 28-29.

[14] Discurso de Juan B. Justo en el Congreso Constituyente del Partido Socialista de los días 28 y 29 de junio de 1896.

[15] Juan B. Justo, op. cit., pág. 11.

[16] Nicolás Repetto, op. cit., pág. 22.

[17] Juan B. Justo, *"El realismo ingenuo", La Vanguardia*, Buenos Aires, 1914. Se publicó antes en la *Revista Socialista* de Madrid, 16 de mayo y 1.° de junio de 1903, y *Vida Nueva*, de Buenos Aires, 30 de octubre y 15 de noviembre de 1906.

[18] Ibídem, págs. 3-4.

[19] "Si alguno de los dos héroes de Cervantes figura entre mis antepasados es, seguramente, Sancho", declaraba en su autobiografía. *La Nación*, 27 de julio de 1896.

[20] Juan B. Justo, *Teoría y Práctica de la Historia*, op. cit., pág. 496.

[21] Juan B.Justo, "El realismo ingenuo", op. cit., págs. 4, 11 y 12.

[22] Según Américo Ghioldi, Justo se propuso "desacreditar la necesidad de las lecturas y de la terminología filosófica para entender y promover el verdadero socialismo". Cit. Luis Pan, *Justo y Marx*, Buenos Aires, Ediciones Monserrat, 1964, pág. 50.

[23] Ibídem, pág. 17. En el artículo citado de *La Nación* decía: "A lo que no conseguí meterle el diente fue a eso que se enseña en los colegios nacionales bajo el nombre de filosofía. Un amigo mío que tiene la desgracia de creerse 'materialista dialéctico', está empeñado en que yo soy 'materialista mecánico' pero yo no lo creo. No sé qué será eso y me aflige pensar que pudiera alguna vez adornarme tal título, porque creería haber perdido algo que tiene la generalidad de los hombres: el sentido común".

[24] Américo Ghioldi, *Marxismo, socialismo, izquierdismo, comunismo y la realidad argentina de hoy*, Ediciones Populares Argentinas, 1950, pág. 108.

[25] Ibídem, pág. 10.

[26] Cit. Dardo Cúneo, *Juan B. Justo*, Americalee, Buenos Aires, 1943, pág. 151.

[27] Rodolfo Puiggrós, *Historia crítica...*,op.cit., t.I, pág. 431, nota 44.

[28] Américo Ghioldi, op. cit., págs. 128y 150. En otra parte dice que "hasta el presente las masas proletarias no han derrocado ninguna dictadura " (pág. 133) y ve en el "neocapitalismo" norteamericano un pasaje "más fácil al socialismo" (pág. 134).

[29] Ibídem, págs. 159-160.

[30] Juan B. Justo, *Teoría y práctica de la historia*, op. cit., págs. 225- 226.

[31] Ibídem, pág. 227.

[32] Ibidem, pág. 225.

[33] Eduard Bernstein, op. cit., pág. 37.

[34] Alejandro Korn, op. cit., págs. 200 y 203.

[35] Ibídem, págs. 201-202.

[36] Dice Pan (op. cit., pág. 16) ¡"Justo nos dio así un Partido Socialista al día [...], en que no era posible advertir la existencia de residuos antiliberales".

[37] Las escisiones fueron cronológicamente: 1ª) La de 1899, que dio origen a la "Federación Socialista Obrera Argentina" o "Federación Socialista Obrera Colectiva". Partió del Centro Socialista Revolucionario de Barracas al Sur y se opuso a la exigencia de que los extranjeros sacasen carta de ciudadanía al ingresar al Partido. Consideraba prematura la lucha política y previa a ella la lucha por mejoras económicas. Sus integrantes, entre los que figuraba Leopoldo Lugones, se titulaban "marxistas intransigentes". Duró poco tiempo. 2ª) La sindicalista de 1906, encabezada por Julio Arriaga, Emilio Troise, Bartolomé Bosio, Aquiles Lorenzo, Gabriela L. de Coni y otras militantes, que se oponía a la política electoral y pedía "todo el poder a los sindicatos". Decíanse "marxistas puros" y discípulos del sindicalista Sorel, autor de *Reflexiones sobre la violencia*. 3ª) La de Alfredo L. Palacios en 1915, porque el partido prohibía el duelo, de la cual nació el Partido Socialista Argentino. 4ª) La que en 1918 fundó el Partido Socialista Internacional, luego Partido Comunista. 5ª) La que en 1927 fundó el Partido Socialista Independiente. 6ª) La que en 1937 constituyó el Partido Socialista Obrero. 7ª) La que creó, durante el gobierno de Perón, el Partido Socialista de la Revolución Nacional. 8ª) La de 1958, que se concretó en el Partido Socialista de Vanguardia Popular, finalmente dividido en varios grupos.

CAPITULO 21

[1] *Esbozo de historia del Partido Comunista de la Argentina*. *(Origen y desarrollo del Partido Comunista y del movimiento obrero y popular argentino).* Redactado por la Comisión del Comité Central del Partido Comunista. Editorial Anteo, Buenos Aires, págs. 16-17, nota 18. Hemos de referirnos a este *Esbozo*, por ser la mayor fuente de información sobre el tema, pero procederemos con suma cautela por tratarse de una adaptación de la realidad histórica objetiva a los intereses del señor Victorio Codovilla y sus favoritos. Como todo el revisionismo con tal sello es un revisionismo *ad usum Delphini*.

[2] Raúl Osegueda, *Operación Centroamérica*, Prensa Latinoamericana, Chile, 1958, págs. 53 y siguientes.

[3] Un *argentino, Manuel ligarte y el Partido Socialista*, Buenos Aires, 1914, sin pie editorial. Manuel Ugarte, *El porvenir de América Latina* (prólogo de Jorge Abelardo Ramos), Buenos Aires, Editorial Indoamérica, 1953.

[4] Juan B. Justo, *Teoría y práctica de la historia*, op. cit., págs. 125 y siguientes.

[5] Ibídem, capítulo *La guerra*.

[6] Manuel Ugarte, *El porvenir de América Latina*, op. cit., pág. 153.

[7] *Un argentino*, op. cit.

[8] La primera edición de un libro de Ugarte en la Argentina fue la de *El porvenir de América Latina*, año 1953, que hemos citado.

[9] V. Rodolfo Puiggrós, *Elogio de Manuel Ugarte*, conferencia pronunciada el 12 de noviembre de 1954 con motivo de la repatriación de sus restos y reproducida en *Clase Obrera*, N° 46, diciembre de 1954, pág. 15.

[10] Escribía Ugarte: "Las memorias que se publicarán después de mi muerte y que se hallan, huelga decirlo, en lugar seguro, ayudarán a comprender la confabulación que desde que abordé el problema continental no me ha permitido ocupar una modesta cátedra de literatura ni obtener siquiera una jubilación como periodista".

[11] Manuel Ugarte, op. cit., págs. 49-50.

[12] El periódico *La Patria* vivió tres meses.

[13] Manuel Ugarte, op. cit., págs. 137 y siguientes. En una conferencia pronunciada el 2 de julio de 1913 denunció las pretensiones del trust norteamericano sobre el petróleo argentino. V. *Mi campaña hispanoamericana*, Barcelona, Cervantes, pág. 173.

[14] Ibídem, págs. 190, 191 y 195.

[15] *Historia del socialismo marxista*, op. cit., págs. 16-18.

[16] Gabriel del Mazo, *El radicalismo. Ensayo sobre su historia y su doctrina*, Editorial Raigal, Buenos Aires, 1951, pág. 258.

[17] *Historia del socialismo marxista*, op. cit., pág. 4.

[18] *Esbozo...*, op. cit., págs. 20-21.

[19] *Historia del socialismo marxista*, op. cit., pág. 27.

[20] Ibídem, pág. 14.

[21] La ruptura tuvo por causa las actividades de espionaje del conde de Luxburg, ministro alemán en Buenos Aires, denunciadas por los Estados Unidos.

[22] Ibídem, pág. 36.

[23] Ese informe se editó con el título de *Historia del socialismo marxista en la República Argentina. Origen del Partido Socialista Internacional*, que estamos citando.

[24] El Comité Ejecutivo del PSI estaba integrado en 1919 por los siguientes miembros: *Secretario General*, José F. Grosso; *Secretario de Actas*, Nicolás De Palma; *Tesorero*, Victorio Codovilla; *Vocales*, Arturo Blanco, Aldo Cantoni, Pedro D. Zibecchi, Guido A. Cartey, Atilio Medaglia, José Alonso, Emilio G. Mellén y M. Lorenzo Raftó. Juan Ferlini fue elegido concejal por 3258 votos en la primera elección comunal a la que se presentó el partido en la Capital Federal. De la Cooperativa de Ediciones que publicaba *La Internacional* formaban parte (en 1917) Victorio Codovilla, Rodolfo Schmidt, José F. Penelón, Aldo Cantoni, Rodolfo Ghioldi, Juan Ferlini y Juan Greco.

[25] *Esbozo...*, op. cit., pág. 51, nota 77.

[26] Ibídem, pág. 51, nota 78.

[27] Jorge Abelardo Ramos, *El Partido Comunista en la política argentina. Su historia y su crítica*, Buenos Aires, Coyoacán, 1962, pág. 32.

[28] El 12 de mayo de 1926, el Presidium de la Internacional Comunista dirigió al Partido Comunista de la Argentina una nueva *Carta*, firmada por Ercoli (Palmiro Togliatti), en la que le señalaba la línea de la "bolchevización" y reconocía al Comité Central elegido por el Sexto Congreso. *La Carta* insistía en que el

Partido Comunista de la Argentina debía "ponerse a la vanguardia" de la lucha contra *el imperialismo norteamericano* en el continente y no decía una sola palabra del imperialismo inglés, aunque era el dominante en nuestro país. Colocaba en el mismo plano al imperialismo norteamericano y a la burguesía nacional. El documento se publicó en *La Correspondencia Sudamericana*, 15 de julio de 1925, año I, N" 7, págs. 1 a 3.

[29] *Esbozo*, op. cit., pág. 55.

[30] *La Correspondencia Sudamericana*, año I, N" 5, 16 de junio de 1926, pág. 11, artículo de R. Ghioldi sobre La Liga de las Naciones.

[31] *Esbozo*..., op. cit., págs. 61-62.

[32] *La Correspondencia Sudamericana*, Buenos Aires, 30 de abril de 1929, pág. 11.

[33] Ibídem, mayo.de 1929, pág. 13.

[34] Ibídem, 30 de abril de 1929, pág. 17.

[35] "El sueño de Penelón", *Clase Obrera*, Buenos Aires, noviembre de 1954, N" 45, pág. 6.

[36] *Esbozo*..., op. cit., pág. 64.

[37] *La Correspondencia Sudamericana*, Buenos Arres, 15 de agosto de 1928, pág. 14, artículo titulado *La crisis interna del Partido Comunista*.

[38] *Esbozo*..., op. cit., pág. 64.

[39] *La crisis interna* ..., op. cit., pág. 13.

[40] Victorio Codovilla, *Stalin; gigante del pensamiento y de la acción*, Editorial Anteo. Discurso pronunciado en el mitin necrológico con motivo de la muerte de J. V. Stalin.

CAPITULO 22

[1] Orestes Ghioldi, *El Partido Comunista en la lucha por la democracia y la unión nacional*, Buenos Aires, 1938, Noveno Congreso, págs. 22-23.

[2] La teoría de los modelos predomina en las universidades e institutos públicos y privados de América Latina que enseñan sociología y economía de acuerdo a programas y métodos copiados de los Estados Unidos. El profesor norteamericano George Leland Bach (*Tratado de Economía*, Fondo de Cultura Económica, México-Buenos Aires, 1962,1, pág. 76) compara el uso de un modelo socioeconómico con el funcionamiento de una bicicleta. También habla del empleo de "gigantescas calculadoras electrónicas". Estas se recomiendan en algunos programas, como el de la Escuela Latinoamericana de Ciencia Política y Administración Pública de Santiago de Chile, financiada por el Banco Interamericano de Desarrollo y la Fundación Ford, instituto que se propone formar líderes políticos latinoamericanos. Sin subestimar la gran importancia de las calculadoras electrónicas para las ciencias positivas, incluida la economía como ciencia auxiliar de la política, es menester señalar el absurdo a que lleva la pretensión de reducir a fórmulas matemáticas el arte de conducir a los hombres y a los Estados.

[3] Luis Alberto Sánchez, *Haya de la Torre y el APRA*, Santiago de Chile, Editorial Pacífico, 1954, pág. 188.

[4] Victorio Codovilla, *¿Qué es el tercer período?*, Montevideo, Editorial Justicia, pág. 3.

[5] Internacional Comunista, *Manifiesto y Tesis Políticas del VI Congreso Mundial*, La Internacional, Buenos Aires, págs, 17-18. *La Correspondencia Sudamericana*, 2ª Epoca, Buenos Aires, 15 de octubre de 1929.

[6] *La Correspondencia Sudamericana*, Año 1, N" 4, 30 de mayo de 1926, discurso de Zinoviev, pág. 21.

[7] Ibídem, Año 1, N° 17, 15 de diciembre de 1926, págs. 27-28.

[8] Editada en folleto de 27 páginas por *La Internacional*.

[9] Durante la propaganda para las elecciones del 7 de marzo de 1926, el Partido Comunista fletó un "tren rojo" con la consigna "blocks de obreros y campesinos" que recorrió la provincia de Buenos Aires. Luego, como prueba del progreso de la "bolchevización" se publicaron las cifras del escrutinio de la cuarta sección. El aumento de los votos del partido era impresionante: el 396 por ciento. Los socialistas apenas mejoraron su caudal en un 33 por ciento. Pero, en realidad, los votos comunistas pasaron de 138 a 685 y los socialistas de 2802 a 3745 y los radicales obtuvieron 23 637. Esta manera de inflar las cosas á su favor es típica del codovillismo. *La Correspondencia Sudamericana*, Año 1, N° 2, 30 de abril de 1926, págs. 28-29.

[10] Ibídem, Año 1, N° 1, 15 de abril de 1926, pág. 25.

[11] Ricardo Flores Magón estuvo varios años preso en la cárcel de Leavenworth (Estados Unidos), donde murió en 1922, al parecer asesinado.

[12] *La Correspondencia Sudamericana*, 2ª época, 15 de enero de 1930, N° 24, págs. 1 a 11.

[13] Ibídem, pág. 3.

[14] *Esbozo*..., op. cit., pág. 65.

[15] *La Correspondencia Sudamericana*, 2ª época, N° 6, Buenos Aires, 15 de diciembre de 1928, pág. 9, Tesis del VIII Congreso del PCA.

[16]Y también las calumnias a personas que, equivocadas o en la verdad, fueron honestas en su vida política. Indigna leer en el Esbozo [pág. 53, nota 82]: "Angélica Mendoza -una aventurera trotskizante de vida turbia que vino al partido a través de la huelga de los maestros en Mendoza- chillaba hasta desgañitarse: 'Estos son tiempos de revolución y no de reformas'." Quienes conocimos a Angélica-Mendoza, y discrepamos con ella, no podemos admitir esa miserable imagen de la oradora y profesora universitaria.

[17]En las anteriores ediciones de este libro nos guiamos ingenuamente por las citas del *Esbozo*, ajenos a la sospecha de que tipificaban la impudicia que acabamos de documentar. Los comentarios y opiniones de las páginas 64 a 66 del *Esbozo* tergiversan totalmente las tesis del Octavo Congreso con el fin de borrar su caracterización del yrigoyenismo como "reaccionario".

[18] *La Correspondencia Sudamericana*, Ibídem, pág. 6.

[19] Ibídem, pág. 7.

[20]Ibídem, pág. 8. El proteccionismo azucarero, que las Tesis no diferenciaron del proteccionismo aduanero, es dañino y escandaloso porque crea privilegios que gozan una minoría oligárquica y parasitaria y paga el pueblo argentino.

[21]Ibídem, pág. 9.

[22]"Ella [la Conferencia] marca una etapa en el desarrollo del movimiento revolucionario en América Latina, y a la vez constituye una guía para la acción de nuestros partidos", decía la presentación de las actas en la Conferencia.

[23]Ibídem, 2ª época, Buenos Aires, 1." de abril de 1929, N° 9, pág. 4.

[24]Ibídem, pág. 15.

[25]Ibídem, 2º Epoca, mayo de 1929. Nros. 12, 13 y 14, págs. 1 a 16, *Proyecto de tesis sobre el movimiento revolucionario de la América Latina.*

[26]Ibídem, Año 1, N° 4, 30 de mayo de 1926. El *problema campesino en la Argentina* por Pedro Romo, pág. 22.

[27]Esta frase está en uno de los artículos del número del 15 de enero de 1930 de *La Correspondencia Sudamericana*, íntegramente dedicado a atacar al "fascismo mexicano".

[28]Emilio Portes Gil, *Quince años de política mexicana*, Segunda Edición, México 1941, Botas.

[29] Ibídem, pág. 374.

[30] Ibídem, pág. 375.

[31] Ibídem, pág. 377.

[32] Ibídem, pág. 387.

[33] SSA de la IC, El *movimiento revolucionario latinoamericano*. Versiones de la Primera Conferencia Comunista Latinoamericana. Junio de 1929, editado por la revista "La Correspondencia Sudamericana", Buenos Aires, pág. 7.

[34] En la selección de escritos y discursos de Victorio Codovilla, publicada en homenaje al 60 aniversario de su natalicio, con el título de *Nuestro camino desemboca en la victoria* (Editorial Fundamentos, Buenos Aires, 1954), se incluye fragmentada su intervención en la Conferencia. Se suprime, por ejemplo, su definición de esta etapa como "período agónico del capitalismo", pág. 8.

[35] *¡Por la libertad y la independencia de la Patria!*, Editorial Problemas, 1941, pág. 121. *Los monopolios imperialistas en la Argentina*, Editorial Problemas, 1941, pág. 11.

[36] *El movimiento revolucionario latinoamericano*, op. cit., págs. 20-21.

[37] Victorio Codovilla, *En marcha hacia un mundo mejor*. Preguntas y respuestas en una entrevista. Buenos Aires, 1945, pág. 15.

[38] En un folleto titulado *Unidos por una vida mejor*, el secretario del Partido Comunista de Colombia, A. Durán, decía casi lo mismo que Codovilla y Browder. Véanse también los escritos del mexicano Vicente Lombardo Toledano de los años 1944-1946.

[39] *El movimiento revolucionario latinoamericano*, op. cit., pág. 22.

[40] Ibídem, pág. 21.

[41] Ibídem, págs. 12, 22, 31 y 66. Quince años después Codovilla inventaba el "naziperonismo". En la actualidad (1966) dice que el gobierno de Onganía es "corporativo de tipo fascista" y responde al "sector clerical militar fascista" que quiere "estructurar un estado clérigo-militar de tipo fascista". Llamamiento del CC del Partido Comunista, Buenos Aires, 2 de agosto de 1966.

CAPITULO 23

[1] *Manifestes, Thèses et Résolutions des Quatre Premiers Congrès Mondiaux de L'Internationale Communiste* (1919-1923). Textes Complets, París, Libraire du Travail, junio 1943, pág. 6.

[2] Ibídem, págs. 6 a 10.

[3] Ibídem, págs. 11-13.

[4] Ibídem, pág. 21.
[5] *Documentos del Progreso*, Buenos Aires, 1." de noviembre de 1919, pág. 9.
[6] Manifestes..., op. cit., págs. 37-38.
[7] *Documentos del Progreso*, op. cit., 15 de diciembre de 1920, págs. 13-14.
[8] *El movimiento revolucionario...*, op. cit., págs. 79 a 108.
[9] *El movimiento revolucionario...*, op. cit., págs. 84, 85 y 87.
[10] Ibídem, pág. 89.
[11] Ibídem, pág. 89.
[12] V. Lenin, *Obras escogidas*, tomo 2, Instituto Marx-Engels-Lenin, Editorial Problemas, Buenos Aires, 1946, pág. 300.
[13] *El movimiento revolucionario...*, op. cit., pág. 91.
[14] Ibídem. ¿No era Travin el luego mundialmente famoso Bruno Traven, novelista noruego residente en México desde hace medio siglo?
[15] Ibídem, págs. 86 y 87.
[16] Ibídem, pág. 84.
[17] José Luiz de Imaz (*Los que mandan*, EUDEBA, 1965, pág. 136) fija en un 38,5 por ciento el número de industriales "prestigiosos" de origen extranjero en 1959. El porcentaje era mayor, sin duda, 30 años antes.
[18] Aldo Ferrer, "Los problemas de la transición: el caso argentino", en *El Trimestre Económico*, México, enero-marzo de 1963, págs. 63-65.
[19] *El movimiento revolucionario...*, op. cit., págs. 141-146.
[20] Rodolfo Puiggrós, *Historia crítica...*, op. cit., T. I, págs. 394-395.
[21] *El movimiento revolucionario...*, op. cit., pág. 148.
[22] Ibídem, pág. 145.
[23] La importación de bienes de consumo descendió del 40 por ciento del total de las importaciones en 1930 al 10 por ciento en la década de 1950. V. Aldo Ferrer, "Los problemas de la transición: el caso argentino", en *El Trimestre Económico*, México, enero-marzo de 1963, N° 117, pág. 9.
[24] *El movimiento revolucionario...*, op. cit., pág. 149. Esta tesis, también redactada por Mariátegui, es reproducida íntegramente, como carta a las células apristas, en *Mariátegui y su obra* por Jorge del Prado, Ediciones Nuevo Horizonte, Lima, 1946, págs. 88-91.
[25] Ibídem, pág. 149. "Tal vez" entre paréntesis y el subrayado figuran en las actas de la Primera Conferencia.
[26] En la carta del 16 de abril de 1928, dirigida a la célula aprista de México, Mariátegui se defiende de la acusación de que fue influenciado por el Secretariado Latinoamericano de la Internacional Comunista (Jorge del Prado, op. cit., págs. 31-35, reproduce la carta íntegra). Todo hace suponer, sin embargo, que hubo esa influencia. Lo cierto es que hubo, al final, coincidencia en el error.
[27] *El movimiento revolucionario...*, op. cit., pág. 150. Jorge del Prado, op. cit., pág. 89.
[28] En el periódico *Variedades* de Lima (19 de abril de 1924), Mariátegui publicó una apología de Trotsky. V. *La escena contemporánea*, tomo 1 de Obras Completas, Amauta, Lima 1959, págs. 92-96.
[29] Así la califica Jorge del Prado, op. cit., pág. 32.
[30] La Internacional Comunista envió a los comunistas del Perú un documento titulado "Sobre la formación del Partido Comunista en Perú". La difundió *La Correspondencia Sudamericana*, 1.° de mayo de 1930, Buenos Aires, págs. 18 a 24.
[31] Ibídem, págs. 19, 22 y 23.
[32] V. Miroshevsky "El 'populismo' en el Perú", *Revista Dialéctica*, La Habana, N° 1, mayo-junio de 1942.
[33] "La Revolución en Brasil", en *Revista Comunista*, órgano teórico del SS del IC, Año 1, N° 1, septiembre de 1930, pág. 48.
[34] *Esbozo...*, op. cit., pág. 70, Nota 112.

CAPITULO 24

[1] *Registro Oficial*, I, pág. 44.
[2] *Registro Oficial*, tomo II, N° 1579, págs. 7-9.
[3] Cit. general José María Sarobe, *Urquiza*, Buenos Aires, Kraft, 1941, pág. 318, tomo I.
[4] Ibídem, I, pág. 326, nota 1.
[5] Ibídem, I, pág. 344.
[6] Ibídem, I, págs. 267-268.
[7] Capitanes José V. Fernández y Virgilio A. Hernández, *Síntesis histórica de la vida y acción del Círculo Militar*, Biblioteca del Oficial, Buenos Aires, 1932, pág. 19.

[8] Ibídem, pág. 19.
[9] En 1884 se transformó en Club Naval y Militar.
[10] Mariano de Vedia y Mitre, *La revolución del 90*, Buenos Aires, Rosso, 1929, pág. 98.
[11] Juan Balestra, *El noventa. Una evolución política argentina*, Buenos Aires, La Facultad, 1935, 2ª edición, págs. 131-132.
[12] Ibídem, págs. 97-98.
[13] Ibídem, pág. 189.
[14] Capitanes José V, Fernández y Virgilio A. Hernández, op. cit., pág. 32.
[15] Rodolfo Martínez Pita, *Riccheri*, Biblioteca del Oficial, Buenos Aires, junio de 1952, pág. 45.
[16] Ibídem, págs. 26 y 49.
[17] Ibídem, págs. 85-86.
[18] Ibídem, págs. 86-87.
[19] Ibídem, pág. 58.
[20] Juan V. Orona, *La logia militar que enfrentó* a Hipólito Yrigoyen, Tomo I, Buenos Aires, 1965, pág, 88.
[21] Juan V. Orona, *La revolución del 6 de septiembre*, Buenos Aires, edición del autor, 1966, pág. 14.
[22] Ibídem, pág, 15.
[23] Mario Horacio Orsolini, *La crisis del ejército*, Buenos Aires, Arayú, 1964, pág. 26.
[24] Ibídem, págs. 26-27.

ÍNDICE